



La  
magia  
de lo  
Nuestro

MANU PONCE  
ALMA FERNÁNDEZ

La  
magia  
de lo  
Nuestro

MANU PONCE  
ALMA FERNÁNDEZ

La  
magia  
de lo  
Nuestro

MANU PONCE  
ALMA FERNÁNDEZ

Primera edición.

La magia de lo nuestro

©Manu Ponce.

©Alma Fernández.

©agosto, 2024.

©imágenes por AdobeStock y Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

Primera edición.

La magia de lo nuestro

©Manu Ponce.

©Alma Fernández.

©agosto, 2024.

©imágenes por AdobeStock y Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

## ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo](#)

## ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo](#)

# Capítulo 1



Cuando conocí a Trevor, yo acababa de cumplir dieciocho años. Aquel mago que había contratado mi prima Mery para su despedida de soltera no solo derrochaba un talento alucinante. Tenía también una simpatía arrolladora y un desparpajo tremendo, virtudes que le llevaban a meterse a todo el mundo en el bolsillo sin ningún esfuerzo, lo cual es un punto a favor en este tipo de profesiones, a la hora de conectar con el público.

Conmigo lo tuvo igualmente fácil. No le costó el más mínimo trabajo ir arrastrándome poco a poco hasta su particular universo. Le bastó simplemente con pedirme que subiese al escenario para participar en uno de sus impresionantes trucos.

A partir de aquel numerito a medias en la fiesta de Mery, ya no me quitó ojo en toda la noche. Desde el fondo de la sala, donde se hallaba impresionando a todo cristo con sus juegos de magia bajo las luces de los focos, Trevor buscaba mi mirada.

No paró hasta conseguir bailar conmigo más tarde, después de terminar su misión en aquella sala de fiesta que mi prima había alquilado para celebrar el evento privado, junto a un buen número de invitados entre amigos y familiares. A Trevor no le hizo falta mucho más para irme atrapando entre sus redes.

Tras un baile de esos pegaditos que asombró a más de uno de los allí presentes, el intercambio de teléfonos y la promesa de una cita cuanto antes, aquel chaval, vestido como si estuviese en el siglo XIX, también se esfumó como por arte de magia hacia las doce de la noche, llevándose consigo sus bártulos y su sonrisa cautivadora.

Quedamos al día siguiente en uno de los mejores restaurantes de la ciudad y ahí fue cuando realmente empezamos a conocernos. Pese a tener tan solo veintiocho años, era ya un mago de renombre en Nueva York.

Pero Trevor no era un simple ilusionista profesional que actuase en solitario, puesto que había montado años atrás “The kings of magic”, una empresa especializada en amenizar con espectáculos de magia todo tipo de acontecimientos, como cumpleaños, aniversarios de boda, fiestas de graduaciones, etc.

Para ello, contaba con una plantilla de cinco magos en la que estaba incluido él y, dependiendo del evento de turno, podía trabajar a solas (casi siempre) o bien a dúo con alguno de sus empleados. Según Trevor, tenían siempre la agenda de lo más apretada.



Me contó también, aunque no era un asunto de mi incumbencia, que cobraban un dineral por cada show y que “The kings of magic” le permitía disfrutar de una vida acomodada que muchos quisieran. En ese aspecto no podía quejarse, todo lo contrario.

Sin embargo, Trevor no le daba tanta importancia al tema económico como pudiera parecer. Opinaba que el dinero es transitorio, algo que va y viene, del mismo modo que la felicidad, y que el truco está en saber hacer buen uso de él.

En su caso, a medida que lo iba ganando, se concedía algunos caprichitos y el resto lo ahorra o lo iba invirtiendo con buen criterio. Si por unas malas llegaban tiempos difíciles, siempre tendría ahí un colchoncito y también podría ir vendiendo algunas posesiones, decía.

Era una postura de lo más inteligente. En nuestra primera cita me reveló, asimismo, otros muchos detalles personales, como la forma tan “tonta” por la que llegó a convertirse en lo que era.

Trevor me explicó que cuando cayó en sus manos aquel manual de magia que le regalaron por reyes siendo aún muy niño, empezó a entrarle el gusanillo en el cuerpo.

Ya por aquel entonces decidió que quería ser mago, aunque todavía no sabía si deseaba dedicarse a ello profesionalmente en el futuro para ganarse el pan o si planteárselo como una simple afición con la que dejar a su gente boquiabierta.

En cualquier caso, la magia se fue transformando en una obsesión para él y, a base de ver vídeos y más vídeos, actuaciones de gente del gremio donde se terciase y volcarse todo lo posible en aprender ese arte, fue superándose poco a poco cada día, pero jamás imaginó que pudiese llegar tan lejos.

Sin embargo, ahí estaba. Y a mí, que nunca le había prestado mucha atención a esas cosas, comenzó a fascinarme ese mundillo en el cual él estaba metido de lleno.

De todas formas, aunque la vida del artista parezca muy bonita vista desde fuera, las cosas siempre dependen del ángulo desde el que se las mire. Yo también sé perfectamente lo que digo. No es oro todo lo que reluce.

—Muchas noches, cuando al fin cojo la cama, el estrés me quita el sueño —se lamentaba Trevor—. Debes tener siempre puestos todos los sentidos en lo que estás haciendo, porque el más mínimo desliz sobre el escenario basta para arruinar una función entera. Aparte, son muchos los problemas con que se encuentra un empresario en su día a día.

—Ya lo imagino.

—Además, tengo que reconocer que también soy mucho de comerme el coco, por si faltase algo. No, no soy una persona fácil de llevar, Christine. Puedo ser el hombre más sencillo o el más complicado del planeta —me confesaría ya desde el comienzo.

Por aquellos días, yo estaba intentando abrimme camino en el panorama musical como cantante, a pesar de que a mis padres no les hiciese mucha gracia que fuese a coger por ahí.

1

También entraba en mis planes aprender a tocar la guitarra, pero esa era una asignatura pendiente que tendría que esperar un tiempecillo todavía.

Bastante tenía ya con compaginar mis estudios con los ensayos diarios junto a los demás miembros de la banda “Delight”, de la cual era voz solista, y con presentarme a todos los castings de los programas de televisión donde se buscaran aspirantes a ingresar en academias de canto.

No me perdía ninguno, en mi afán por hacer “todo” lo que estuviese a mi alcance, con tal de conseguir mi sueño de ser cantante.

Salvo mis padres, que no lo veían con buenos ojos porque opinaban que ese era un mundo complicado y de mucha corrupción, todo mi entorno me animaba diciéndome que tenía una voz preciosa y que, educándola, lo lograría, que podría llegar hasta donde quisiera.

—Y ya no se trata solo de la voz prodigiosa que tienes, Christine —llegó a comentarme cierto empresario que no contrató para actuar durante los meses de verano en su hotel—. Tu físico también te abrirá muchas puertas, te lo digo yo. Con ese tipazo, esa piel morena y esa melena de rizos...

!

Cualquier otra mujer lo mismo le suelta una barbaridad por la boca en ese momento. Eso, si no le sacude un cachetazo del tirón, pero yo me considero una persona bastante diplomática, por lo que me quedé tan solo con las alabanzas a mi voz y preferí hacer como que no había escuchado el resto.

Aquel tipo regordete y de aires prepotentes me estaba dando a entender que podía explotar esos atributos míos para conseguir contratos cada vez más importantes, con hombres de su calaña, pero...

No. A eso sí que no estaba dispuesta, bajo ningún concepto. Supongo que se me entiende lo que quiero decir. Si triunfaba por méritos propios con mi voz como mi única arma, bien. Si no, esta neoyorquina con “pinta total de latina” (así me definía mucha gente) se dedicaría a cualquier otra cosa.

No tenía intención de subir ni medio peldaño en la música, a costa de permitir que me pusiera siquiera un dedo encima ningún tipo que se encaprichase de mí. Eso sí que lo tenía bastante claro.

Lamentablemente, fueron muchas las veces que tendría que acordarme de las palabras de aquel personaje, dado

que en más de una ocasión me encontré con eso mismo; con tipos sin escrúpulos que pretendían comprarme, ofreciéndome el oro y el moro si me mostraba “más cariñosa” con ellos.

No quisiera que nadie se molestase por lo que estoy contando, pero es verdad que ese intento de soborno está a la orden del día en este mundillo. Y no solo en este, por desgracia. Todavía queda mucho por resolver en esta sociedad en que nos ha tocado vivir.

Y allá cada cual con lo que desee hacer al respecto, que no soy quién para juzgar a nadie, pero yo me negaba por sistema cuando se daba la circunstancia. Pasase lo que pasase, jamás entraría por ese aro.

Por su parte, mientras yo me esforzaba todo lo posible para ir abriéndome hueco en lo mío, Trevor fantaseaba con una vida artística para sí, mucho más relajada y “romántica” de la que llevaba.

—¿Te imaginas lo que sería poder trabajar a tu aire, sin horarios y sin escenarios en concreto, Christine?

Al principio no capté muy bien la idea.

<sup>a</sup>—¿Y eso cómo se consigue? —le pregunté expectante.

—Es muy fácil. O no, según se mire, pero tú imagínate lo que supondría para mí poder echarme a la calle con mi magia.

s

—¿Perdona?

—A ver, me refiero a ganarme la vida con la voluntad de la gente, como uno más de tantos artistas callejeros que se dejan ver por cualquier esquina de la ciudad, tocando el violonchelo o el saxofón, por ejemplo.

—¡Trevor! Es de locos, si quieres que te diga lo que pienso. ¿Qué necesidad tienes de correr ese riesgo?

—¿Riesgo por qué, Christine?

—No sé, pero vivir de las propinas que te dejara la gente... como que no lo veo, la verdad.

—Pues yo, no solo lo veo, sino que firmaba ahora mismo por el cambio, te lo juro. Eso de no tener que volver a estar pendiente del calendario y poder actuar a mi bola... ¡madre mía! Intenta visualizarlo, Christine. A la caída del sol... o al anochecer. En cualquier plaza... al lado de cualquier fuente... en Central Park junto al agua o la estatua de Alicia en el país de las maravillas... uff, ¡qué gustazo!

—Sí, todo eso suena muy bonito, pero piensa también en lo que implica la calle, Trevor, o sea, un calorazo de

muerte en verano y nieve y lluvias y más lluvias en invierno. ¿Ahora qué? ¿Eh?

—Lo sé, lo sé, solo digo que ya me gustaría, pero no paro de pensar, incluso, en lugares de ensueño muy lejos de aquí. Nada de paisajes urbanos, sino todo lo contrario. Sería la bomba poder desplegar toda mi “artillería” en la falda de una montaña... o en medio de un campo repleto de girasoles... o en la puerta de cualquiera de esos viejos castillos abandonados, en los que el tiempo parece haberse detenido hace siglos.

—¿Y quién crees que iría a verte hasta allí, Trevor?

—Eso sería lo más complicado, pero créeme que todo se consigue. Querer es poder, no lo olvides nunca.

—Si te escuchase tu mánager, iba a flipar.

—No creas, Christine. Karen ya no se extraña de nada conmigo. Además, más de una vez lo he comentado también con ella.

—¿En serio?

—¿Por qué habría de inventármelo? —me preguntó encogiéndose de hombros.

—No, si no es que piense que te lo estás sacando de la manga, pero... ¿qué opina ella de todo eso?

—Pues si te digo la verdad, no lo ve tan descabellado como tú. En el fondo, somos mucho más parecidos de lo que la gente piensa.

Debía ser. Dicen que dios los cría y ellos se juntan, y quizás Karen, que tenía un papel bastante importante en su vida, compartiese con él esa ilusión, pero esta que está aquí no lograba entenderlo.

Por cierto, tampoco entendía que aquella mujer que se encargaba de la agenda de “The kings of magic” le siguiera la corriente, puesto que ¿en qué lugar quedaría ella en ese caso?

Si Trevor se decidiera algún día a poner en rodaje su idea y se lanzara a la calle con sus barajas de cartas, pañuelos, cuerdas, monedas y demás artilugios, incluida una cajita abierta para que le echasen monedas, Karen se quedaría automáticamente sin trabajo.

No obstante, yo tampoco debía meterme mucho en ese tema. A fin de cuentas, estábamos empezando a conocernos y me parecía que lo más sensato era dejarle con sus castillos en el aire...

5

e

l

## Capítulo 2



Como “por arte de magia”, me convertí en poco tiempo en la novia oficial de Trevor. Y lo digo de esta forma porque ni yo misma fui consciente de mis pasos, precisamente yo, que siempre iba pregonando que en la vida hay tiempo para todo y que eso de meterse en una relación formal había que pensárselo bastante.

Pues sí. Me parecía una verdadera locura lo de “atarse” a alguien siendo tan joven. Soy de esas personas que piensan que, antes de liarse la manta a la cabeza y adentrarse en un mundo más adulto, primero hay que disfrutar al máximo de otras experiencias.

Hay que viajar en la medida de lo posible (sol@ o con tu gente), irse de erasmus a la otra punta del planeta si se tercia, caerse mil veces y levantarse otras tantas...

Lo de los suegros, cuñados, planes de boda y demás historias que conlleva un noviazgo, mejor dejarlo para más tarde. Sin embargo, ahí estaba yo. ¡Por hablar! Mi amiga Charlotte se “burlaba” de mí por esta circunstancia.

—Quién te ha visto y quién te ve, Christine. Cualquiera día de estos me vienes con que te quieres casar. Madre mía menos mal que tu chico es más bien feíto. Si llega a ser guapo, cualquiera te aguanta.

—No empieces, nena, que te conozco. Lo primero, que lo de casarme no entra para nada en mis planes, puedes estar bien tranquila. Lo segundo, que el físico no es esencial para mí, y lo sabes.

—¡Ya te digo! Jajaja —se mondaba de la risa—, a la vista está. Pero vamos, que con lo buenorra que estás tú, podrías haber enganchado al mismísimo Jon Kortajarena si te lo hubieras propuesto.

—¿Jon Kortajarena? —así de repente, no caí.

—Sí, mujer, el supermodelo español ese que está como un queso y que es también actor, ¿no sabes quién te digo? Rubio, con ojos verdes y una boquita que quita el hipo...

—Ah, vale, vale. Ya sé a quién te refieres, pero te sigo diciendo lo mismo, Charlotte, que para mí el físico no es tan importante. ¿Tan difícil es de entender?

Era verdad lo que le decía. Evidentemente, a nadie le amarga un dulce, y cierto también que Trevor no era un hombre que llamase mucho la atención en ese aspecto, para qué vamos a engañarnos. Digamos que era del montón, porque tampoco me parece justo llamarle feo.

Eso era lo que me decía Charlotte para picarme. Por alguna extraña razón, a mi amiga no le cayó bien Trevor ya desde el principio. No es que me lo dijera abiertamente, pero yo me daba cuenta por muchos detalles.

Mi chico tenía el pelo rubillo, llevaba gafitas y era de piel muy blanca. En cuanto a la estatura, no es que fuese muy alto. Ni muy bajo, pues medía 1,70 cm. En cambio, como ya expuse en el capítulo anterior, era un tipo muy alegre y carismático que sabía conquistar a la gente.

Por otro lado, la vida al lado de Trevor resultaba de lo más animada, dado su espíritu inquieto y aventurero. Siempre estaba inventando. Su cabeza era un constante hervidero de ideas que solía llevar a cabo en su mayoría.

Entre su agenda y la mía no es que quedase mucho tiempo libre para el ocio, ese es uno de los puntos negativos de la vida del artista, pero nos las apañábamos como podíamos para hacer nuestros planes en pareja.

Mientras que Trevor tenía trabajo a tutiplén todo el año, yo andaba más ajustada de tiempo en verano, debido a las actuaciones, lo cual no quiere decir que el resto del año anduviese rascándome, como ya expliqué también.

Hablando de planes; a los tres meses de conocerme, mi chico ya me vino con una sorpresa en forma de magia que me encantó. A pesar de los años que han pasado, parece que le estoy viendo, esperándome sentado en aquel banco del mítico puente de Brooklyn, rodeado de rascacielos.

Hacía un frío que pelaba ese mediodía y Trevor llevaba un plumas abrochado hasta la barbilla, guantes de motorista y un gorrito de lana negro con el que se tapaba bien las orejas para que no se le congelasen.

—Santo cielo, ¡qué rasca hace hoy! ¿Se puede saber por qué me has hecho venir hasta aquí? —le pregunté nada más verle.

—Shhhhh —con el dedo índice en los labios, me pedía silencio—. Enseguida lo descubrirás.

—Sí, más vale que sea enseguida, o nos vamos a quedar petrificados. Según la página del tiempo, no va a tardar en empezar a nevar.

—Ven, anda. No te preocupes por eso.

Trevor me cogió del brazo, me colocó sobre el enorme barandal de hierros cruzados del puente, mirando al East River fluyendo por debajo de este, y se puso a mis espaldas.

—Ahora quiero que cierres los ojos, ¿de acuerdo?

—Vale —le contesté entusiasmada.

—Levanta un poco los brazos y agítalos suavemente de arriba a abajo, como si estuvieses volando.

—¡Trevor! ¡Jajaja! ¡Estás loco! Ni que fuese yo un pajarraco, la gente me va a tomar por loca.

—Calla, no seas boba. ¿Qué te importa la gente? Tú límitate a cerrar los ojos y a hacer lo que te estoy pidiendo. Eso es justamente lo que pretendo, que pienses que eres un águila real.

Estaba flipando con lo que me decía.

2

—¿Un águila real? ¿No puedo ser una gaviota? —solté con un poco de ironía.

5

—Sí, Christine. Concéntrate en lo que te digo. Eres un águila real sobrevolando una montaña muy alta, muy, muy alta. Lo más alto que hayas visto en tu vida.

—Ok.

)

—Sígueme el rollo, preciosa. Agita despacio tus alas. Nota la brisa... no hay nada a tu alrededor... solo se ve el azul del cielo... un sol radiante... y abajo la montaña rodeada de agua... silencio por todas partes...

No era fácil meterse en el papel, con el trajín de la gente que cruzaba el puente a esas horas, pero a base de repetírmelo y repetírmelo cerca del oído, consiguió convertirme en ese ave de presa sobrevolando a sus anchas la cima de una gigantesca montaña.

Era una sensación súper relajante que debió durarme unos dos o tres minutos, hasta que Trevor decidió devolverme de golpe a la realidad, hablándome de nuevo.

—Ahora, abre los ojos y mira hacia abajo. Fíjate en el agua del río. Dime, ¿qué ves ahí? —señaló con el dedo un punto determinado.

—Ehhhhh, esto... —titubeé un instante—. No sé muy bien, parece como un papel o algo así, ¿no?

—¿Crees que podría ser un sobre?



—Sí, podría ser —le respondí un tanto perpleja.

—Pero ese sobre, en realidad, no está ahí. Es solo producto de tu imaginación. Date la vuelta —me pidió.

Me giré y me quedé de cara a él, apoyada sobre aquella estructura de hierro. Trevor me miraba fijamente a los ojos.

—Bueno, pues ahora gírate otra vez y mira para abajo. ¿Dónde está el sobre que acabas de ver?

Enfoqué la vista, pero ya no vi ni rastro de aquella mancha blanca sobre el agua.

—Es que flipo contigo, te lo juro —le confesé.

—Ummm. Escúchame, métete la mano en el bolsillo izquierdo, Christine.

Al hundir la mano en el bolsillo de mi chaquetón, me encontré con el susodicho sobre.

—Jajajaja. ¿Se puede saber qué es esto? —pregunté alucinada.

—Compruébalo tú misma.

El sobre estaba abierto y contenía un papel, pero... en blanco. No tenía nada escrito.

—Ohhhhh —fingí, en broma, estar decepcionada—. Nada por aquí, nada por allá. ¡Qué lástima!

—¿Está usted segura, señorita?

Por supuesto que lo estaba, pese a lo cual volví a mirarlo bien por el derecho y por el revés.

—Una pena—prosiguió Trevor—. Intentémoslo de nuevo. Métete el sobre en el bolsillo y olvídate de él.

Lo hice sin chistar. Acto seguido, me preguntó si creía en la magia.

—¿Una pregunta trampa? —“protesté”.

Trevor no contestó y siguió con lo suyo...

—Veamos. ¿Qué tal si vuelves a sacar el sobre del bolsillo? —me sugirió.

Le hice caso y saqué otra vez el sobre. La gracia es que, cuando fui a extraer de él lo que quisiera que fuese, me encontré con que estaba cerrado.

—¡Anda! ¿¡Cómo es posible!?!—exclamé extrañada.

—Cosas de la magia—Trevor se encogió de hombros.

—¿Pero cómo lo has hecho?

—¿Qué te parece si lo abres y ves lo que hay dentro, en lugar de preguntar tanto?

—Es verdad, es verdad, ¡llevas razón!—le respondí algo nerviosilla.

Metí un dedo por la esquinita y lo fui desgarrando hasta poder abrirlo de par en par.

—No puede ser, no puede ser—me quedé patidifusa cuando vi aquellos dos billetes de avión... ¡para la India!—. ¡¡¡¡Pero Trevor!!!!

—¿Qué pasa?

—Esto ha debido costarte una fortuna.

—¿Y? Ya sabes lo que pienso respecto al dinero. De vez en cuando hay que darse un caprichito...

—Sí, lo sé, pero esto es mucho más que un simple caprichito.

—Llámalo como quieras. ¿Te vienes conmigo o me voy solo? Además, pretendo ir también al Tibet, que lo sepas.

—¿Al Tibet?

—Al Tibet, Christine. Has escuchado bien. Es algo que llevo mucho tiempo queriendo hacer, es un sueño que me persigue desde hace años y creo que ha llegado el momento de materializarlo. Contigo como compañera de aventuras, será doblemente emocionante.

—Ahhhh, vale, vale, vale.... Ya entiendo. De ahí lo de la montaña tan alta que te empeñabas en que visualizara ¿no?

—Chica lista. Has dado de lleno en el clavo —me respondió con una sonrisa pillina—. ¿Entonces, qué? ¿Me acompañas o no?

—¿Tengo que contestarte ahora mismo o puedo pensármelo? —le solté como haciéndome la interesante, pero en plan de coña, lógicamente.

—Bueno, digamos que de aquí a que despegue el avión, tienes quince días para pensártelo. Tú verás...

—¡¡Me voy!! ¡¡Me voy contigo!! —estaba que daba saltos de la emoción.

—¡Jajajajaja! ¡¡¡¡Jajajaja!!!! —Trevor se desternillaba de la risa.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia?

No es que molestara con sus risotadas, sino que me parecía algo exagerado ya el tema.

—Nada, preciosa mía, que me has recordado a la del chiste.

—¿Qué chiste? Creo que no me lo sé.

—Le preguntan a una mujer a quién se llevaría por ahí de viaje romántico. A: A su marido. B: ... ¡La "B", la "B"!, contesta ella a la velocidad de un rayo, sin escuchar más ni más.

Yo también me partía de la risa cuando me lo contó. En realidad, me había entrado la risa tonta ante la perspectiva de ir a caer en tierras asiáticas con aquel mago que me tenía totalmente hechizada. Me hacía una ilusión indescriptible.

—Espera un momento. ¿¡Me estás diciendo que te ha invitado Trevor a la India!?

Jack, el guitarrista de mi banda, no daba crédito cuando se lo conté esa misma noche, antes de subirnos al escenario. Aquel chico y yo teníamos una conexión especial. A ver, no quiero que nadie malinterprete mis palabras.

No es que entre nosotros hubiese ninguna atracción solapada. De hecho, Jack era gay, pero sí que teníamos muchísima confianza y nos lo contábamos absolutamente todo. Era una química que se remontaba al preciso momento en que nos conocimos, un par de años atrás.

—Como lo oyes, amigo. Dentro de un par de semanitas, para allá que estaremos volando.

—Qué suerte la tuya, hija. A ver si doy yo también con una pareja tan generosa algún día.

—Pues mira, sí. No digo que mi chico sea perfecto, que tendrá sus faltas como todo el mundo, pero hay que reconocer que es una persona muy espléndida.

En efecto, esa era otra de las muchas virtudes de Trevor. No hacía falta ninguna ocasión especial para que llegasen a mis manos ramos y más ramos de orquídeas (su flor favorita, según él), cajas de exquisitos bombones y un sinfín de detalles más.

Contra mi propia filosofía acerca de las relaciones, estaba viviendo una etapa muy dulce junto a él...

—Qué suerte la tuya, hija. A ver si doy yo también con una pareja tan generosa algún día.

—Pues mira, sí. No digo que mi chico sea perfecto, que tendrá sus faltas como todo el mundo, pero hay que reconocer que es una persona muy espléndida.

En efecto, esa era otra de las muchas virtudes de Trevor. No hacía falta ninguna ocasión especial para que llegasen a mis manos ramos y más ramos de orquídeas (su flor favorita, según él), cajas de exquisitos bombones y un sinfín de detalles más.

Contra mi propia filosofía acerca de las relaciones, estaba viviendo una etapa muy dulce junto a él...

### Capítulo 3



¿Cómo describir aquella experiencia? ¿Chispeante? ¿Impresionante? ¿Mágica? ¡Lógicamente! Todo alrededor de Trevor era mágico; él era pura magia; de magia estaba construido su mundo... ese mundo al que me había ido arrastrando sigilosamente y en el que tan feliz me encontraba.

Ya en el largo vuelo desde Nueva York me demostró por enésima vez su caballerosidad y amor incondicional hacia mí con numerosos detalles, por ejemplo, favoreciendo mi descanso en todo momento con su postura.

Demasiado tiempo anclada al asiento de avión para alguien como yo, que necesita siempre las condiciones óptimas para conciliar el sueño... No sé si fueron trece o catorce horas de vuelo, una barbaridad, desde luego que sí, pero bien merecieron la pena. E igualmente las que nos tocaron para desplazarnos días después hasta la comarca tibetana.

Por todos aquellos rincones del continente más grande y más habitado del planeta viví junto a Trevor unos episodios dignos de plasmar en mis memorias.

Eso pensé en el trayecto de vuelta a Estados Unidos y eso es lo que estoy haciendo ahora mismo precisamente; tratar de inmortalizar también por escrito lo experimentado en nuestro primer viaje.

En este punto debo exponer asimismo mi gratitud hacia Alisha, una bellísima mujer india que nos hizo las veces de guía durante casi toda la semana de estancia por aquel maravilloso país, con la cual conservo una gran amistad a día de hoy.

De su mano recorrimos los lugares más representativos y presenciemos ciertas costumbres de la zona, algunas de ellas no muy agradables, por cierto, como la cremación de los cadáveres a orillas del río Ganges, pero Trevor y yo estábamos dispuesto a ver todas las caras del país.

Ese capítulo, cada vez que se me viene al pensamiento, me pone los bellos de punta, por lo que prefiero no entrar en muchos detalles. Tan solo mencionar de pasada a las mujeres lavando la ropa en ese mismo río Sagrado, mientras algunos se desvestían para enjabonarse y otros se daban ya sus rituales baños.

—¡Mira, Trevor! ¿Has visto eso? —recuerdo que le pregunté, alucinadita perdida, al ver un grupito de monos

paseándose tan panchos por los balcones de las casas, desde la canoa en que nos deslizábamos río abajo.

—Ya sé que a muchos de vosotros, los turistas, os asombran ese tipo de imágenes—intervino Alisha—, pero creedme que son de lo más normales por aquí.

—¡Qué cachondos! —a mi chico también le llamaron la atención con sus brincos de un lado a otro.

—En la India, los monos, al igual que las vacas, son sagrados. Estos animalillos tan astutos que estáis viendo por todas partes representan al dios Hanuman—continuó explicándonos la guapísima nativa de enormes ojos negros.

Luego vimos también un montón de perros corriendo y ladrando junto a la orilla del río. ¿A santo de qué tanta carrera? ¿Qué diablos estaban comiendo? ¿Por qué se ladraban entre ellos, como queriendo quitarse algo de la boca los unos a los otros?

Más me hubiese valido no preguntar tanto y quedarme calladita, porque la respuesta de nuestra particular guía, unida a aquel olor tan... (sin palabras), empezó a nublar-me la razón, hasta el punto de terminar perdiendo el conocimiento.

Al ir regresando poco a poco al mundo de los vivos, la voz angustiada de Trevor me sonaba como un eco en aquella atmósfera donde se respiraba un calor asfixiante, en tanto la canoa continuaba su recorrido por las turbias aguas.

Quienes son de allí, o quienes han presenciado estos rituales entre los ghats, saben perfectamente a qué me estoy refiriendo, pero dejémoslo ya aquí, porque es un asunto bastante desagradable, la verdad.

Distinta, muy distinta, fue la experiencia en el Tibet, esa con la que mi chico llevaba tanto tiempo soñando. Ya en esa segunda etapa de nuestro viaje no nos acompañó Alisha.

Seríamos un grupo de unas quince personas en total, equipadas todas con prendas de abrigo y enseres varios, dentro de los mochilones que nos colgamos en las espaldas para encarar la expedición de subida a pie hasta la meseta.

)  
Horas después de emprender el camino de ascenso por los montes, dimos con un pequeño comercio construido con listones de madera, donde alquilaban sacos de dormir, mantas y no sé cuántas cosas más para los excursionistas.

Además, servían comida rápida en aquella tiendecilla regentada por una extraña pareja: él (africano, a todas luces), con el pelo bastante largo y poco gusto por la higiene, al parecer.

Aquel tipo fumaba sin parar como un poseso. Ella, de raza blanca, ídem de lo mismo, y tampoco es que destacase mucho por su limpieza. Según su propio relato, la mujer decidió subir un buen día a aquella montaña, olvidando a posta que esta también se podía bajar.

Se quedó a vivir con el africano, alegando que de allí no se movería hasta que se fumasen entre ambos toda la hierba que había alrededor. Vivir para ver, pero esa es otra historia, su historia...

Siguiendo con la nuestra; caía la tarde y el frío empezaba a hacerse insoportable entre los picos de unas montañas cubiertas de nieve por todos lados, lo cual hacía que la idea del negocio de los sacos de dormir y las sopas calientes, servidas en cuencos de barro, cobrase mayor sentido.

Lo de pernoctar a la intemperie rodeados de monos blancos, urracas, cabras, águilas y otras especies era algo que entraba en el guion. Pero a saber de qué estarían hechas las dichosas sopas calientes, con ese sabor tan indescriptible también, aunque al menos calentaban un poco por dentro.

Sentados en el suelo formando un corrillo bajo el cielo estrellado, la magia del lugar caía con todo su peso sobre nuestros hombros. No pude evitar acordarme de aquel otro momento mágico en el puente de Brooklyn, con los ojos cerrados, dejándome llevar por las palabras de Trevor.

—Ya solo me falta volar de verdad —le comenté en voz baja, con la manta por encima y al calor del fuego que chisporroteaba en medio del corrillo.

—Mira, ahí va otra —fue su respuesta por la tangente, al ver una de las muchas estrellas fugaces que iban atravesando el cielo —. Pide un deseo, Christine.

—A ver... pues deseo...

—¡No! Pero no lo digas, chiquilla. Tan solo piensa en ello y quédatelo para ti.

¿Mi deseo? Compartir toda la vida con él, eso era lo que deseaba con todas mis ganas. Y llevaba todas las papeletas de la rifa, puesto que no se lo pedí solo a una estrella, sino a todas las que iba viendo pasar en aquel fascinante espectáculo de luces allá en lo alto.

—¿Imaginabas que esto sería así? —quiso saber mi chico.

—Ni de coña. Es verdad que cuesta un poco subir hasta aquí y que estoy bastante cansada, pero a ver quién me duerme esta noche. Demasiada belleza en derredor...

Así era. Muchos de los animales de la zona se habían retirado con sigilo y habían desaparecido de nuestra vista, e



o tanto que algunas urracas descansaban ya con sus cabezas entre las alas, somnolientas, sobre las copas de los árboles.

Por más que rebusco en mi memoria, no recuerdo una noche tan larga y tan corta a la vez, dando paso a la salida del astro rey. Al abrir estos ojos, que solo a pequeños ratos se cerraron durante esas horas nocturnas, me encontré con un águila enorme, volando en círculos sobre el grupo.

Interpreté aquel modo de volar como su particular manera de darnos los buenos días a todos y pude meterme en su pellejo. El ave, lo mismo subía tan a gusto hacia los cielos como se dejaba caer en picado hacia la falda de la montaña.

Yo había experimentado esa placentera sensación anteriormente... ¿Cosas de la magia también? Justo en ese momento, viéndome absorta en la contemplación, Trevor acercó su cara a mi oído.

—Cierra los ojos, princesa. Pídele que te permita colarte entre sus plumas para sobrevolar el valle juntas.

—A ver si lo he entendido... ¿Me estás diciendo que le hable a ese águila y le pida que me lleve a cuestras?

—Lo has entendido perfectamente, pero me parece que no tienes mucha fe.

—Ehhh, esto... yo...

Por un momento no supe qué responderle, pero le hice caso. Cerré los ojos, junté las palmas de mis manos como en oración y traté de conectar silenciosamente con aquel pajarraco que no desistía en su vuelo sobre nuestras cabezas.

Sin mover ni un solo músculo de mi cuerpo, pude sentir cómo satisfacía mi petición y, cobijada entre sus suaves plumas, volé por los picos de las montañas y por los valles, contemplando ensimismada las aguas que iban cayendo por el deshielo.

Relax absoluto. Libertad en toda la extensión de la palabra. Ya ni siquiera sentía frío alguno, al abrigo de sus alas. Tampoco necesitaba agarrarme a su cuerpo para sentirme segura. Entre el cielo y el suelo, nos guiaba el sol más potente que había visto en toda mi vida.

Nada que ver lo vivido en aquel impresionante paraje natural con lo que se cocía por las ciudades indias que habíamos dejado atrás, donde impera el bullicio causado por el caos del tráfico y por el gentío, con su fluir constante.

o Otros recuerdos memorables de aquel viaje son las visitas a los templos budistas de Lhasa (la capital del Tibet),

como el monasterio de Jokhang y, cómo no, el Potala, el palacio en que vive el Dalai Lama.

En él, los monjes pasan ofreciendo pan con mantequilla y leche, aunque nosotros no teníamos un cuenco ni nada por el estilo que nos llenaran, por lo que nos quedamos sin probar tanto lo uno como lo otro. A la hora del almuerzo, también ofrecían sopa de lentejas, arroz hervido, pan y yogurt.

—¿Y si cojo prestado un cacharro de esos para que me lo llenen? —me preguntó Trevor.

1

—¿Qué cacharro?

—Mira allí, Christine.

Me señaló una pila de cuencos que se encontraban dentro de una de las capillas. Aquellos cuencos de bronce debían usarse para las ofrendas de agua o de comida a los Budas.

—Ni se te ocurra—le advertí.

—¿Pero por qué? ¿Qué tiene de malo?

—No lo sé, pero por si acaso, tú quietecito ahí, que no quiero que nos llamen la atención. ¿Te imaginas? ¡Qué vergüenza!

—Mujer... estoy seguro de que los dioses no van a enfadarse conmigo por coger uno prestado durante un ratito para comer.

—Mira, haz lo que quieras, pero te apartas de mí. Yo no te conozco, ¿eh?

—Vaya, si te vas a poner así, paso.

—Es que ni que estuvieses muerto de hambre.

—Pues mira, tanto como muerto de hambre, no, pero no le hacía yo ascos ahora mismo a un donuts de esos que hemos visto antes al pasar.

Se me hizo la boca agua con la sola mención, y es que los donuts que se venden en aquella región están mucho más sabrosos que los tradicionales. De hecho, eso fue precisamente lo que desayunamos los dos, casi todos los días que anduvimos por allí: donuts y te con leche.

También me gustaron mucho las tiendas locales, donde se vendían los productos típicos tibetanos. En uno de ellos

encontré justamente los malas que andaba tiempo buscando: uno estaba fabricado con madera de sándalo, muy apreciada por ese perfume tan exquisito que desprende. El otro, de bolitas más oscuras, hecho con madera de rudrasha.

Todavía, pese a los años transcurridos, llevo ambos en mi muñeca derecha. Son mis malas...

Otra anécdota a rescatar del baúl de los recuerdos es la cena en casa de Ranjit y su mujer, Anjali, los propietarios de aquel comercio donde los compré. Tan bien nos caímos que se empeñaron en invitarnos a compartir de aquel modo un trocito de la intimidad de su hogar.

Nada más poner los pies en su humilde vivienda de techos bajos y decoración a base de cojines, cortinajes y toranes de tejidos de vivos colores, Trevor se quedó prendado de los cuencos tibetanos que tenían en una estantería de la entrada. Mi marido tomó uno entre sus manos para observarlo mejor, con el permiso del indio.

Visto lo visto, Ranjit cogió el más grande, de unos cincuenta centímetros de diámetro, lo colocó en el suelo y le hizo meterse en él, con los pies descalzos.

—Presta atención a su sonido. ¿De acuerdo, amigo? —le pidió.

—De acuerdo.

A continuación, le fue poniendo los cuencos de uno en uno, en su mano derecha. Con el brazo extendido, los iba haciendo sonar dándoles un golpe seco con la baqueta. Al final, le preguntó cuál de los siete era el que más le había impactado por el sonido.

—El sexto —contestó Trevor sin dudarle ni un segundo.

—Ese es el cuenco afinado para la creatividad —se volvió hacia la estantería y lo depositó entre sus manos—. Tómalo, tuyo es...

—¡Oh, no! No puedo aceptarlo—le contestó súper cortado.

—No te apures, amigo. Este cuenco va a parar ahora a donde estaba destinado a ir desde que se fabricó.

¡Y menudo cuenco de siete metales que le cayó de regalo, señores! Iba de regreso al hotel tan contento, tratando de ponerlo a “cantar” con la maestría del indio. Como para no recordar con cariño al pueblo tibetano y a sus gentes...



## Capítulo 4



A aquel viaje memorable le siguieron varios más en los cuatro años posteriores, pues también tuvimos ocasión de visitar otros lugares con mucho encanto, como las pirámides de Egipto, el Machu Picchu, en Perú, el Gran Cañón del Colorado o el monte de Kilimanjaro, en Tanzania.

Por cierto, buena aventura también, de safari, en este último país de África Oriental, si bien la vida con Trevor era ya de por sí una aventura diaria, prácticamente. Y eso que aún no vivíamos juntos...

Aunque nuestra relación marchaba viento en popa y éramos súper felices, para mí, lo de la convivencia era un asunto muy serio. Palabras mayores, como suele decirse. Ojo, no es que lo de juntarnos no entrase en mis planes, que sí que entraba, pero a largo plazo, sin prisa...

A mis veintidós años recién cumplidos, consideraba que todavía era muy joven como para meterme en esos fregados, fundamentalmente porque aún no tenía claro mi futuro laboral.

En la música no es que me fuese mal, pero ni tenía la estabilidad que quería ni avanzaba tampoco al ritmo que me hubiera gustado. Fue justamente por aquellos días, es decir, a raíz de cumplir los veintidós años, cuando me cayó como del cielo la propuesta que cambiaría el rumbo de mi vida, inexorablemente.

Ronald, el director de una cadena de televisión de Texas, pretendía contratarme para un programa musical que se había estrenado con gran éxito, pues tenía muchísima audiencia ya.

Aparte, quería contar conmigo para otros proyectos, y es que aquel hombre disponía también de varios negocios hosteleros importantes, donde se celebraban eventos de postín con frecuencia.

—¿Que os han propuesto ir a Texas?

A mi madre pareció no hacerle mucha gracia el bombazo, a juzgar por su cara y el tono de su voz. No obstante, conociéndola, ya contaba con esa misma reacción.

—Bueno... no es así exactamente, mamá. No es que nos hayan propuesto nada. Mejor dicho, me han hecho a mí la proposición, porque Ronald no me ha hablado en ningún momento del grupo, sino de mí sola.

—Pues peor me lo pones, Christine. O sea, ¿me estás diciendo que estás pensando en dejar tirada a tu banda para lanzarte de cabeza a la piscina?

—Lanzarme de cabeza, no. Si me fuese, me iría con un contrato firmado previamente —le rebatí—. Tan loca no estoy...

—¡Lo que tú digas, hija mía! ¡No estoy para nada de acuerdo contigo! Eres muy joven y...—se iba alterando por segundos.

—¿Ya vamos a empezar?! —Yo también estaba comenzando a alterarme, viendo que no se bajaba del burro—. ¡Esto es lo mismo de siempre! Que vosotros los adultos os pensáis que los hijos somos unos inconscientes... o unos tarados mentales... o yo que sé. ¡Manda narices!

—¡Mucho cuidado! Grititos los justos, ¿eh? —me advirtió.

—Vale, vale —me vine abajo enseguida—. Lo siento —añadí a modo de disculpa —, pero tienes que entender que la música es mi vida, mamá, que es por lo que llevo años luchando. Y ahora me están poniendo por delante una oportunidad de oro. Si no lo intento...

—Lo sé, Christine. Lo único que te digo es que lo medites a fondo, porque me parece muy arriesgado. Dejar tu trabajo aquí sin ninguna garantía de... en fin, amén de la faena que les harás a los chicos, claro.

—Por eso no te preocupes, que ellos encontrarán rápidamente una sustituta, no te quepa ninguna duda —le respondí bastante confiada.

—Ah, ¿y Trevor? ¿En eso también has pensado ya? ¿Quieres que él también te sustituya en cuanto cojas la puerta?

¡Y dale! Mi madre, que quería mucho a Trevor, ahí me dio en la fibra sensible y me dejó sin habla momentáneamente.

—Pues...— titubeé, sin saber qué responderle.

—Pues que no, ya lo sé yo...

Ahí, en mitad de la porfía, le dio un ataque de tos fortísimo, de manera que me callé la boca de inmediato, esperando a que se le pasara.

—Hey, mamá, ¿estás bien? —le pregunté al fin un tanto preocupada, viendo la persistencia de su tos.

—Sí, sí, tranquila, creo que es una bronquitis de las mías. Llevo ya varios días que...

No podía casi ni articular palabra, era como si le faltase el aire.

—Bueno, tranquila, mamá. Cálmate ahora, que ya tendremos tiempo de seguir hablando de todo esto. Pero deberías ir al médico.

No me contestó ya a eso, sino que se echó un vaso de agua de la nevera y se quedó allí sentada en la cocina. Me hizo un gesto con la mano como pidiéndome que dejásemos ya ahí la conversación, de manera que no quise insistir más. Me encerré en mi habitación y me senté en el borde de la cama, dándole vueltas y más vueltas al coco.

Debía hablar con Trevor, quien todavía no sabía nada del asunto. ¿Qué le parecería la idea? ¿Me animaría? ¿Trataría de quitármela de la cabeza? ¿Y mis compañeros de trabajo? ¿Cómo se lo tomarían?

Por supuesto, como le había dicho a mi madre, encontrarían a una cantante que me sustituyese con el micrófono sobre los escenarios, pero eso tampoco sería cuestión de un día para otro.

Bien mirado, dejarles en aquellas fechas sería una faena de las gordas, puesto que ya teníamos cerrada la agenda de conciertos de los dos meses siguientes. Por otro lado, Ronald me ofrecía, para empezar, un contrato de seis meses, seis meses en que de todo podría ocurrir.

Si todo marchaba por buen camino, continuaría con mis andanzas tejanas, pero... ¿cómo saberlo de antemano? Cuanto más lo pensaba, más me sentía entre la espada y la pared... entre el miedo y el deseo... entre el quiero y no puedo... entre el debo y no debo...

Con semejante caos mental, no quería dejar pasar mucho más tiempo sin hablarle a Trevor de todo ello. Necesitaba saber su opinión cuanto antes, fuese cual fuese.

Me encontraba muy nerviosa, por lo que le pedí vernos aquella misma noche, cuando él terminara su función en la fiesta privada de una joven actriz cuyo nombre prefiero reservarme por motivos obvios.

Quedamos directamente en su casa, con intención de dormir juntos después de hablar. No quise anticiparle nada por teléfono, aunque le aseguré que no era nada grave, para tranquilizarle.

Como era de esperar, Trevor se quedó de piedra al escucharme allí sobre su sofá lo que me traía entre manos.

—¿A Texas, Christine? ¿No podía ser más lejos? —me preguntó, con los ojos como platos.

—No seas exagerado, anda. Además, tú, precisamente tú, que te plantas allí en un abrir y cerrar de ojos si quieres, con tan solo chasquear los dedos.

—Claro, claro...

Por sus palabras y su gesto contrariado, se veía que no le había hecho ninguna gracia que involucrase los trucos de magia en aquel tema.

—Vaaaale, perdóname, vida. No te mosquees conmigo. Solo trataba de quitarle hierro al asunto, pero me gustaría que me dieras tu aprobación, cariño. Estoy hecha un lío, entiéndeme...

Trevor se quedó callado unos instantes, con la barbilla apoyada en sus manos entrelazadas, antes de volver a abrir la boca.

—Es cierto, Christine, perdóname tú. No soy nadie para tratar de cortarte las alas. Entiendo que es tu sueño y que estás buscando mi apoyo. Es eso, ¿no? Pues quédate tranquila.

—¿En serio?

—En serio, preciosa mía. Hagas lo que hagas, siempre estaré de tu lado.

—No sabes lo que supone eso para mí. Además, todavía no es nada definitivo. De momento, me marcharé por seis meses. Luego, ya se irá viendo lo que pasa.

—Exacto. Después Dios dirá. Eso sí... si por lo que sea decides regresar a los seis meses, tendrás que buscarte otro trabajo.

—También lo tengo en cuenta, Trevor, pero eso no es algo que me preocupe mucho por ahora. Antes o después, encontraría un nuevo grupo en el que cantar.

a

—Por supuesto. ¡Ah! Y no te creas que porque tires para Texas, te vas a librar de mí en este tiempo —me guiñó un ojo, mucho más relajado ya—, que para eso se inventaron los aviones.

—Desde luego. De Nueva York a allí son unas tres o cuatro horas de vuelo. Tampoco es para tanto.

—Venga, princesa, quédate tranquila, y ahora vamos a intentar dormir, que estoy muy cansado.



Yo también estaba agotada, sobre todo mentalmente, pese a lo cual aquella noche hicimos el amor como si no existiera un mañana. Trevor era un fuera de serie en la cama y, aunque no se tuviera en pie, para eso siempre estaba dispuesto.

Sin embargo, me parecía que yo jamás estaba a la altura en ese terreno, y es que he de confesar que nunca he sido tan fogosa como él. O sea, no quiero decir que no me gustase el sexo, sino que para mí no era un punto tan importante en una relación.

En ese sentido, mi chico era un hombre muy atento también. Por encima de su propio gozo entre las sábanas, siempre estaba el mío, y no paraba nunca hasta dejarme totalmente satisfecha.

Perdonadme que me exprese de estas maneras tan comedidas, pero soy también un poco vergonzosa como para hablar abiertamente de cosas tan íntimas como esta.

Volviendo a donde estábamos; días más tarde me monté en un avión rumbo a Texas, con una maleta llena de sueños y más miedo que vergüenza en el cuerpo.

Como era previsible, a mis compañeros de banda les sentó como un tiro la noticia de mi renuncia, aunque terminaron entendiéndome y me desearon toda la suerte del mundo. ¿Quién, en mi lugar, no aprovecharía el filón?

No solo iba a cobrar un pastón en aquellos meses por actuar en televisión y un montón de sitios más, sino que quizás se me estaban abriendo las puertas de la fama. Tal vez había llegado mi hora...

Desde luego, Ronald tenía una fe ciega en mí y no parecía ningún aprovechado de esos que ya comenté en su momento. Al menos, no me daba esa impresión, aunque podía estar equivocándose. De ahí también mis recelos. Todo tenía cabida en aquella aventura que acababa de comenzar.

—Feliz viaje, Whitney Houston. Ya me enviará usted un autógrafo un día de estos... ¡Ah! Y si ve a Kevin Costner por ahí, saludelo de mi parte.

El wasap de la cachonda mental de mi amiga Maggie, cuando acababa de atravesar el torniquete del control en el aeropuerto, me arrancó alguna que otra lagrimilla. Mis amigos más allegados también tenían depositada toda su confianza en mí en ese sentido.

¡Que fuese lo que tuviera que ser!...

?

## Capítulo 5



En suma, resultó ser medio año precioso de mi vida, una etapa para no olvidar, pero ahí quedó la cosa: en una experiencia maravillosa que solo duró seis meses, y es que echaba muchísimo de menos a Trevor y no estuve por Texas ni un día más de lo estipulado.

Seguro que much@s de l@s que me estéis leyendo pensaréis que soy tonta de remate, que vaya argumento el mío para excusar la renuncia a mi gran sueño, después del cirio que había armado. Pero cada uno es como es y establece su propio orden de prioridades.

Pues sí, esa era la cuestión: que enseguida me di cuenta de que me estaba equivocando. Me bastaron quince o veinte días en aquel estado fronterizo con México, para advertir mi error; que se me iba a hacer demasiado cuesta arriba todo aquello, sin la presencia de Trevor en mi día a día.

Como os podréis imaginar, a muchos de mi entorno les pareció una locura mi cambio de parecer...

—No hay quien te entienda, Christine —era mi amiga Charlotte quien me hablaba por teléfono, desde Nueva York.

—Lo sé, cariño, pero tus palabras no me sirven de consuelo —me lamentaba.

—Bueno, chica, tampoco quiero ponerte mal cuerpo. Si no te apetece seguir ahí, cuando acabes el contrato con Ronald, te vuelves para acá, y punto.

—Sí, creo que va a ser lo mejor...—le respondí un tanto abatida, y es que me encontraba en una de esas noches de bajón total—. El mundillo este de la televisión es muy atractivo y el ambiente de trabajo también es muy bueno, pero...

—Oye una cosa, Christine. ¿Y Trevor no se ha planteado en ningún momento levantar el campamento y tirar para allá contigo?

—Eso sí que no. Jamás me atrevería a pedirle algo semejante.

—Yo no estoy diciendo que se lo pidas. Te estoy preguntando si no le ha dado por pensar en algo así para estar contigo. A fin de cuentas, ¿qué le ata a él aquí?

En eso último tenía razón. Lo que quiero decir es que, en efecto, Trevor no tenía muchas raíces que digamos en Nueva York, si nos ceñimos al tema familiar.

El mago de mis amores era huérfano de madre. En cuanto a su padre, era un alcohólico que le daba a todos vicios y no tenía ningún tipo de relación con él. Y Dexter, su único hermano, vivía con su propia familia en Méjico, donde había montado un buen negocio.

En cualquier caso, es lo que le decía a mi amiga, que yo no era quien para tratar de alterar su existencia sugiriéndole un traslado a tierras tejanas. Tampoco sé cuál hubiera sido mi reacción si hubiera partido de él venir tras mis pasos.

¿Dónde estaría una ahora mismo? ¿Qué sería de mi vida a día de hoy? Son cosas que ya nunca sabré, como tantas y tantas otras en esta vida. Ahora bien, mi gran consuelo por aquellos días fue la bonita amistad que hice con Ronald, uno de esos tipos que se visten por los pies, como suele decirse coloquialmente.

Mi jefe acababa de cumplir cuarenta años. Delgado, de estatura similar a la de Trevor y con unos rasgos que tampoco es que le hicieran destacar mucho, podría decirse que era un hombre de lo más corriente en lo referente a físico.

En cambio, ya que hablamos del lado físico, debo señalar también que tenía un don de gentes, un sentido del humor, una educación y un saber estar que daban gusto, entre otras cuantas virtudes.

—A ver si resulta que ahora te vas a enamorar de él —me soltó mi queridísimo Jack en otra conversación telefónica.

—Tú estás flipando. Y mira que tiene guasa que me digas eso, precisamente cuando te estoy explicando que si estoy deseando volver a casa es porque quiero estar con Trevor.

<sup>e</sup> —Eh, tranquila, Chris—Jack era de las pocas personas que se referían a mí por mi diminutivo—, que te lo decía en broma. ¡Qué susceptible estás, hija!

—Es verdad, amigo mío...

—Chris... ¿te puedo hacer una pregunta? ¿Me lo parece a mí o a ti te pasa algo más que te estás callando?

—No, nada... —le respondí vagamente.

—Fíjate que no te creo, cariño. Te conozco bien, pero si no quieres contármelo, estás en todo tu derecho. Eso sí, no olvides que aquí está siempre tu amigo Jack para lo que quieras, ¿vale?

—Lo sé. Y no sabes cuánto te lo agradezco.

Se hizo el silencio entre nosotros, por unos instantes.

—Jack...

—¿Sí?

—Bueno, sí que hay algo más, pero si no le he dicho ni media palabra a nadie, es porque aún es pronto y porque espero que no sea nada importante. Ni siquiera se lo he comentado a Trevor.

—¿De qué se trata, cariño?

—Es mi hermana Rose. Me llamó la semana pasada. Parece ser que le ha salido un bultito en uno de los senos y está pendiente de que le hagan una biopsia por ultrasonido. Aunque los médicos le han dicho que no tiene por qué ser algo malo, me preocupa el asunto.

—Ya entiendo. Y ya sabía yo que no era solo por lo de Trevor, pero mira, yo últimamente he cambiado mucho mi forma de ser. Ahora no me preocupo tanto por las cosas de antemano. Lo mismo lo de Rose, al final, no tiene ninguna importancia, así que no te precipites. Es mi consejo, al menos. Ya se verá lo que ocurre.

—Ya. Y te lo agradezco, pero no puedo evitarlo.

Así era. Mi hermana, mi hermana Rose... No quería ni pensar que le ocurriese algo malo. Aunque hasta ahora no os he hablado de ella porque no se ha terciado, éramos uña y carne, pero voy a continuar ahora con el orden cronológico de los acontecimientos, para no perder el hilo.

Pese a que Trevor se había mantenido firme en su propuesta de apoyarme en cada paso que diera, me esperaba con los brazos abiertos en el aeropuerto. Para mí también supuso un gran alivio aterrizar en Nueva York, aunque, insisto, mi conducta parezca una ñoñería absoluta.

Allí en Texas quedaron los platós de televisión, los focos de los grandes escenarios, mis compañeros de trabajo y la pesadumbre de Ronald, quien no entendió muy bien mi decisión.

Todavía recuerdo una por una sus últimas palabras, antes de mi regreso a casa, en la víspera...

—¿De verdad que te lo has pensado bien, Christine? —me preguntó con la mirada algo vidriosa.

—Totalmente, Ronald. No sabes cuánto te agradezco la oportunidad que me has brindado, pero tengo que volver.

—Está bien—posó su mano en la mía un momento, en un gesto cariñoso—. Si alguna vez te arrepientes por el motivo que sea, tan solo tienes que coger el teléfono y llamarme. Siempre habrá un hueco para ti por aquí.

—Te lo agradezco en el alma. Tomo nota de tus palabras, Ronald, pero lo dudo mucho.

—Muy bien, chica. Pues ya está todo dicho. Lamento que las cosas no hayan sido como ambos esperábamos.

—Jolín, “jefe” —le dije, representando esas comillas con los dedos en el aire—. Como sigamos por ahí, me voy a echar a llorar en cualquier momento.

—No, por favor. No quiero verte marchar con cara triste. Prefiero quedarme en la memoria a la Christine alegre que agarra el micrófono para cantar como los ángeles y bailar como una diosa.

—Me sobrevaloras, Ronald.

—Nada de eso, Christine. Eres tú quien se subestima cuando le parece...

—Da igual. Dejémoslo. Y ahora, si me lo permites, debo marcharme ya para casa. El avión sale muy temprano y tengo que darme un buen madrugón.

—Faltaría más, mujer. Que la suerte te acompañe siempre.

—Bueno, ya sabrás si me acompaña o no. Tampoco tiene que ser una despedida tan cerrada, ¿no? Quiero decir que podemos hablarnos alguna vez. Y, por supuesto, si caes algún día por Nueva York, espero que vengas a visitarnos.

<sup>n</sup>—Será un placer.

—Lo mismo te digo.

Me levanté de mi asiento y le dejé apurando su copa en aquel bar donde habíamos quedado para tomar algo, a modo de despedida. Ronald era un tío excelente al que la vida le había dado un gran revés, arrebatándole a su mujer de la manera más tonta de este mundo y dejándole viudo de golpe y porrazo.

Leslie se había ahogado con un trozo de carne mientras comían en un restaurante al que habían acudido para celebrar su aniversario de boda. ¿No tenía mandinga el tema? Puñeteras jugarretas del destino...

Por suerte o por desgracia, la pareja no había tenido hijos, así que Ronald había pasado a ser nuevamente un hombre “soltero”, en cuestión de minutos.

En cuanto a esta que está aquí, también tenía por delante la labor de encarrilar su futuro, aunque no en el plano sentimental, sino laboral. Afortunadamente, no me costó tanto encontrar trabajo, pues en veinte días ya me habían contratado en un nuevo grupo similar a mi antigua banda, con gente de edades parecidas y con el mismo buen rollo entre ellos.

La diferencia es que estos solían tener un circuito más cerrado de actuaciones, en determinados clubs nocturnos y lujosos hoteles neoyorkinos. Por otra parte, estaba el tipo de música.

En adelante, tendría que adaptarme a un estilo nuevo para mí, puesto que mi repertorio estaría compuesto básicamente por ritmos latinos. Esta circunstancia tampoco me importó en absoluto, todo lo contrario.

—Ahí te quería yo ver—a mi prima le encantaba la idea—. ¡Qué bueno! Mi súper prima Christine, en plan Celia Cruz sobre las tablas. ¡Asssúcar! Jajajaja.

No pude evitar reírme yo también, viéndola a ella metida en ese mismo papel, con el puño en alto, como si estuviese agarrando un micro.

—Qué cachonda eres, Mery.

—¡Anda que no! Ya te imagino meneando esas caderas y con esa melenaza de rizos, morena mía. ¡Es que te pega totalmente! Cuando te vea la gente va a pensar que eres cubana.

—No, si yo no digo nada. Es más, me ilusiona mucho la idea. Un cambio de aires no me vendrá mal.

—Ya lo creo. Otra cosa, niña, ¿hay alguna novedad sobre lo de tu hermana Rose?

—Pues mira, precisamente mañana a primera hora tiene las pruebas en el hospital. Yo iré con ella.

—Perfecto. En cuanto se sepa algo, me das un toque —me pidió.

—No te preocupes, pero por lo visto, habrá que esperar un tiempecillo para los resultados, y es que estos no te los dan sobre la marcha, como en otras pruebas.

—Bueno, bueno. Pasito a pasito, como digo yo.

—No queda otra, Mery.

—Oye, ¿y Trevor qué tal anda? Hace tanto que no quedamos los cuatro para nada...ni una cenita, ni una copa...

—Ya, cariño, si es que este hombre anda siempre también tan liado, que... ¿qué te puedo decir?

—¿Pero todo bien? Me refiero a que si estáis bien entre vosotros.

—Sí, guapa, todo bien—le contesté.

Fue una respuesta con la boquita pequeña, pues se trataba de una verdad a medias. La realidad era que Trevor llevaba unos días un poco raro y me tenía preocupada.

Juraría que me ocultaba algo, pues cada vez que le preguntaba me saltaba con evasivas, pero ya se sabe que las mujeres tenemos un sexto sentido. A nosotras no nos la dan tan fácilmente.

—A saber qué líos se trae por ahí—mi amiga Charlotte, para colmo, echaba más leña al fuego.

—Líos ninguno, si te refieres a lo que me estoy imaginando. Trevor me tiene en un pedestal, así que no creo que vaya por ahí el asunto.

—Pues me alegro por ti. Será que yo estoy tan escarmentada de los hombres que no me fío ni de mi sombra.

—Será—le respondí algo contrariada.

Sin embargo, sus palabras me dieron bastante que pensar aquella noche, pero... no, no tenía ningún sentido que Trevor me estuviese engañando con otra mujer.

Mi chico me adoraba. Aparte, aunque quisiera, tenía tan poco tiempo libre que le resultaría complicado hacerme ninguna trastada. Y además, ese poco tiempo libre, por lo general, lo compartía conmigo.

¿Qué demonios estaba ocurriendo? Tenía que averiguarlo, así que decidí que el día siguiente tendríamos una conversación muy en serio. Total, ¿no era él quien preconizaba que los pilares más importantes de la pareja eran la confianza y el diálogo? Pues eso...





## Capítulo 6



A las ocho de la mañana ya estaba de camino hacia el hospital con mi hermana Rose. Íbamos con tiempo de sobra por si acaso, y es que ya se sabe que el tráfico siempre puede jugarte una mala pasada. Máxime en una ciudad como Nueva York, una de las peores en ese sentido a nivel mundial, según estudios.

Al final, llegamos con cerca de media hora de antelación, de manera que entramos en la cafetería del hospital a desayunar, antes de subir a la consulta.

Rose estaba bastante nerviosa, cosa que entendí perfectamente, por lo que traté de distraerla hablándole de mis asuntos, entre ellos, lo que me estaba ocurriendo con Trevor.

—Vaya plan, chica. ¿Y no le notaste ya nada extraño antes de irte a Texas? —parecía bastante intrigada.

—En absoluto, hermana. Es más, tendrías que haberle visto allí esperándome en el aeropuerto. Me cogió en brazo y empezó a darme vueltas por los aires, entusiasmado perdido.

—A ver, que el hecho de que tenga un problema que no sepamos no quiere decir nada. O sea, que no tiene por qué influir en la relación...

—Pero ahí te voy, Rose. Esa es la cuestión, que después de aquello, o sea, de mi vuelta, es cuando ha ido mostrándose cada vez más raro. Tú ya sabes que Trevor charla hasta por los codos.

—Y que lo digas, Christine.

—Pues últimamente parece mudo, tengo que estar sacándole las palabras. Está como aislado con sus pensamientos...no sé.

—Oye, una cosa que sí que me ha llamado la atención es lo que está engordando, ¿verdad?

—Ese es otro tema, pero vamos, que poco engorda para lo que come de un tiempo a esta parte también. Es que Trevor no come. ¡Devora! Sobre todo dulces. El muy jóio se come a pares los donuts de chocolate con el café.

—Pufff, encima eso, azúcar en cantidades astronómicas, con lo malo que es...

—Azúcar, grasas... de todo se mete al cuerpo. Y lo malo es que no hace nada de deporte.

—Exacto, porque si lo quemase, pues...

—Calculo que debe pesar por lo menos quince o veinte kilos más que cuando nos conocimos.

<sup>l</sup>—Pues que tenga cuidado con lo que hace, porque tu novio tampoco es que sea muy alto. Como siga así, va a salir rodando—Rose le dio un toquecito a su smartwach para ver la hora y me miró.

—Sí, venga, vamos tirando ya para la consulta —le dije.

—No te haces ni idea de lo angustiada que estoy, hermana mía.

—Venga, anda, piensa siempre en positivo, cariño. Ya verás como no va a ser nada importante. Seguro que es un bultito de grasa, como le pasó a tu amiga Sophia, acuérdate.

—Ojalá.

<sup>s</sup>

—Que sí, tranquila...—trataba de calmarla.

<sup>3</sup>Para colmo, cuando subimos, nos encontramos con que la consulta iba con retraso, por lo que nos tocó esperar otro buen rato, sentadas en aquel pasillo, antes de poder entrar. Tampoco quise agobiarla más con lo de Trevor.

Cuando salimos del hospital, la dejé en el trabajo y volví para casa. Desde allí llamé a mi chico para decirle que quería verle.

—¿Te pillo liado?

—Bueno, estaba pensando en coger el coche para ir a comprar unas cosillas que necesito para mi último número de magia. ¿Y tú qué andas haciendo?

—Nada, ya he vuelto del hospital, así que puedo acompañarte.

—Ahh, oh... perdona—se había quedado un poco cortado—, se me pasaba que hoy ibas con tu hermana a lo de las pruebas esas. ¿Qué tal ha ido todo?

—De momento seguimos como estábamos. Ya te dije que hay que esperar unos días para que nos den el resultado

—Tienes razón, cariño, me lo dijiste, pero ando bastante despistado últimamente.

—Tú lo has dicho, Trevor y de eso me gustaría hablar contigo, así que, si quieres, voy contigo a hacer ese recado.

Se quedó callado un par de segundos, como si estuviese pensándoselo.

r—No sé, es que me pillas saliendo ya de casa.

Me dio la sensación de que no tenía mucho interés en que fuese con él ese día a ninguna parte, razón de más para que insistiese en acompañarle, lógicamente.

—No importa. Yo estoy preparada, solo tienes que pasar a buscarme por mi calle. Te estaré esperando abajo para no perder tiempo.

—Esto... bueno, vale... Dame un rato y ahora tiro para allá.

—¿En qué quedamos? ¿No acabas de decir que te pilló saliendo ya de casa?

—Que sí, Christine, pero que me he mirado en el espejo del recibidor y he visto que me hace falta un afeitado. Voy a entrar al baño y salgo en un rato.

Todo aquello me estaba oliendo ya a chamusquina. Primero le veo como con pocas ganas de venir a buscarme. Luego me dice que necesita más tiempo... Algo no me cuadraba, con el añadido de que tardó unos cuarenta minutos en avisarme de que salía ya de su casa.

Le encontré bastante alterado. Me di cuenta nada más subirme a su coche, cuando por poco atropella a una mujer en un paso de peatones.

—¡¡Cuidado!! —tuve que gritarle para que no la embistiera.

—¡¡Joder!! —gritó él también—. ¿De dónde coño ha salido esa tipa?

—Trevor... ¿se puede saber qué te pasa? Esa mujer no ha aparecido de repente. ¿En qué estás pensando?

—¡En nada! —me contestó de muy mal humor.

—Mira, no sé qué diablos te pasa, pero conmigo no la pagues.

—Yo no estoy pagando nada contigo—me replicó.

—Sí, sí lo estás haciendo, Trevor.

—¡Vale ya, Rachel! —me soltó, y se quedó muerto de repente.

Yo también. Si me pinchan en ese momento, no se me sacan ni gota de sangre.

—¿¡Perdona!? ¿Me has llamado Rachel? —le eché en cara, de muy mal talante.

—No, no. O sea, sí.... —no sabía ni cómo excusarse ya —, pero es que estaba pensando en la actuación de esta noche.

—Ah, claro, claro... Y ahora me dirás que es que vas a actuar en la súper mansión de una chica que se llama así, y bueno...pues que te has equivocado, ¿a que sí?

—No.

—¿Que no qué?

—Que no voy a actuar para ninguna mujer que se llame Rachel.

—¿Y entonces? —quise saber, cada vez más confundida yo también.

—Que iba pensando en la función de esta noche y por eso no sabía ni lo que decía.

—Pues peor me lo pones entonces. ¿Quién narices es Rachel, Trevor?

En ese momento se cerró el semáforo. Trevor giró la cabeza hacia mí y me miró fijamente, pero no abrió la boca.

—¡Mierda! ¡Te he hecho una pregunta, y más vale que me des una respuesta convincente! —le chillé, y es que ya me estaba cabreando más de la cuenta con tanto misterio.

—Rachel... Rachel es la otra —me espetó al fin.

—¿¿¿Perdona??!! A ver si he oído bien. ¿Me estás diciendo que Rachel es la otra o tú me estás volviendo loca a mí, con eso de que se te da de lujo sugerir a la gente?

—Has oído perfectamente, Christine. Hay otra persona en mi vida.

—¡Vaya! ¿¿¿Y eso desde cuándo!!!?

—Desde hace un año.

—¿¿¿Desde hace un año!???

El semáforo se abrió entonces y Trevor metió la primera al coche, con la vista al frente ya.

—¡No me lo puedo creer! ¡¡¡No me lo puedo creer, pedazo de sinvergüenza!!! ¿Me dices en toda mi cara que llevas un año con otra tía y te quedas así tan pancho!? ¡Maldita sea tu estampa!! Si ya me lo estaba advirtiendo Charlotte...

Tal cabreo tenía encima que no me lo pensé dos veces. Abrí la puerta y me tiré del coche en marcha. Ya sé que fue una imprudencia absoluta por mi parte, un impulso que me pudo costar bien caro, pero esa fue mi reacción.

No quería pasar ni un segundo más al lado de aquel cínico, hijo de mala madre. Que me perdone la pobre mujer, en paz descanse.

Ya podréis imaginaros la que lie allí en medio de los carriles de la avenida. Más de un conductor tuvo que pegar un volantazo para no llevarme por delante.

Con los puños cerrados con fuerza y apretando los dientes para no echarme a llorar, tuve que esperar ahí de pie como un pasmarote hasta que el semáforo de más adelante se cerró y pude cruzar entre los coches ya parados.

Me temblaban las piernas, las manos, la cara... estaba hecha un flan de la mala leche que tenía encima. ¿Cómo podía haber sido tan tonta como para no darme cuenta?!

Entré en el primer bar que encontré y me senté en una mesa al lado de la cristalera, desde donde podía observar a la gente calle arriba y calle abajo. Me fijé en el trajín del tráfico neoyorquino, con el claxon de los vehículos de todas clases, sonando cada dos por tres. ¡Qué locura!

El mundo continuaba, pero mi mundo se había detenido en ese instante. Llevaba cerca de cinco años con Trevor, cinco años en los que había sido una mujer muy dichosa junto a un hombre que quizás no fuese muy agraciado físicamente, pero sí bastante valioso en cuanto al carácter.

Al menos eso era lo que había estado pensando hasta entonces; que era un tipo encantador. La rabia me estaba corroyendo por dentro. ¡Como para no estar tan furiosa!

Un año, señores, ahí es nada. ¡El muy capullo llevaba ya un año cachondeándose de mí, poniéndome los cuernos con la tal Raquel esa!

Con el nudo en la garganta, pensé en llamar a Rose mientras me tomaba el café para contarle lo sucedido, pero enseguida descarté la idea.

No era buen día para ella, después de lo de las pruebas. Bastante agobio tenía encima con lo suyo, a la espera de los resultados, como para irle yo con mis penas. Ya se lo contaría cuando fuese.

¿Y a Charlotte? A fin de cuentas, era ella quien ya se venía oliendo el asunto. Tonta de mí que la tomé por una malpensada cuando trató de advertírmelo. Tarde o temprano se enteraría, de modo que mejor sería que se lo dijese yo misma.

Charlotte trabajaba como camarera en un pub y seguramente estaría durmiendo a esas horas, por lo que le dejé un audio pidiéndole que me diera un toque cuando se levantase.

No tardó ni cinco minutos en contestarme que estaba despierta porque tenía cita en la peluquería e iba de camino.

—¿Puedo llamarte entonces, Charlotte?

—Claro, sin problema.

Le conté lo que había pasado, pero mi amiga no se alteró ni lo más mínimo.

—Ya me suponía yo que algo de eso había, Christine. Si es que eres muy inocentona...

—Lo sé, lo sé. Inocentona, no. Una imbécil, eso es lo que soy, Charlotte.

—No, cariño. Confiar en la gente no es ser imbécil, pero cuando un hombre se pone en ese plan... o es porque está haciendo de las suyas o porque está a punto de darle carpetazo a la que tiene al lado.

—¡Qué fuerte, niña! ¡Yo me quiero morir, te lo juro!

—¿Por el feo ese que se cree el ombligo del mundo con sus truquitos? ¡Anda ya, Christine! A ver si al final sí que vas a ser tonta del culo. ¡Como si te fuesen a faltar a ti candidatos, con lo que tú vales, reina!

—Pero es que estoy muy cabreada, ponte en mi pellejo. ¡Un año tirándose a otra a la par, Charlotte! ¡Y yo en Babia! ¡Qué hijo de su madre! No lo quiero ver ni muerto.

—Y no tienes por qué hacerlo. ¿Estás casada con él? ¿Acaso tenéis un hijo en común? ¿Un perro? ¿Una casa? Nada de nada, nena, conque déjate de llantinas...

Por suerte, así era. Nada me ataba a él, pero me había llevado un palo gordísimo y apostaba por que Trevor aparecería más pronto que tarde para darme una explicación.

El vería lo que hacía, porque lo cierto es que no tenía ninguna gana de escucharle ni el eco de la voz. Suficiente ya con lo que le había escuchado. Dolida, no, lo siguiente.

¿Ese traidor era el hombre por el que yo me había vuelto de Texas a la carrera, dejando un futuro prometedor allí? No era justo lo que me estaba pasando...



—Pero es que estoy muy cabreada, ponte en mi pellejo. ¡Un año tirándose a otra a la par, Charlotte! ¡Y yo en Babia! ¡Qué hijo de su madre! No lo quiero ver ni muerto.

—Y no tienes por qué hacerlo. ¿Estás casada con él? ¿Acaso tenéis un hijo en común? ¿Un perro? ¿Una casa? Nada de nada, nena, conque déjate de llantinas...

Por suerte, así era. Nada me ataba a él, pero me había llevado un palo gordísimo y apostaba por que Trevor aparecería más pronto que tarde para darme una explicación.

El vería lo que hacía, porque lo cierto es que no tenía ninguna gana de escucharle ni el eco de la voz. Suficiente ya con lo que le había escuchado. Dolida, no, lo siguiente.

¿Ese traidor era el hombre por el que yo me había vuelto de Texas a la carrera, dejando un futuro prometedor allí? No era justo lo que me estaba pasando...

## Capítulo 7



Aquella revelación de Trevor fue una verdadera pamplina, comparado con lo que vino apenas dos semanas más tarde. Eso sí que fue un mazazo a lo bestia, nada de tonterías, pero no solo para mí, sino para la familia al completo. Me estoy refiriendo al resultado de las pruebas de Rose.

Mi hermana, que todavía no llegaba a los treinta años de edad, tenía cáncer de mama, y aunque los médicos nos hablaron con la máxima suavidad posible para no impresionarnos tanto, éramos plenamente conscientes de que el tema no pintaba bien.

En su caso, el tumor estaba creciendo hacia los tejidos adyacentes y se iba propagando hacia los ganglios linfáticos de la zona.

A pesar de que queríamos darnos un chocado del disgusto que teníamos en lo alto, tanto mis padres como yo hacíamos todo lo posible por disimularlo y mostrábamos una cara bien distinta ante ella, intentando animarla como podíamos.

—Ya verás como todo esto va a quedar en un susto, Rose —le decía asiduamente.

—Dios te oiga, Christine, pero tengo mucho miedo...

—Que sí, mujer, no te quepa duda. Ya se sabe que nos queda un largo camino por recorrer, que los tratamientos para estas cosas son durillos, pero aquí me tienes. No pienso soltarte nunca de la mano, hermana. Este trance lo vamos a superar juntas.

Lógicamente, se lo decía de corazón, aunque yo misma estaba partida en dos por dentro. Aún quedaban pruebas por hacerle para determinar hasta dónde estaba afectada por la enfermedad, pero ya digo que no nos lo estaban poniendo nada bonito.

En cuanto a Trevor, por supuesto que intentó contactar conmigo, si bien para lo único que le sirvió fue para que le bloquease. No quería que me diese más la vara. Por mí, que siguiera con los truquitos de magia con la otra, que yo pasaba por completo de su persona. ¡Pedazo de miserable!

En cambio, mi hermana Rose si se apiadó de él, no sé muy bien por qué, y terminó escuchándole cuando casualmente se encontraron una mañana por el Brookfield Place, un animado centro comercial de Nueva York.

Y puestas así las cosas, me gustase o no, acabé oyendo yo también su versión. Rose me lo contó todo aquella misma tarde, mientras dábamos un paseo por Central Park, a la caída del sol.

—Está muy arrepentido, Christine. Dice que ahora es cuando se da cuenta de verdad de lo que ha perdido y que te echa mucho de menos.

—¿Ahora? Pero qué cara más dura tiene el tío... Acostándose con otra y pregonando por ahí que me echa de menos. Qué descaró...

—No, no, si parece ser que ya tampoco está con ella, Christine.

—Claro, y vas tú, que eres tan inocente como yo, y te lo crees.

—Que sí, hermana, escucha, que aquella loba se las traía y le estaba chantajeado.

—¿Chantajeando? —le pregunté perpleja, y es que me costaba imaginarme a alguien como Trevor en ese papel.

—Pues sí. Según me ha explicado, ella no paraba de pincharle para que te dejase, pero como el tiempo seguía pasando y él no movía ficha, le dijo que o te lo contaba él o que iba a ser ella misma la que te pillara por banda y te pusiera al corriente de lo que había.

—Qué hija de...

—Trevor prefirió confesártelo porque estaba seguro de que tarde o temprano te ibas a enterar por Rachel. Quería decirte también que estaba firmemente decidido a dejarla, pero que no le has dado la oportunidad. Que si no la había dejado antes era por las amenazas, de ahí que anduviese con ese mal rollo. Vamos, que estaba totalmente pillado.

—Jajajaja. Me parto. Encima con chulerías la fulana...

—Exacto, Rose. El karma, ya sabes.

—Y tanto. A Trevor se le está bien empleado por sinvergüenza. Pero vamos... que ya lo tiene la tiparraca esa par ella solita, que es lo que quería, así que, ahora que ha conseguido quitarme de circulación, no entiendo a santo de qué ya no están juntos.

—Estoy tratando de explicártelo, Christine. Según él, se ha dado cuenta de que no le merece la pena estar con alguien así. Dice que llevaba ya tiempo con mucha presión a las espaldas y que antes de seguir con una persona con tan mala baba, prefiere estar solo.

—Presión... anda que... ya entiendo muchas cosas, Rose. Tanto agobio con el trabajo, tanto agobio con el trabajo... ¡No me fastidies! Mucho rollo es lo que tiene ese. Me apuesto el cuello y no lo pierdo a que la mitad de las veces, en lugar de estar currando, estaba acostado con ella por ahí. Asco me da de pensarlo.

—No te digo yo que no, Christine, pero yo creo que Trevor te quiere mucho, la verdad.

—Uy, sí. Ya lo tiene para ella solita, que es lo que quería—le respondí con toda la ironía del mundo—. A la vista está cuánto me quería. Tanto que no podía volcar todo ese amor en mí y necesitaba repartirse con alguien más a quien darle besitos y comerle la oreja. Venga ya, hombre. Que no te venga con cuentos chinos, Rose.

—Bueno, yo no pretendo convencerte de nada, Christine. Solo quería que supieras lo que hemos hablado.

—Ya. Y estoy segura de que también te ha pedido que intercedas por mí. ¿Me equivoco?

Mi hermana bajó un poco la cabeza y ya no me contestó. Estaba claro, pero no quería que se sofocara bajo ningún concepto. Mucho menos por aquel asunto.

—Venga, no te preocupes, Rose. Tú ya has hecho tu parte. Y arriba ese ánimo, eh, que no me gusta verte así tan apagada. Ahora mismo vamos a comernos un helado de esos de campeonato que tanto nos gustan.

Tal cual lo hicimos. Y ya no volvimos a hablar del tema en lo que quedó de tarde.

Esa misma noche, antes de salir de casa para ensayar con el grupo, llamé a Ronald. Era algo que llevaba tiempo deseando hacer, pero siempre lo iba posponiendo, cuando no por una cosa, por otra.

Mi antiguo jefe se sorprendió al escuchar mi voz, pero se alegró mucho de que me hubiese acordado de él. Le puse al corriente en aquella conversación de las cosas por las que estaba pasando y, además de tratar de darme aliento por todos los medios, me dijo que si me apetecía hacerme un viajecito por Texas para desconectar un poco allí estaba él.

Era un hombre fantástico que, pese a lo triste que me encontraba últimamente, logró arrancarme unas cuantas carcajadas con ese sentido del humor tan desarrollado que se gastaba también.

Evidentemente, yo no tenía ninguna intención de viajar a Texas. Después de mi aventura televisiva, no se me había perdido nada por aquellas tierras, pero pensé que no estaría de más hacerle una llamadita de vez en cuando.

Quería conservar su amistad, pues nunca se sabe lo que se puede necesitar de las personas, o con eso mismo trataba yo de justificar esas intenciones mías, pero lo cierto es que me encantaba conversar con él.

Ronald era asimismo un hombre comprensivo y que desprendía mucha paz al hablar, no sé si me explico, algo que mi cuerpo empezaba a pedir a gritos por aquellos días.

Todavía no sabía yo hasta qué punto iba a necesitar el consuelo de esa voz amiga al otro lado del teléfono, en los meses posteriores, en mis momentos de mayor angustia.

Lo de mi hermana Rose, desgraciadamente, resultó ser todavía mucho más grave de lo que incluso los propios médicos preveían en un principio. El suyo era un cáncer con metástasis.

En casos como el de ella, los tratamientos pueden retrasar el crecimiento de esa “bola” de células malignas, así como paliar los síntomas la enfermedad, pero las probabilidades de cura pasan solo por un milagro.

El día que me enteré, me dio un ataque de ansiedad y tuvieron que medicarme sobre la marcha con una pastillita debajo de la lengua, que es como hacen efecto más rápido ese tipo de fármacos.

¿Qué mi hermana se iba a morir? ¿Era eso lo que decían los médicos? ¡¡¡No podía ser, dios mío!!! Estaba totalmente fuera de mí, sin saber para dónde correr, en mi desesperación.

Cuando se lo conté a Jack, mi ex compañero en la música, con apenas un hilillo de voz, tampoco podía creérselo.

—Joder, menudo palo, Christine. No sé qué decirte porque me estás dejando sin palabras.

—No te preocupes, Jack, no hay palabras de consuelo para algo como esto. Si te he llamado, es porque llevo todo el día sola en casa y necesitaba hablar con alguien. Además, tarde o temprano tenía que decírtelo.

—Claro, te entiendo, corazón. Y bueno, hablemos de otra cosa, que me da muy mal rollo escucharte llorar así. ¿Cómo te va con la nueva banda salsera? ¿Estás contenta?

—Pues la verdad es que no tengo ningún problema con ellos. Son gente muy guay, pero imagínate las ganas que tengo yo de cantar ahora mismo. Las mismas que de morirme.

—Venga ya, Chris, no digas esas cosas.

—Es lo que siento, Jack. Si dijera otra cosa, te estaría mintiendo.

—Ya... ¿Y de Trevor? ¿Has sabido algo más de él?

—No. ¿Por qué lo preguntas, Jack?

²—Anoche le vi.

—¡Anda! ¿Dónde?

—Coincidimos en uno de esos festivales con actuaciones variadas. Después de su función, íbamos nosotros, así que tuvimos ahí un ratillo entre medias, desde que terminó hasta que empezamos a tocar.

—¿Y?

—Nada en especial. Hablamos un poquillo y me preguntó por ti. Estaba hecho polvo y tenía muy mala cara, no sé pero la verdad es que lo encontré como muy demacrado.

—Mi vecina siempre dice que en el pecado va la penitencia...

—Quizás os viniese bien a los dos hablar de lo que pasó, Chris.

—No creo que tengamos ya nada de lo que hablar.

—Como veas. Yo lo único que te digo es que vosotros tuvisteis una relación muy bonita que duró unos años, aunque solo sea por eso...

—No sé, Jack. El tiempo dirá, pero hoy por hoy no tengo ninguna gana de hablar con él.

—Vale, Chris. Yo no te digo nada más.

Por si tuviésemos poco con lo de Rose, mi madre también cayó mala por aquellos días, con una de esas “bronquitis” suyas. Y lo digo así entrecomillado porque siempre era ella misma la que se diagnosticaba los males y la que se curaba esos ahogos y toses espeluznantes, a base de aerosoles y cajas de antibióticos que conseguía que le sacase del hospital una amiga enfermera que tenía.

Si la una no tenía dos dedos de frente, la otra, menos aún, pero así se las gastaba mi madre. Sin embargo, llegó a un punto en que ya la tos le estaba incordiando más de lo habitual.

—Esta vez me está costando mucho más soltarla—se quejaba.

—Como que no sé qué demonios estás esperando para ir al médico de una puñetera vez, mamá—le dije bastante cabreada por su cabezonería.

—Bah, si me van a mandar lo mismo que me estoy tomando...

—O no. Y por cierto, ya podías cortarte un poco con el tabaco, que ni estando mala eres capaz de fumar menos—le recriminé.

—Bueno, bueno, no hablemos de eso ahora, Christine.

—Claro—intervino mi padre—, en cuanto tu hija te dice las verdades del barquero, ya la estás mandando a callar. Pues tiene más razón que un bendito, Elizabeth. Ya va siendo hora de ir dejando el tabaco. Y mañana, sin falta, vamos a ir también al médico a que te eche un vistazo.

Éramos dos contra una, así que no le quedó más remedio que claudicar en cuanto a eso último. Ahí comenzó su particular “periplo” de centros de salud y hospitales...

—Como que no sé qué demonios estás esperando para ir al médico de una puñetera vez, mamá—le dije bastante cabreada por su cabezonería.

—Bah, si me van a mandar lo mismo que me estoy tomando...

—O no. Y por cierto, ya podías cortarte un poco con el tabaco, que ni estando mala eres capaz de fumar menos—le recriminé.

—Bueno, bueno, no hablemos de eso ahora, Christine.

—Claro—intervino mi padre—, en cuanto tu hija te dice las verdades del barquero, ya la estás mandando a callar. Pues tiene más razón que un bendito, Elizabeth. Ya va siendo hora de ir dejando el tabaco. Y mañana, sin falta, vamos a ir también al médico a que te eche un vistazo.

Éramos dos contra una, así que no le quedó más remedio que claudicar en cuanto a eso último. Ahí comenzó su particular “periplo” de centros de salud y hospitales...



## Capítulo 8



La sombra de la tragedia planeaba ya con saña sobre nuestra familia. Mi madre tenía cáncer de pulmón. Ese era el verdadero motivo de los constantes ataques de tos tan horrosos que tenía, y no las bronquitis con que ella los justificaba. Ahí comenzó un largo vía crucis para todos. ¡Por si no teníamos bastante ya con lo de mi hermana, vaya!

Pocos días después de recibir esa otra pésima noticia, quizás un par de semanas, me encontré cara a cara con Trevor. ¿Habrá habitantes en Nueva York como para tener que cruzarte con la persona que menos deseas ver?

Y tanto que sí, porque como esté escrito en tu destino que se dé esa circunstancia, no te salvan ni todos los dioses del cielo, y eso fue exactamente lo que a mí me ocurrió.

Además, es que no tuve tiempo ninguno de pensar ni siquiera en un buen modo para fingir no haberle visto, ya fuese girando la mirada rápidamente hacia otro lado, metiendo la mano en el bolso como rebuscando el móvil o con cualquier otra maniobra por el estilo.

Mi reacción fue tan espontánea como extraña... echándome a su cuello y rompiendo a llorar cual la Magdalena. ¿Os lo podéis creer? Pues creedme porque es la verdad pura y dura. Así de curioso puede llegar a ser el cerebro humano, aunque bien mirado, fue un acto reflejo que también tiene su explicación.

Me encontraba más susceptible de lo habitual por aquel entonces. Esa misma mañana había estado en la consulta médica con mis padres y el doctor que la atendía a ella sí que no se anduvo por las ramas.

Ralph es uno de esos médicos que te dicen las cosas a la cara, sin ningún tipo de tapujos, y nos dejó bastante claro desde las primeras pruebas que sus posibilidades de supervivencia también eran prácticamente nulas, dado que su enfermedad estaba en un nivel muy avanzado y ya afectaba a otros órganos vitales. Como lo oís.

En el momento que me encontré con Trevor, caminaba por la calle como un autómata, como ida, con esas palabras suyas martilleándome el cerebro sin tregua.

Era como que en mi cabeza no había cabida para más y no tuvo presente el daño que aquel hombre me había causado tiempo atrás. Como si todo rastro de dolor se hubiese esfumado de golpe “por arte de magia” y necesitara

de repente el achuchón del personaje tan familiar. Como que pedía a gritos un abrazo amigo, no sé si se me entiende lo que quiero decir.

La cuestión es que él, en su asombro absoluto, aprovechó la coyuntura y me abrazó con fuerza por un largo espacio de tiempo, acariciándome el pelo a la par con una de sus manos, hasta que al fin me retiré y le miré a los ojos.

—Mi madre se muere, Trevor—le anuncié desesperada, con voz temblorosa.

—¿Qué estás diciendo, Christine? —me preguntó con una expresión como de incredulidad total.

—Que se muere, Trevor, ¡que mi madre se muere! —le repetía angustiada perdida y sacudiéndole por los brazos —Y mi hermana Rose también está muy enferma. ¡Dios mío!....

—A ver, a ver, cielo, tienes que calmarte un poquito. ¿Quieres que entremos ahí en el Grumpy a tomar un café o una infusión y hablamos más tranquilamente?

Trevor se mostró de lo más cariñoso conmigo, lo cual no tenía nada de raro pero yo agradecía infinitamente en esos momentos, y es que en mi desesperación, necesitaba cualquier gesto de consuelo, viniera de quien viniera.

De ahí que aceptara su ofrecimiento sin dudarlo y entrásemos en aquella célebre cafetería neoyorkina, para resguardarnos, de paso, del frío invernal. Una vez dentro, un tanto más serena, le expliqué cómo estaban las cosas en mi familia. Trevor se quedó helado, naturalmente.

—No sé qué decirte, Christine. Entiendo que estéis todos hundidos. Solo puedo decirte que tendrás que sacar fuerzas de flaqueza para lo que viene. Quiero decirte también que podrás contar conmigo para todo lo que necesites, corazón. Sigo aquí...

—Lo sé, Trevor, y te lo agradezco mucho —le respondí con sinceridad.

—Christine, yo... estoy muy avergonzado.

—También lo sé.

—En estos meses he tenido tiempo de sobra para pensar.

—¿Pensar en qué?

—En todo, Christine, pero principalmente en lo imbécil que fui.

—Yo no llamaría imbecilidad a lo que hiciste. Para mí tiene otra palabra más fuerte, pero bueno...no voy a entrar ya en eso.

—Sí, es verdad. Fui un cabronazo contigo —terminó reconociendo.

—Eso ha estado mejor—sonreí ligeramente, pese a mi malestar—. Ya vas afinando la definición...

—Rachel logró hechizarme con su zalamería—mi ex trataba de disculparse por lo hecho en el pasado y yo le miré como si no pudiese creer lo que acaba de oír.

—¿En serio? —mis palabras estaban cargadas de ironía.

—Estás en todo tu derecho de burlarte de mí—me respondió Trevor resignado.

—Bueno, no es que me esté burlando de ti, solo que me ha hecho gracia lo de que te hechizaran...a ti, al gran mago Trevor Miller.

—Ah, vale, ya entiendo por dónde vas, pero así fue en realidad, Christine. Una cosa es la magia y otra es la vida real.

—Trevor, por favor...—le presenté las palmas de mis manos, como frenándole.

—Dime.

—Prefiero no hablar ya de eso, ¿vale? Las cosas sucedieron como sucedieron y nunca se puede cambiar ni un punto ni una coma de lo que queda atrás.

—Por desgracia, Christine. De todas formas, déjame decirte que me he tirado todo este tiempo fantaseando con que algún día puedas llegar a perdonarme...

Lo dejó ahí en el aire, como esperando mi respuesta, pero no le entré al trapo. Todavía me pesaba la cornamenta. Si aspiraba a que volviese con él, lo tenía crudo, lo cual no quitaba para que pudiéramos tener otro tipo de relación, pensé en ese preciso instante.

Al fin y al cabo, Trevor había formado parte de mi vida durante varios años. En ese tiempo habíamos compartido muchas experiencias de todo tipo. ¿Por qué no podíamos ser amigos al menos? Nunca he sido una persona rencorosa, aunque no sé si eso es una virtud o un defecto.

Por su parte, Ronald estuvo muy pendiente de mí por aquel entonces y me llamaba constantemente. No sabía si lo estaba haciendo a posta, pero lo cierto es que aquel hombre estaba consiguiendo que le viese con ojos distintos.

—No... si ya verás tú que al final te coges otra vez el avión para Texas —me advertía mi amiga Maggie.

—Estás loca, chiquilla.

—Pues no lo veo yo tan descabellado, Christine. Tendrías que mirarte al espejo cada vez que me hablas de ese hombre. Se te cae la babita, guapa...

—Joooo, que no, Maggie, pero es tan buena gente...

—Sí, ya, y tan cariñoso... y tan simpático... y tan comprensivo... y tan gracioso, amable y, para postre, está disponible. ¿Sigo?

—Déjate ya de guasa.

—Uy, uy, uy... tendrías que ver la sonrisa tan picarona que acabas de ponerme, bruja, que eres una bruja.

Terminamos riéndonos las dos a carcajadas limpias.

—Ahora en serio, Christine—al parecer, Maggie tenía ganas de seguir con aquella conversación—. ¿Qué le faltaría a ese hombre para poder ser tu pareja?

No supe qué contestarle en ese momento, pero la verdad es que el corazón me daba un brinco cada vez que me sonaba el móvil y veía su nombre en la pantalla.

Ronald, Ronald... qué lejos y qué cerca estaba de mí, a su vez.

—Y pensar que me vine corriendo de Texas porque me faltaba el aire sin Trevor... —continué.

—Lo que yo no me explico todavía es cómo se lo montó tu súper mago para estar pegándotela un año entero y que no sospechases ni lo más mínimo—mi amiga me metía los dedos en la llaga.

—Si lo piensas, no lo tenía tan complicado, Maggie. Tú fijate que muchas veces coincidíamos en los horarios de trabajo por las noches, incluso de media tarde. ¿Quién te dice a ti que algunas de esas actuaciones tuyas no fuesen mentira?

—Ya, chica, pero un año entero da mucho de sí. Y que nadie les haya visto por ahí... porque me imagino yo que

harían juntos algo más que darle al molinillo, ¿no?

—Jajajaja. Darle al molinillo... ¡Me parto contigo!

—Hombre, por fin te veo alegre, pero eso... que digo yo que también saldrían a cenar, a tomar algo y tal. ¿No crees?

—Ni lo sé ni lo quiero saber, la verdad.

—Vale, pero dime al menos, ¿tiene ese mago alguna posibilidad contigo o no? Qué cotilla yo, ¿a que sí?

—Hoy por hoy, cero.

No le mentía. Tenía el corazón endurecido como una piedra y la cabeza demolida por completo con lo de mi madre y mi hermana Rose, a las cuales solo podía ayudar tratando de infundirles ánimos y acompañándolas a sus respectivos tratamientos en el hospital cuando procedía.

En el caso de mi hermana era casi peor, pues no estaba respondiendo a ellos como debía. Y para qué contar lo doloroso que fue para mí ver tanto a la una como a la otra perder en poco tiempo sus bonitas cabelleras, a causa de lo mismo, y terminar con el clásico pañolito que llevan en la cabeza la mayoría de mujeres aquejadas de cáncer, esa maldita enfermedad tan agresiva.

Estaba viviendo un auténtico infierno por aquellos días y mi trabajo me pesaba también en el alma. Imaginaos lo que es tener que subirte a un escenario a cantar y bailar con todas tus ganas para poner a un público con ganas de fiesta en pie.

Por supuesto, con la sonrisa de oreja a oreja siempre, aunque por dentro estés hecha pedazos. Fue por entonces cuando comencé a plantearme dar un giro radical a mi vida apartándome de la música.

Acababa de terminar mis estudios de veterinaria. Quizás pudiese abrirme camino por ahí. De hecho, fui enviando currículums a todos los sitios donde veía alguna posibilidad de que me cogiesen, pero no tuve mucha suerte con esos primeros intentos.

e

Es triste estudiar una carrera universitaria con tanto esfuerzo como yo lo hice por mis circunstancias y comprobar que nadie quiere abrirte las puertas, que la mayoría de los empresarios buscan a gente experimentada.

<sup>l</sup> Vamos a ver, ¿cómo se coge entonces experiencia si no te dan una oportunidad? No tenía muchas ganas tampoco de rayarme con ese asunto, de manera que pronto desistí de mi empeño y continué con la banda. El tiempo dirigiría mis pasos en ese aspecto...

Días después de encontrarme con él, Trevor me escribió por wasap.

—¿Qué te parecería venir a verme actuar esta noche?

—¿Ir a verte dónde?

—Pasaría a buscarte, por supuesto. Hoy voy a un hotel de Filadelfia donde se celebra un congreso y luego hay una cena. Al terminar la cena, ya sabes lo que le toca a este que está aquí...

—Vale—le contesté escuetamente.

Desde Nueva York a Filadelfia hay cerca de dos horas en coche, lo que se traducía en que, a poco que se demorase la cena, regresaríamos bastante tarde de allí, pero no me importó.

Era miércoles y hasta el viernes no me tocaba currar a mí. Además, necesitaba respirar un poco. Estaba muy agobiada, por lo que le dije que sí a Trevor. Le entusiasmó tela saber que le iba a acompañar, como era lógico.

²—Esta noche voy a estrenar otro truco que te va a dejar con la boca abierta. Ya verás...—continuó diciendo.

Ya lo creo que sí, y con más vera porque yo misma participé en él, al igual que el día en que nos conocimos, puesto que Trevor volvió a pedirme que subiese al escenario.

Mi misión básicamente fue pensar en una carta, la misma que apareció después en el interior de un melón que allí mismo partió en dos mitades con un cuchillo, ante la estupefacción de los presentes.

Jamás me revelaba cómo hacía aquellos increíbles trucos con la baraja, las cerillas encendidas y demás cachivaches, pero en honor a la verdad hay que reconocer que era un máquina en lo suyo, que todo hay que decirlo...

Días después de encontrarme con él, Trevor me escribió por wasap.

—¿Qué te parecería venir a verme actuar esta noche?

—¿Ir a verte dónde?

—Pasaría a buscarte, por supuesto. Hoy voy a un hotel de Filadelfia donde se celebra un congreso y luego hay una cena. Al terminar la cena, ya sabes lo que le toca a este que está aquí...

—Vale—le contesté escuetamente.

Desde Nueva York a Filadelfia hay cerca de dos horas en coche, lo que se traducía en que, a poco que se demorase la cena, regresaríamos bastante tarde de allí, pero no me importó.

Era miércoles y hasta el viernes no me tocaba currar a mí. Además, necesitaba respirar un poco. Estaba muy agobiada, por lo que le dije que sí a Trevor. Le entusiasmó tela saber que le iba a acompañar, como era lógico.

—Esta noche voy a estrenar otro truco que te va a dejar con la boca abierta. Ya verás...—continuó diciendo.

Ya lo creo que sí, y con más vera porque yo misma participé en él, al igual que el día en que nos conocimos, puesto que Trevor volvió a pedirme que subiese al escenario.

Mi misión básicamente fue pensar en una carta, la misma que apareció después en el interior de un melón que allí mismo partió en dos mitades con un cuchillo, ante la estupefacción de los presentes.

Jamás me revelaba cómo hacía aquellos increíbles trucos con la baraja, las cerillas encendidas y demás cachivaches, pero en honor a la verdad hay que reconocer que era un máquina en lo suyo, que todo hay que decirlo...

## Capítulo 9



No quiero extenderme mucho relatando los pormenores de la enfermedad de ellas dos porque es un tema demasiado doloroso para mí y no deseo trasladarle a nadie tanta amargura como me tocó vivir en aquella época.

Tan solo diré que mi madre nos dejó al año y medio de ser diagnosticada de cáncer, después pasar por un calvario tremendo, y mi pobre hermana Rose se fue tras ella unos seis meses más tarde. Según lo escribo, se me vuelven a caer las lágrimas a raudales.

Para entonces, yo ya había tenido que bloquear a Ronald porque me estaba volviendo loca, y es que al final acabé yéndome a vivir con Trevor. Sé que os parecerá increíble lo que cuento, pero así ocurrió.

A raíz de aquella noche en que le acompañé a Filadelfia, comenzamos a vernos cada vez con más frecuencia, hasta hacernos casi inseparables y terminar compartiendo techo.

—¿Otra vez andas con el feo ese? —a mi amiga Charlott le sentó como un jarro de agua fría saber por mi propia boca que había retomado la relación con él.

—Otra vez, sí. No sé por qué le tienes tanta manía—“protesté”.

—No es manía, Christine, solo que ese hombre tiene algo ahí que no termina de convencerme.

—Mientras me convenza a mí, todo irá bien.

—Eso está claro. ¿Sabes? Mi abuela siempre decía que con la cucharita que cada uno elija es con la que va a comer, de manera que...

—Evidentemente, amiga...

Trevor y yo estábamos tan a gusto en su pisazo de Nueva York, pero un día, nueve o diez meses después de morir Rose aproximadamente, me vino con algo con lo que no contaba.



—¿Qué tal si nos vamos a vivir al campo? —me soltó de golpe.

—¿Al campo? ¿Se te ha ido la pinza o qué?

—En absoluto, cariño. He visto una casa en las afueras que...

—¿Cómo? ¿Me estás diciendo que ya la has visto y todo?

No sé de qué me extrañaba a esas alturas, puesto que Trevor se las gastaba así. Él veía una cosa y luego ya me hablaba a mí de ella para que le diese el visto bueno, como cuando se antojó del piano de cola blanco.

Sí, sí, como lo cuento. Tuvo una época en que le dio también por ahí. Deseaba aprender a tocarlo y metió un piano de cola como un castillo en el salón de casa.

Menos mal que aquel piso tenía metros de sobra, pero vamos...que al final ni aprendió a tocarlo ni nada y acabó vendiéndolo casi en lo mismo que le había costado. La verdad es que estaba siempre muy ocupado con su trabajo y no tenía mucho tiempo para ninguna afición.

Aparte, sus empleados también le daban bastantes quebraderos de cabeza, aunque ese es otro asunto que no viene al caso ahora.

—Te va a encantar el caserón, Christine—prosiguió—. Es como de esos que salen en las películas de miedo.

—Un castillo, vamos—le contesté en plan cachondeo.

—Pues no te creas que tiene mucho que envidiarle. Eso sí, necesita una buena reforma. Mañana vamos a ir a verlos dos.

Dicho y hecho. Al día siguiente fuimos a verla acompañados por una agente inmobiliaria con muchas tablas, aunque no se trataba de una casa de campo como tal.

La vivienda en sí estaba situada en Dyker Heights, un barrio residencial que se encuentra por la zona suroeste del distrito de Brooklyn. En aquel distrito de calles arboladas predominan las casas de lujo, muchas de las cuales cuentan con amplios patios e incluso entradas para vehículos.

Por allí no se ven edificios de apartamentos, sino eso; impresionantes casas, algunas adosadas y otras aisladas, como la que nosotros fuimos a visitar. Recuerdo el impacto inicial que me causó aquel sitio “mágico” que luego se convertiría en nuestro hogar.

Por el olor, se notaba que llevaba mucho tiempo cerrado.

—Es un caso totalmente atípico—nos explicó Morgan, la chica de la inmobiliaria—. Los herederos no se ponían de acuerdo en qué hacer con ella, mucho menos con el precio de venta, y así se han tirado años y años.

—Una lástima—comenté yo—. Nunca entendido estas cosas. Una casa cerrada no solo es una tontería porque no produce ningún beneficio económico, sino que se deteriora muchísimo. A la vista está.

—Lo del beneficio económico, dependiendo de para quien, tiene más o menos importancia—me respondió Morgan—. Y te aseguro que los propietarios de esta mansión no tienen ningún problema en ese sentido.

—Nosotros tampoco tenemos ningún problema en venimos a vivir en breve a ella, ¿verdad, Christine? —Trevor me echó el brazo por encima—. ¿Tú qué dices?

—¿Yo? Que estoy abrumada. No puedo decir otra cosa.

—Pero... ¿te gusta o no?

—¿Cómo no va a gustarme, Trevor? Esta casa es una pasada total.

—Pues no hay más que hablar. Nos vamos para el banco ahora mismo.

A Morgan se le iluminó la cara de golpe. No quería ni pensar en la comisión que iba a llevarse por la venta de aquella casona de dos plantas. Que sí, que es verdad que estaba muy por debajo de precio por aquello de que necesitaba una buena reforma, pero aun así le iban a dar un dinero curioso por la gestión.

Nos despedimos de ella en la puerta y enfilamos directamente hacia la sucursal bancaria. Yo también tenía unos buenos ahorros, procedentes de la venta de un pequeño apartamento que me dejó en herencia mi madre al morir, además de lo que me dieron por las numerosas joyas que heredé también de ella.

Tan solo me quedé de recuerdo una hermosa pulsera de oro que le regalara su padre en su día y que ella guardaba como su tesoro más preciado. Lo demás... lo vendí todo.

Y bueno, que eso de que me la quedara como recuerdo es un decir. Los recuerdos, para mí, no consisten en cosas materiales. Es algo intangible que llevamos siempre en el pensamiento.

El asunto es que pensaba invertir ese dinero en aquella casa. Trevor también tenía una suma considerable en el banco, por lo que solo tuvimos que pedir una pequeña hipoteca muy pequeña para abarcar también la reforma de la casa (tampoco había que tirarla entera).

Fue una etapa muy movidita, entre las obras y unas cosas y otras, pero estábamos súper ilusionados. Ahora entiendo que todo aquello me sirvió bastante como distracción para la cabeza, solapando de algún modo el duelo, y que eso me pasó factura, que aún no las había llorado lo suficiente, pero no quiero adelantarme...

Cuando al fin la tuvimos lista, preparamos una fiesta de bienvenida por todo lo alto para nuestros amigos, a la que incluso acudió su hermano Dexter con su mujer y sus hijos.

Por desgracia, el gran ausente entonces fue mi padre. Mi relación con él se había enfriado muchísimo y nos veíamos en contadas ocasiones, y es que nunca entendí que a los dos meses de morir mi madre ya anduviese como loco por ahí, buscando mujeres. Aquello me dolió en el alma.

—No te lo tomes tan mal, Chris. Tendrá que rehacer su vida también—llegó a decirme Jack.

—Vale, pero... ¡joder! ¿Tan pronto? ¿Eso es lo que quería mi padre a mi madre?

—Ya...—me respondió simplemente mi queridísimo amigo, puesto que le había dejado sin argumentos.

A lo que íbamos; fue una inauguración espectacular. Por más, que coincidió con las navidades, una época del año en que el barrio de Dyker Heights luce en todo su esplendor.

Nunca mejor dicho eso de que luce, puesto que Dyker Heights es famoso por su iluminación navideña. Tanto las calles como las propias casas en sí representan un espectáculo digno de ver.

No en vano, mucha gente se traslada hasta allí solo para disfrutar de la magia de sus guirnaldas de luces de colores extendidas y enroscadas por todas partes, las clásicas bolas y los adornos navideños de todos los tamaños.

Nosotros no íbamos a ser menos, así que, al igual que muchos de los vecinos, plantamos en el jardín delantero un enorme pino con sus correspondientes abalorios.

Todo marchaba sobre ruedas por aquellos días, hasta que Trevor tuvo la “feliz” idea de echar mano a una vieja trompeta del desván. Aquel rincón de la buhardilla de la casa prácticamente no lo habíamos tocado.

Permanecía casi intacto, con viejas sillas de madera arrinconadas, lámparas de pie desvencijadas, mesitas auxiliares, maceteros, reposapiés... y un baúl grandísimo de donde salió aquel artefacto.

Os estaréis preguntando que cómo habíamos reformado la casa y allí no habíamos puesto un dedo. El motivo es muy simple: se trataba de una especie de valioso museo con objetos que bien merecía la pena rescatar restaurándolos, pero esa era una tarea que teníamos pensado realizar con calma, por lo que la habíamos dejado

para más adelante.

Recuerdo que Trevor bajaba las escaleras tan contento esa noche, con aquel instrumento dorado bajo el brazo.

—¿Y con esto qué hacemos, eh? ¿Le damos un limpiadito y lo ponemos ahí en la repisa de la chimenea?

—¿Un limpiadito? Madre mía, Trevor, eso tiene más mierda que un jamón. Si no está hasta las trancas de arañas por dentro, de todo habrá.

—¿Qué exagerada eres, mujer. Estaba guardado dentro del baúl.

—Ya lo sé, pero aun así —le repliqué.

—Mírala. Es una pieza preciosa, ¿verdad? Esto ya debió costar un pastizal en su día.

—Lo es, lo es, pero quítale el polvo por lo menos, anda, que da asco verla.

Trevor se fue a la cocina a buscar un trapo y volvió para el salón. Después de pasárselo, se llevó la vieja trompeta a la boca y empezó a soplar para hacerla sonar.

—Uffff, eso no suena nada bien —le advertí, metiéndome con él.

—¡Qué lista! Como si fuese tan fácil. ¿Quieres probar tú?

—¿Yo? No. Paso.

Menos mal que no le hice caso, y es que Trevor, pocos minutos después, comenzó a toser como un loco. Parecía que le faltaba el aire. En cierto modo, me recordó a mi pobre madre en sus peores momentos, cuando se ahogaba con aquellos ataques tan fuertes que le daban.

—¡Trevor! ¿Qué te pasa?

—No lo sé, Christine. He aspirado algo chungo —le costaba hablar.

—¿Algo de qué?

—¡Que no lo sé! —gritó angustiado.

Estaba muy nervioso. Yo también, viéndole así.

—¿Nos vamos al médico? —le propuse.

Me hizo un gesto con la mano, como pidiéndome que esperara. Supongo que pensaba que se le iba a pasar, pero nada de eso. Todo lo contrario. Trevor tosía casa vez más y más.

Al remate, no tuve más remedio que montarlo en el coche y tirar para el hospital. El médico que le atendió en urgencias nos preguntó si habíamos llevado la trompeta.

—¿La trompeta? —le contesté extrañada—. No, claro que no, ¿por qué?

—Sospecho por dónde pueden ir los tiros, pero no quiero aventurarme a decirlo.

—No nos deje así, por favor—le pedí.

—De momento, voy a mandarle a hacer una radiografía.

—¿Pero no puede anticiparnos nada? ¿Qué piensa que puede ocurrirle?

—Está bien. Mire, la suciedad y el sudor suelen acumularse en el interior de estos instrumentos y llegan a generar residuos y óxido si no se limpian como es debido. Si dice que esa trompeta llevaba guardada mucho tiempo, lo más probable es que esté asquerosa por dentro, perdonen la expresión, y eso es lo que habrá aspirado usted— volvió la cabeza hacia Trevor.

—Ay, dios—me lamenté—. En qué hora, señor mío...

A todo esto, mi chico seguía tosiendo sin parar. Era horroroso escucharle.

—Salgan a la sala de espera y enseguida les llamarán.

En efecto, no estaríamos allí ni cinco minutos, pero sí tuvimos que esperar un poco más hasta que volvieron a llamarnos para entrar en la consulta, una vez hecha la placa.

—¿Usted fuma? —le preguntó a Trevor aquel doctor de avanzada edad.

—No he probado un cigarro en toda mi vida.

—Pues mire —le mostró la placa—. Tiene usted los pulmones como si llevase fumando desde el mismísimo día en que nació.

—¿Cómo puede ser eso? —yo estaba atónita.

—Esto confirma mis sospechas—nos dijo por fin y se dirigió a Trevor a continuación—. Usted ha aspirado polvo de óxido y, además, en grandes cantidades.

—¿Y eso es grave? —Trevor se mostraba muy asustado.

—Vamos a ver. Cuando las partículas de óxido entran en el cuerpo por la vía respiratoria, como en este caso, da lugar a un cuadro de tos, expectoración y disnea en el paciente. El problema es que esto puede derivar en una fibrosis pulmonar —nos iba explicando con una parsimonia flipante—. Lo malo es que resulta muy complicado expulsar todo eso que ve ahí pegado—señaló de nuevo la radiografía—. De hecho, no hay ningún tratamiento eficaz para esto, solo tiempo y mucha paciencia, ya se lo advierto.

Ese fue el resultado de “la gracia” de la trompeta.

—Pues mire —le mostró la placa—. Tiene usted los pulmones como si llevase fumando desde el mismísimo día en que nació.

—¿Cómo puede ser eso? —yo estaba atónita.

—Esto confirma mis sospechas—nos dijo por fin y se dirigió a Trevor a continuación—. Usted ha aspirado polvo de óxido y, además, en grandes cantidades.

—¿Y eso es grave? —Trevor se mostraba muy asustado.

—Vamos a ver. Cuando las partículas de óxido entran en el cuerpo por la vía respiratoria, como en este caso, da lugar a un cuadro de tos, expectoración y disnea en el paciente. El problema es que esto puede derivar en una fibrosis pulmonar —nos iba explicando con una parsimonia flipante—. Lo malo es que resulta muy complicado expulsar todo eso que ve ahí pegado—señaló de nuevo la radiografía—. De hecho, no hay ningún tratamiento eficaz para esto, solo tiempo y mucha paciencia, ya se lo advierto.

Ese fue el resultado de “la gracia” de la trompeta.

## Capítulo 10



Aquel cacharro “diabólico” que casi le cuesta la vida a mi chico acabó en la basura, en un arrebató que me dio. Trevor lo estaba pasando francamente mal. Tal cual nos informó el médico, solo con el tiempo se le fueron limpiando los pulmones, pero a pasito de tortuga. Era desesperante.

De hecho, cuatro o cinco años después todavía no estaba recuperado por completo de aquel trance, pues aún tenía algunos episodios de tos aunque fuesen ya mucho más leves. Llegó un momento en que creímos que no iba a superarlo nunca.

Cómo sería la cosa que, al cabo de unos meses, y a colación del percance, tuvo otra ocurrencia de las suyas. Como siempre, me la soltó de sopetón (a su estilo, vaya) mientras desayunábamos en casa un sábado por la mañana,

—¿Nos casamos, Christine?

Por poco me atraganto con el trago de café. Lo miré estupefacta.

—¿Casarnos para qué? —le respondí con esa otra pregunta.

—¿Y por qué no? Creo que, me ponga como me ponga, voy a casar, así que, de ese modo, no te quedarías soltera, sino que serías la viudita de Trevor Miller. ¿Qué te parece? ¿No te suena bien?

—Déjate de chorradas, ¿vale? Supongo que eso de que te vas a morir me lo estarás diciendo de coña, pero no me hace ninguna gracia.

—De coña, no. Te estoy hablando en serio. Estoy muy mal, Christine.

No digo yo que no estuviera fastidiado, pero mi chico era dado a exagerar bastante los males, como la mayoría de los hombres. Siempre he dicho que si la humanidad dependiera de que ellos fuesen los encargados de portar a los hijos en el vientre y parirlos luego, nos habríamos extinguido hace muchísimo tiempo.

—Ya sé que no estás bien—le contesté—, ¿pero qué tiene que ver eso con que nos casemos?



—Bueno, nada, solo que, si muero, quiero irme de este mundo con ese capricho, con haberme convertido en tu marido.

—Anda que... Tienes unas cosas, Trevor... pero si eso te hace feliz.

—¿Quiere eso decir que sí? ¿Te quieres casar conmigo, Christine?

—Sí quiero—le anticipé ya allí mismo, sobre el mantel.

Dos meses más tarde, nos casamos de un modo de lo más original, pero no penséis que lo hicimos en Las Vegas. Eso ya empieza a estar un poco pasado de moda.

Si queréis algo más novedoso para ese día tan mágico (o trágico, jejeje), tomad nota de lo nuestro y que os case a vosotros también Naked Cowboy, un tipo que va pateando las calles del barrio de Manhattan medio en pelotas.

¿No me creéis? Buscadlo por ahí. Este individuo del que os hablo solo lleva un sombrero estilo vaquero, botas de cowboy y unos calzoncillos de color blanco.

Además, una guitarra colgada de manera que, a bote pronto, te hace pensar que va como su madre lo echó al mundo, pues le tapa sus partes pero le deja al descubierto sus piernas y muslos desnudos.

Este curioso personaje, que en realidad se llama Robert John, es escritor, actor y cantante. Es más, actúa diariamente en Times Square, independientemente de las condiciones atmosféricas.

En resumidas cuentas; Naked es un artista callejero con ambiciones económicas y con el que todo cristo quiere hacerse una foto para subirla a las redes, y es que el tipo es para verlo.

El pintoresco casamentero (que incluso llegó a grabar un par de discos en su día) tiene la suerte de estar en el país de los negocios rápidos y se lo tiene bien montado, aunque antes de dedicarse a esto de las bodas de aquella manera, ya intentó dar también el pepinazo con otros métodos.

Parece ser que Naked tiene unas ideas políticas de lo más extremistas y que hace años quiso meterse a saco igualmente en ese terreno con intención de “volver a hacer grande a América”, pero que no le salió bien la jugada

Lo malo cuando eres un personaje tan atractivo es que te salen imitadores por todas partes, queriendo hacerte sombra. Pues tal cual le ocurrió a este simpatizante de Donald Trump; que terminó batallando en los tribunales contra Naked Cowgirl, su rival femenina.

Esta mujer también pulula por ahí de la misma guisa (en ropa interior) y a poca distancia de él, para darle más por saco todavía. Hay gente para todo en esta vida, está claro.

Total, que si estabais pensando gastaros un dineral para casaros en las Vegas, que sepáis que podéis montar un sarao igual de simpático y sorprendente en Nueva York.

Seguro que vuestros invitados flipan con el espectáculo, al igual que fliparon los nuestros.

—Y el tío, encima, está bueno a rabiar—llegó a decirme mi amiga Maggie.

Como podéis imaginar, este tipo de bodas carecen de validez legal, pero eso no nos importaba.

Fue un día muy especial en mi vida, para el que vestí de manera sencilla pero también bastante singular, con una chaqueta blanca de corte americano, de brillante solapa confeccionada en raso y terminada en picos a la altura de las caderas.

Por abajo llevaba unos leggins blancos de tela como de satén elástico y zapatos planos. Casi nunca calzaba tacones, para no sobrepasar en altura a Trevor, puesto que, descalza, mido lo mismo que él.

En lugar del clásico ramos de flores, llevé una simple cala blanca (mi flor favorita) en la mano izquierda. Eso sí, como un emotivo guiño a mi difunta madre que me estaría viendo desde el cielo, me puse también para mi boda aquella pulsera suya a la que tanto cariño ella le tenía.

¡Ah!, y no creáis que si me vestí de semejante forma lo hice para estar a la altura de las circunstancias y no desentonar, dado que yo no tenía ni idea de lo que me esperaba.

Os juro que todo aquello lo orquestó Trevor a mis espaldas, sin darme opción a intervenir en nada. Yo tan solo seguí la recomendación de mi chico en cuanto a la ropa...

—Tú hazme caso, Christine—me pidió—. Olvídate de los típicos trajes de novia de esos con cola que pesan un quintal.

—¿Que sí? ¿Y cómo quieres que me vista para mi boda? ¿Con bikini? —ironicé.

—No, mujer, tampoco se trata de eso.

—Pues tú me dirás, Trevor. Estás muy misterioso tú...

—A ver, cielo. La nuestra no va a ser una boda como las de todo el mundo, por eso te estoy diciendo que mejor

que no te vistas en plan princesita con ninguno de esos trajes blancos tan pomposos. ¿Me entiendes?

—Más o menos...

—Ya verás que sorpresa te estoy preparando. No se te va a olvidar mientras vivas—me guiñó un ojo.

—Miedito me dais tú y tus sorpresas, que te conozco...

—Tú confía en mí. Lo único que te adelanto es que nos vamos a casar en mitad de la calle.

—¿Perdona? ¿Has dicho en mitad de la calle? Estarás de cachondeo, ¿no?

—En absoluto.

Cuando le conté a Maggie sus intenciones, mi amiga también se quedó tiesa.

—Tu mago tiene ideas de bombero, chica—me dijo.

—No lo sabes tú bien. A ver por donde nos sale ahora...

—¿Sabes lo que te digo, Christine?

—Dispara, nena. Sorpréndeme tú también.

—No, no voy por, pero se me está ocurriendo que podemos irnos de tiendas mañana por la tarde, que libro.

—¿Para ver vestidos?

—Por lo menos, para ir tomando ideas, sí. ¿No quiere Trevor que vayas totalmente diferente al resto de novias?

—Eso es.

—Pues ya veremos quién sorprende a quién, Christine.

Pues bien, después de dar quinientas vueltas por los puntos clave de Nueva York, nos decidimos por esa indumentaria que ya os he descrito.

El día de nuestra boda, antes de coger la puerta, estuve pensando largo rato en las que representaban dos ausencias:

dolorosísimas para mí en tan señalada fecha: en mi madre y en mi hermanita. Si a diario ya las echaba muchísimo menos, en nuestro enlace... imaginadlo.

Qué punzada en el corazón...Cuánto disfrutarían si me vieran. Tuve que hacer un gran esfuerzo para apartarlas de mi pensamiento, si no quería aguar-me la fiesta yo sola.

—¡Estás espectacular, niña!, exclamó Jack al verme vestida de aquel modo y con mi melenón de rizos castaños totalmente suelto.

Le sonreí.

—Tú también vas monísimo de la muerte.

En cuanto al mago de mis amores, no se quedaba atrás. Trevor vestía un súper vistoso traje de color champán, con una camisa blanca de chorreras que sobresalían por la amplia solapa y con una graciosa pajarita en tono burdeos.

En la cabeza, una chistera del color del traje, en la que destacaba la cinta que la bordeaba, de color burdeos también, a juego con la pajarita. Ahora bien, estaba tela de “hermoso” enfundado en aquella chaqueta y aquellos pantalones, y es que mi chico no paraba de engordar.

No quería darle mucha caña con el tema porque no le gustaba nada de nada, pero Trevor era consciente de que no podía continuar engordando del modo en que lo estaba haciendo.

—Lo sé, lo sé, Christine. Algún día me pondré a dieta y me quitaré de encima todos estos kilos de más, pero para eso tengo que estar tranquilo y centrarme. —alegaba—. Sé de sobra que como de forma compulsiva, aunque sea sin hambre.

Confiaba en lo que me decía, pues Trevor era una persona que solía conseguir todo lo que se proponía. No obstante, más le valía no dejar pasar mucho tiempo sin ponerse en campaña, porque esa gordura tampoco era buena para lo de sus pulmones, que bastante machacados los tenía ya de por sí, a cuenta de la dichosa trompetita.

A raíz del numerito de nuestro enlace, le vino con más fuerza al pensamiento aquello que nunca llevaba a cabo pero nunca olvidaba de todo y sacaba a colación cada dos por tres; ese sueño suyo de echarse a la calle para ganarse el pan.

Dejando a un lado lo de la boda; cuando menos lo esperaba, poco después de casarnos, Ronald reapareció en mi vida, a pesar de que le tenía bloqueado. El tejano cambiado de teléfono, por lo que no le resultó complicado volver a engancharme.

Me sentí avergonzada cuando quiso saber por qué había hecho aquello exactamente.

—Lo siento muchísimo, Ronald—me disculpé—, pero sabía que si no tomaba una decisión tan drástica como aquella, terminaría metiendo la pata.

—¿Metiendo la pata por qué, Christine? No se puede luchar contra los sentimientos y es innegable que tú también sientes algo especial por mí.

¿Cómo tratar de convencerle de lo contrario? Tenía toda la razón. Por más que quisiera negármelo incluso a mí misma, me sentía poderosamente atraída por aquel formidable hombre de mi pasado.

Entonces decidí que nunca volvería a bloquearle, que eso eran cosas más bien de chiquillos de quince años, no de adultos. Que podría dominar la situación sin tener que caer tan bajo, haciéndole ese feo a alguien que no se lo merecía ni de lejos.

Al revés. El empresario que confiase ciegamente en mí en su día, había supuesto un importante pilar para mí en mis horas más bajas durante la enfermedad de mi madre y de Rose.

Sí, le tendría ahí como un amigo más en la agenda. Con eso no le hacía daño a nadie...

Me sentí avergonzada cuando quiso saber por qué había hecho aquello exactamente.

—Lo siento muchísimo, Ronald—me disculpé—, pero sabía que si no tomaba una decisión tan drástica como aquella, terminaría metiendo la pata.

—¿Metiendo la pata por qué, Christine? No se puede luchar contra los sentimientos y es innegable que tú también sientes algo especial por mí.

¿Cómo tratar de convencerle de lo contrario? Tenía toda la razón. Por más que quisiera negármelo incluso a mí misma, me sentía poderosamente atraída por aquel formidable hombre de mi pasado.

Entonces decidí que nunca volvería a bloquearle, que eso eran cosas más bien de chiquillos de quince años, no de adultos. Que podría dominar la situación sin tener que caer tan bajo, haciéndole ese feo a alguien que no se lo merecía ni de lejos.

Al revés. El empresario que confiase ciegamente en mí en su día, había supuesto un importante pilar para mí en mis horas más bajas durante la enfermedad de mi madre y de Rose.

Sí, le tendría ahí como un amigo más en la agenda. Con eso no le hacía daño a nadie...

## Capítulo 11



Fue por aquellos mismos días cuando tomé la determinación de abandonar definitivamente la música. Estaba un poco cansada del estilo de vida que llevaba desde que era una adolescente prácticamente; acostándome muchas noches a las tantas y sin saber nunca a qué atenerme.

Con esto último me refiero a la inestabilidad económica de los artistas de mi nivel. Los “grandes”, como Beyoncé o Marc Anthony, no tienen problemas de esa índole. De otras cosas podrán lamentarse, pero no de esa precisamente.

A esta que está aquí no le importaba incluso si tenía que ganar algo menos de dinero, con tal de poder contar con un sueldecito más definido todos los meses.

Y pensaréis que estaba como una chota cuando os cuente por dónde tiré: nada de retomar la idea de buscar trabajo en la rama veterinaria, sino que me saqué la licencia para poder conducir uno de esos miles de taxis amarillos que circulan por el estado de Nueva York.

¿Mal de la cabeza, no? Pues lo mismo pensaron los míos al enterarse de lo que tenía en mente, sobre todo Trevor, quien puso el grito en el cielo.

—¿Tú de taxista, Christine? ¿Te has vuelto majara o qué? ¿Me estás hablando en serio? —me miraba con los ojos de par en par.

—¿Me ves cara de estar bromeando, Trevor? No me mires de esa forma, hazme el favor. Claro que te hablo en serio.

—¿Pero se puede saber a qué viene eso? Es que es flipante—mi marido no salía de su pasmo—. De taxista nada más y nada menos. Alucino contigo, te lo juro.

—¿Por qué, Trevor? ¿Qué tiene de malo?

—No digo que tenga nada malo, Christine. Todos los trabajos son dignos, pero me juego el cuello a que en tres

días estás agobiada de muerte, a cuenta del tráfico y de los que se te monten atrás. Que no, que te conozco bien...

—Menudo plan—la queja me salió sola por la boca—. Anda que estoy apañada yo contigo. Ya veo la confianza que tienes tú en mí... ¡Gracias, eh!

Ya me estaba mosqueando de verdad.

—No, a ver, no te enfades, solo quiero que te lo pienses bien, Christine. Las cosas no siempre son lo que parecen. Quizás te parezca un burro muy chulo visto desde fuera, sin horarios estrictos ni nada de eso, pero ten presente también la cara negativa del taxi, ¿vale?

—He pensado bien en todos los contras, Trevor, y nada ni nadie me va a hacer cambiar de opinión —le contesté tan convencida—. Hazte a la idea de que a partir de ahora eres el marido de la taxista del Barrio.

Solté una risilla para deshacer un poco la tensión que se estaba creando entre él y yo.

—De acuerdo, cariño—me respondió bajándose ya del burro, en un tono mucho más suave—. ¿Recuerdas que te dije cuando me contaste que estabas pensando en irte a Texas que te apoyaría siempre en todos tus pasos?

—Verdad.

—Pues yo tampoco lo he olvidado y me mantengo en lo dicho. Total, con lo cabezona que eres tú también, como para llevarte nadie la contraria...

—Habló esa cabeza sencillita, la que siempre se deja llevar por los consejos de los demás...

Trevor cerró el pico y puso las palmas de las manos hacia arriba, con los brazos pegados en los costados, como el emoji ese que parece estar diciendo: sorry, esto es lo que hay, señores.

—Ya...—añadió como dándome la razón en lo que acababa de decirle.

—Pues eso, maridito mío, que se acabaron ya los escenarios con todo su golpe de focos, cables, atriles y demás aparejos. El micro se lo cedo a otros a partir de este momento.

—Muy bien, tú misma, cariño. Que sea lo que tenga que ser.

Fue un gran cambio que afronté con mucha positividad. Como era previsible, me costó un poco adaptarme a esas partes más chunguillas a las que se refería mi marido, pero en un par de meses andaba con una soltura en el taxi que cualquiera diría que llevaba media vida en el gremio.



Ahora bien, en ese cambio también entraba en juego nuestra relación, puesto que, por una simple cuestión de horarios, empezamos a vernos menos que de costumbre.

Mientras que yo trabajaba desde primeras horas del día hasta el atardecer dándole al volante, Trevor continuaba con sus funciones primordialmente nocturnas.

Ni siquiera comíamos juntos entre semana. Yo me apañaba con unas tapas y un refresco en cualquier bar y Trevor hacía lo que le parecía en ese aspecto, según el día.

Supongo que ahí comenzó el declive de nuestro matrimonio, sin que ninguno de los dos lo advirtiéramos siquiera. A raíz de ese nuevo trabajo mío, más que casa, empezamos a compartir casi exclusivamente la cama, que era donde solíamos coincidir.

Esa etapa coincidió también con un acercamiento bastante peligroso por parte de Ronald, pero no sería justo cargarle a él con toda la responsabilidad de la situación.

Tengo que reconocer que me estaba prendando de aquel hombre que se encontraba a miles de kilómetros de Nueva York y que el asunto empezaba a escapárseme de las manos.

Como comprenderéis, no llegamos a hacer nada, puesto que no teníamos oportunidad alguna de contacto físico, pero sí que entramos en la dinámica del contacto más fluido, ¿me explico?

Ronald y yo estábamos enganchados por el teléfono y no pasaba un día sin que hablásemos por wasap. No eran conversaciones picantes ni de lejos, pues solíamos hablar de temas cotidianos, pero siempre nos dejábamos caer alguna puyita el uno al otro.

Era una atracción mutua complicada de erradicar, aunque a mí se me removía la conciencia por aquello de estar casada, a diferencia de él. De ahí que decidiera, con dolor de mi corazón, hablar ya seriamente con él para que me ayudase a salir de aquel “juego”.

—Tienes que entenderme, Ronald, quiero a mi marido —le pedí con todo mi golpe de pena.

—Siempre llego tarde a todos los sitios, Christine.

—No digas eso, por favor. Tarde o temprano, conseguirás rehacer tu vida con una mujer guay, ya lo verás.

—Hablar de mujeres guay es pensar en ti irremediabilmente, Christine.

—De verdad que lo siento mucho, pero tenemos que dejar de hablarnos, Ronald. No quiero ni pensar que Trevor se enterase de nada de esto. Y más, con lo celoso y lo machista que es.

—Tampoco estamos cometiendo ningún delito—me expuso.

—Ya, pero ponte en el caso contrario. Te aseguro que no te haría ni chispa de gracia...

—Quizás tengas razón, Christine, pero me duele muchísimo pensar que no voy a volver a escuchar tu voz, ni a verte nunca más.

—C' est la vie—le contesté con un forzado acento francés.

—Supongo que no puedo hacer nada para convencerte.

—Por favor, Ronald, no me lo hagas más difícil...

—Está bien, cielo. Si esa es tu decisión, no me queda más remedio que respetarla y apartarme de ti.

—Te agradezco tu comprensión. Eres un hombre excepcional.

—Nada que agradecer, Christine. Que la vida te sonría y te de todo lo que mereces y mucho más.

Esas fueron sus últimas palabras antes de colgar, dejándome con una tristeza enorme en el alma, pero ni el estar segura de haber hecho lo que debía hacer impidió que me cayesen las lágrimas por las mejillas.

En ese punto y hora terminaron mis conversaciones clandestinas con el empresario de Texas. Tenía que olvidarme de él de una vez por todas y continuar con mi vida como si nada.

Lo que acababa de decirle a Ronald acerca de Trevor, referente a que era un tanto machista y celoso no me lo saqué de la manga (esos truquillos eran su especialidad).

Mi marido era muy bueno y muy santo, pero esos defectos también los traía de fábrica. No obstante, con paciencia, logré ir suavizándoselos un poco.

—Creo que has hecho bien cortando con él, Christine—mi amiga Maggie me aplaudía lo hecho.

En cambio, Charlotte estaba en el extremo contrario. Era como el diablo que me susurraba al oído.

—Estás chalada perdida, chica—opinaba aquella otra—.

—Bueno, tampoco hay que pasarse, ¿no?

—Allá tú, yo ya no te digo nada más, pero vamos, que no estabas matando a nadie tampoco, ¿sabes?

—Lo sé, pero no podía seguir como estaba; enamorada de mi marido y tonteando con otro hombre.

—Con otro hombre que... en fin, que paso, que ya me callo, Christine. Es tu vida, no la mía.

Exacto, y ahí no debía meterse nadie, ni Charlotte ni... Ronald, mal que me pesara. La diferencia con la vez anterior es que ya no tuve ninguna necesidad de bloquearle.

Confiaba plenamente en que mi antiguo jefe respetaría mi decisión y no me comprometería jamás con ninguna llamada a destiempo con Trevor delante, ni nada parecido.

Después de aquello, procuré centrarme completamente en mis cosas y en mi trabajo, un trabajo que requería toda la concentración del mundo y más, por cierto.

Una cosa es conducir un coche y otra muy diferente es estar al frente de un taxi, con la mirada enfocada siempre a frente para no darte un buen testarazo pero, a la par, mirando constantemente por el rabillo, para detectar rápido cualquier brazo en alto.

Y ojo además con los semáforos después de los cruces, con el parpadeo de las luces rojas, con los peatones que se tiran a cruzar a lo loco con las prisas, con no despistarte en los carriles de las autopistas y mil detalles más de la caótica conducción en Nueva York.

Era bastante estresante, la verdad, pero todo trabajo tiene su miga y aquel tampoco me lo había impuesto nadie. Pese a todo, era feliz en mi nueva profesión.

En esas estábamos cuando descubrí que estaba embarazada. Me quedé como en shock con el resultado del test que me hice, en vista de que no me bajaba la regla ni bien ni mal.

Trevor también se quedó a cuadros al enterarse de la noticia. Nunca habíamos hablado del tema de los hijos y ahora, por accidente, venía uno en camino.

—¿Cómo es posible esto, Christine?

—Eso digo yo. Aquí el mago eres tú, así que ya me dirás cómo lo has hecho, porque yo tampoco me lo explico

todavía.

—¿No estará equivocado ese cacharrito?

—¿El stick? ¿Estás tonto o qué Trevor? Míralo—se lo enseñé agarrándolo entre el dedo pulgar y el índice—. ¡Anda que no se ve bien el resultado!

—Bueno, pues nada, no será por problema de espacio. Casa tenemos como para un niño... y seis, si quisiéramos —con esas me salió mi marido.

—Claro que sí, en ese mismo estaba yo pensando, en tener media docena de enanos chillando por ahí en medio del jardín, madre de dios...

—¿Tú te imaginas, Christine?

—No, la verdad es que prefiero ni imaginarlo. ¡De locos! Con uno ya vamos en coche, Trevor, y porque se ha colado, que si no... ya veríamos.

Mi señor marido no hizo ningún comentario más. A mí no es que los críos me apasionaran, tengo que admitirlo, pero me constaba que lo suyo era mucho peor, pues a él no le hacían ni pizca de gracia.

Aun así, le había llegado la hora de ser padre, le gustase o no. Se abría una nueva etapa para nosotros...

todavía.

—¿No estará equivocado ese cacharrito?

—¿El stick? ¿Estás tonto o qué Trevor? Míralo—se lo enseñé agarrándolo entre el dedo pulgar y el índice—. ¡Anda que no se ve bien el resultado!

—Bueno, pues nada, no será por problema de espacio. Casa tenemos como para un niño... y seis, si quisiéramos —con esas me salió mi marido.

—Claro que sí, en ese mismo estaba yo pensando, en tener media docena de enanos chillando por ahí en medio del jardín, madre de dios...

—¿Tú te imaginas, Christine?

—No, la verdad es que prefiero ni imaginarlo. ¡De locos! Con uno ya vamos en coche, Trevor, y porque se ha colado, que si no... ya veríamos.

Mi señor marido no hizo ningún comentario más. A mí no es que los críos me apasionaran, tengo que admitirlo, pero me constaba que lo suyo era mucho peor, pues a él no le hacían ni pizca de gracia.

Aun así, le había llegado la hora de ser padre, le gustase o no. Se abría una nueva etapa para nosotros...

## Capítulo 12



Aunque no fuese un niño buscado, comencé a ilusionarme con el tema de la maternidad como la que más. Desde el mismo momento en que supe que estaba embarazada, empecé a imaginarme cómo sería esa criatura.

¿Niño? ¿Niña? ¿Se parecería a Trevor o saldría más a mí? ¿Cómo íbamos a llamarle? Un hijo... ¡eso sí que iba a ser toda una experiencia!

—¿Que vais a ser padres, Christine? —mi amiga Maggie me lo preguntó con las manos juntas, como en plegaria, y con una excitación que no le cabía en el cuerpo.

—Eso parece... —le contesté, sonriendo con orgullo.

—¡Qué ilu, niña! ¡Me pido ser la madrina, eh!

—Por mí, encantada.

—No será Trevor el que ponga pegas entonces, ¿no?

—Ya sabes que no, Maggie. Te tiene mucho aprecio.

Se lo decía de verdad. Y era algo mutuo. Sin embargo, como ya he dicho, con Charlotte era muy distinta la cosa, pero tampoco es que me quitase el sueño esa cuestión, puesto que no se veían casi nunca.

Coincidiendo con la noticia de mi embarazo, mi marido empezó a preocuparse seriamente por el tema de los kilos

—¿Sabes? Hoy me he pesado Christine—me contó una noche mientras cenábamos.

—¿Y? —le miré un poco expectante.

—Uffff, casi mejor que me no te diga lo que peso.

—Ah, mira tú que bien...

—Bueno, qué tontería, ¿por qué no voy a poder decírtelo?

—Eso mismo me preguntaba yo, pero tú sabrás, Trevor.

—Mejor te lo digo de otra manera. He cogido cuarenta y cinco kilos desde que nos conocimos.

—Y se te notan, vaya que sí —le contesté.

—Oye, oye, ¿me estás llamando gordo? —no me lo preguntaba molesto, sino de buen rollo.

—Bueno... tú sabes... —yo le seguía la corriente.

—Pues ya verás cuando empiece a crecerme a ti también la panza. Vas a ser una buena rival mía, pero te advierto que estoy pensando ponerme a régimen y liarme a hacer deporte como un loco.

Me costaba imaginarme con ese barrigón que decía Trevor; como cabía esperar de una mujer embarazada, vaya, pero el destino tenía otros planes para mí.

Estando de dos meses y medio, al desnudarme una noche para meterme en la ducha antes de acostarme, vi que tenía la braguita manchada de sangre. Me llevé un susto horroroso.

—¡Trevor! ¡Trevor! —Le llamaba a gritos porque estaba abajo en el salón, viendo en la tele uno de esos programas de humor, y no me oía—. ¡¡Trevor!! ¡¡Trevor!! —Tuve que repetir varias veces —.

De repente la tele se quedó muda, como si le hubiese quitado el volumen por completo.

—¿¡Me estabas llamando Christine!?

—¡Sí! ¡Ven, por favor!

Trevor subió los escalones de dos en dos.

—¿Qué ocurre? Me has dado un susto que no veas—me soltó.

—Tenemos un problema, Trevor —le contesté temblorosa perdida.

—¿Un problema de qué? —el pobre no sabía por dónde le iba a salir.

Le hice un gesto con la cabeza para que mirase a aquella braguita que había dejado caer en el borde de la bañera. Trevor me miró con gesto de preocupación.

—¿Qué está ocurriendo, Christine?

—Eso quisiera saber yo.

Fue decírselo y romper a llorar del tirón. Tenía un ataque de nervios horroroso.

—Eh, eh, tranquila, cariño—mi marido trataba de consolarme, estrechándome entre sus brazos—. Ahora mismo nos vamos al hospital a que te echen un vistacito y ya está, ¿vale?

—Sí, sí, vámonos cuanto antes. Estoy muy asustada, Trevor.

—Venga, cielo, seguro que no es nada grave. Ten fe.

Por suerte, no había ningún paciente en urgencias en esos momentos, con lo cual fue llegar y besar el santo. Me pasaron enseguida al departamento de ginecología para hacerme una ecografía.

Recuerdo que se me puso la piel de gallina al sentir el frío de ese gel que te echan en el vientre para que se deslice el ecógrafo de ultrasonidos.

La doctora, mientras miraba al monitor, le iba haciendo comentarios en bajito a su ayudante, una chavala bastante jovencita que debía estar en periodo de prácticas.

No entendí casi nada de lo que le decía, pero no por el volumen, sino que una no está puesta en términos médicos, como es lógico. Ahora bien, cuando escuché que se observaba al embrión “sin actividad cardiaca en la exploración”, casi pego un bote en la camilla, porque eso sí que estaba bastante claro.

Me llevé la mano a la boca y me mordí el canto con todas mis ganas.

—¿Qué está diciendo, doctora? —le pregunté con una angustia espantosa.

La mujer giró la cabeza y me miró.



—Está usted teniendo un aborto. El feto no tiene vida.

—¡¡¿Pero por qué?!!! —me puse histérica y volví a echarme a llorar allí tumbada, mientras la doctora soltaba el ecógrafo y se ponía en pie con la máxima frialdad del mundo.

—Son cosas que pasan, y más, cuando se trata del primer embarazo.

Ea, ahí queda eso. Me pidió que me vistiese de nuevo y sentó en su mesa. La “simpática” se puso a escribir al ordenador.

—¿Ha venido sola? —quiso saber.

—No —hasta la voz me temblaba de lo que tenía encima—. Mi marido está ahí fuera, ¿por?

—Le estoy preparando el ingreso—más seca no podía ser hablando.

—¿Tengo que quedarme ingresada esta noche? —le pregunté súper agobiada, y es que no me hacía ninguna gracia la idea, ingenua de mí.

La doctora levantó la cabeza un momento y me miró por encima de sus gafas.

—¡Hombre! Ya me dirá usted. Si le parece, se marcha para su casa.

Me callé la boca por no decirle una barbaridad bien dicha. Qué poca empatía pueden llegar a tener algunas personas...

Lo jodido del tema es que, mientras yo me encontraba anímicamente destrozada, Trevor estaba de lo más tranquilo.

Debía quedarme a pasar la noche allí y ya por la mañana me bajarían a quirófano para hacerme un legrado, pero parecía como si todo diese igual, como si nada de aquello le afectase, como si en lugar de ingresarme por aquel problema, me encontrase allí para que me sacasen una muela.

—Tranquila, cariño, me ha dicho la doctora que se trata de una intervención muy leve que no conlleva apenas riesgos y que en cuanto acaben te darán el alta.

Tampoco le contesté nada a él en ese momento. ¡Tenía narices el asunto! No se trataba de una cuestión física; no radicaba ahí mi aflicción. Adiós a nuestra criaturita... Como “por arte de magia”, ya no íbamos a ser padres, pero magia de la chungu...

Todavía se me saltan las lágrimas al recordarlo. En cambio, no vi afligido a mi marido en ningún momento, como si verdaderamente no le hubiera afectado el asunto en lo más mínimo. Me tenía más cabreada que un mico, como comprenderéis.

Creo que aquel día algo se rompió dentro de mí, pero tenía que ser fuerte y mirar hacia adelante. Ya llegaría una nueva oportunidad, y si no... es que no estaría escrito lo de que tuviésemos un hijo. El tiempo, como siempre, diría.

En otro orden de cosas; tal cual me avisó, Trevor comenzó su plan de adelgazamiento. Empezó por dejar de lado el pan, cosa que le chiflaba, y el azúcar, sobre todo el chocolate, a lo cual era adicto. No os exagero si digo que era capaz de comerse las tabletas de chocolate negro enteras, de una sentada.

El alcohol también fue tachado de su lista. Ni gota, a partir de ese momento. Ni frituras. Todo a la plancha. Aparte de controlarse bastante con la comida, se iba todas las tardes a hacer footing, con el chándal y las zapatillas deportivas, aunque los primeros días no llegaba muy lejos que digamos, y no solo por la gordura que tenía, que le complicaba bastante lo de salir por ahí a trotar.

a

Lo de la inhalación del polvo de óxido, como ya os conté, le pasó su buena factura y todavía no había superado completamente el asunto.

Al cabo de diez días estaba más contento que unas castañuelas.

—Christine, he perdido ya dos kilos y medio, ¿te lo puedes creer? —me anunció entusiasmadísimo.

—¿Y por qué no? El que la sigue la consigue.

—Sé que me queda mucho camino por recorrer, y nunca mejor dicho, jejeje, pero de aquí a un tiempcito voy a estar hecho un figurín, ya lo verás—me aseguró.

—Claro que sí, vas a tener que pasarte unos cuantos meses de sacrificio, pero luego te vas a alegrar mucho.

Procuraba animarle, a sabiendas de que los kilos le tenían bastante acomplexado, amén de que eso no es bueno para la salud. Las rodillas se resienten, la espalda también, se es propenso al colesterol y a ciertas enfermedades cardiovasculares... En fin, que yo también me alegraba de que hubiese dado ya el gran paso.

Justamente por aquel tiempo, comenzó a dejarse ver cada vez más en las redes. De hecho, se hizo otra cuenta de Facebook y de Instagram, en las que iba colgando fotos casi a diario.

Trevor atándose los cordones de las deportivas para salir a correr... Trevor, en la cocina, preparándose una tortilla de claras de huevo para desayunar (si me tengo que comer yo eso, prefiero la muerte a escobazos, la verdad)... Trevor con las pesas en alto, delante del espejo...

No le quedaba una actividad sin fotografiar para subirla. Ya solo le hubiera faltado hacerse fotos en la ducha. Decía que todo eso era puro marketing.

—¿Y qué necesidad tienes tú de darte ninguna publicidad? —llegué a preguntarle en una ocasión.

—No, ninguna, pero... ¿te molesta acaso?

a

—En absoluto, te lo garantizo, solo que no entiendo a qué viene ahora tanto interés por las redes sociales.

2

—Nunca está mal tener seguidores, Christine. Y cuantos más, mejor, sé lo que digo.

Ya lo creo que lo sabía. Quien sí que no tenía ni idea de lo que estaba tramando era yo.

—Oye, ¿y a tu maridito qué bicho le ha entrado ahora? —Charlotte me vino cierto día con uno de sus dardos envenenados.

—¿A qué te refieres? —Le contesté con esa otra pregunta porque de verdad que no sabía qué quería decir.

—¿A qué me voy a referir, Christine? Pues al Facebook, al Instagram, al Twitter...

—Ah, ya...

—Está ahí todo el día venga que te pego, que si una fotito por aquí, que si un vídeo por allá. No veas la que tiene armada en el gallinero, hija mía.

—Bah, con eso no hace malo a nadie —le respondí quitándole importancia—Déjale, está ahora muy entusiasmado con eso de que no parar de bajar de peso.

—Sí, sí, pero vamos, que si llega a medir diez centímetros más y a tener mejor careto, cualquiera le aguanta. ¿Pues no me posa ahí el tío en plan todo chulo él como si fuese un modelo? Venga ya, no me fastidies, Christine.

—¿A ti que más te da, Charlotte? Si es feliz así...

—No, no, si ya se le ve. Y a las seguidoras, ni te cuento. Hay algunas que le ponen cada comentario en las publicaciones que son para verlos, vamos.

l

—¿Comentarios de qué? Ya me estás intrigando.

—Pero vamos a ver, chica, ¿tú no le sigues o qué?

—Sí, pero que tampoco es que esté yo muy pendiente de lo que le ponen o le dejan de poner. Tengo otras cosas en las que pensar, Charlotte.

—Ya veo que pasas del tema.

—Es que me da igual, te lo digo en serio. Nunca he sido celosa y no creo que tenga motivos ahora para empezar a serlo. Tú ya sabes cómo funciona esto de las redes, ¿no?

—Y tanto. Mucho cuento es lo que hay ahí metido, Christine.

—¿Lo ves? Tú sola te lo dices todo. Entonces, ¿de qué tengo que preocuparme?

—No sé, Christine, pero con sus antecedentes...

—¿Qué antecedentes, Charlotte? No sé por dónde vas ahora.

—Jolines, guapa. ¿Ya se te ha olvidado lo que te hizo con la tiparraca aquella? ¿Cómo se llamaba? ¿Rebecca? ¿Rachel?

—Madre mía, Charlotte. Eso pasó hace un puñado de años. Casi ni me acuerdo. Cometió un error y se lo perdoné, así que vamos a dejarlo aquí, por favor.

Le quité las ganas de seguir con aquella conversación. Si estaba buscando picarme con el rollo ese de las redes, no lo iba a conseguir. Yo también tenía cuenta en Facebook e Instagram, pero no le hacía mucho caso ni a lo uno ni a lo otro.

Tampoco estaba pendiente de qué hacía él en ese sentido, aunque me escamó que de repente se cambiase el nombre por todas partes. Eso sí que me dejó un tanto descolocada. De ser Trevor Miller, pasó a ser The king of magic en las redes...

1

1

,

)

1

## Capítulo 13



### **TREVOR**

Tenía motivos más que de sobra para hacer lo que estaba a punto de hacer; dar un giro de 180° a mi vida, en el plano laboral. Estaba harto. Estaba harto de tanto de ir un lado para otro por las noches.

Estaba harto de no tener apenas fechas libres para, por ejemplo, hacerme un viajecito con Christine a donde nos apeteciera. ¿Dónde habían quedado aquellos tiempos?

Estaba harto de aquella asfixiante agenda que compartía con esos otros magos que, a buen seguro, estaban tan hartos como yo, pero allá cada uno, me decía para mis adentros.

Comenzaba a preguntarme qué sentido tenía trabajar tanto y ganar tanto dinero si no tenía apenas tiempo para disfrutarlo. Estaba muy cansado de esa rutina que, tengo que decirlo también, me había permitido cumplir bastantes sueños, pero que, asimismo, me había obligado a abandonar por el camino otros tantos.

Estaba cansado de todo. Hasta de mí mismo. Menos Christine, empezaba a pesarme todo. Christine... Mi mujer se tenía ganado el cielo desde que me conoció. Tantos años aguantando a alguien como yo tiene su mérito.

Ojo. No me tengo por un mal tipo ni nada que se le parezca, pero reconozco que soy un poco complicado y variable, cosa que ya le advertí a ella desde el comienzo de nuestra relación.

Uno de mis mayores defectos es que me cuesta tela permanecer mucho tiempo haciendo lo mismo, de ahí también mi necesidad de pegar el cerrojazo a mi empresa e intentar seguir con la magia pero de otro modo.

Mucha gente opina que nacemos ya con un destino señalado y que la vida nos va llevando por donde se le antoja, pero no estoy de acuerdo en absoluto con esa teoría.

Pienso que son nuestros actos, nuestros pasos, los que van conformando nuestro sendero vital, y sentía que los míos debían cambiar ya de rumbo, cuanto antes mejor, si no quería volverme loco.

¿Para bien o para mal? ¿Quién podía saber el resultado de antemano? Lo único que tenía claro entonces era que había llegado el momento de romper con todo. Bueno, con todo, no. Mi Christine era lo más valioso que tenía.

Sin ella no era nadie. Juntos formábamos un equipo de primera. Todo se lo consultaba, hasta la ropa que me compraba. Necesitaba siempre su aprobación para cualquier movimiento, por lo que debía hablar con ella sin más demora.

Apenas pude pegar ojo aquella noche, dándole vueltas al asunto en mi cabeza. Era una idea arriesgada, sin duda, pero... tampoco para tanto. Contaría con su apoyo, y no me refiero ahora al plano emocional, sino económico.

Mi mujer había conseguido esa estabilidad que buscaba, aunque para eso trabajase tuviera que trabajar lo suyo, al igual que servidor. Mil veces le dije que no había necesidad de ello, pero Christine, siempre tan cabezona también insistía en que, para sentirse a gusto, le hacía falta esa independencia económica.

Sabía que mi planteamiento la iba a dejar de piedra, de ahí que hubiese preferido esperar hasta ese día en que ella libraba para exponérselo. Mi chica llevaba un rato despierta, haciéndose la remolona en la cama.

Mejor esperar un poco a que se espabilase, por lo que bajé a la cocina a preparar el café. Apenas un par de minutos después, oí de repente su voz a mis espaldas.

Con el sobresalto, por poco se me cae al suelo la taza que tenía en la mano, y es que no la había escuchado bajar las escaleras. Christine, que me conocía mejor que nadie en este mundo, sabía que algo importante me preocupaba, de modo que fue directa al grano, sin darme siquiera ni los buenos días.

—¿Se puede saber qué te pasa, Trevor? —me preguntó con la melena revuelta y los ojos aún enrojecidos.

—Nada—fue lo único que acerté a contestarle en ese momento. Estaba bastante nervioso.

Se me quedó mirando fijamente, con la boca cerrada. Yo también la conozco a ella perfectamente. Mi mujer estaba esperando a que bajara la guardia y le soltase lo que fuera, así que no me pareció bien hacerme de rogar.

l

—Christine, yo... necesito hablar contigo—le dije al fin, agachando ligeramente la cabeza.

—Hombre, eso ya lo sé yo—me contestó, segura de lo que decía.

—A ver cómo te lo explico, cariño.

—Sin rodeos, por favor...—me pidió con el rostro serio.

—Me he cansado. Esto ya no tiene sentido—Tengo que reconocer que aquello fue como un disparo a bocajarro.

—¿Perdona?

Me bastó con su expresión para entender de inmediato mi error.

—No, no. No se trata de ti—proseguí rápidamente—. No tiene nada que ver contigo, Christine.

—¿Y entonces? ¿De qué va todo esto, Trevor?—me preguntó, más confusa aún.

—Es esta puñetera vida que llevo...

A juzgar por su expresión, seguía sin pillarlo y no quise prolongar ni un segundo más mi agobio ni el suyo. Le pedí que se sentase frente a mí y le expliqué que había decidido dar carpetazo a mi empresa para echarme con mi magia a la calle.

No puedo afirmar que se estuviera quedando muerta con lo que estaba escuchándome. Christine debía estar pensando que no lo decía en serio, que se trataría de una más de tantas locuras mías que, al final, solo quedaban en simples palabras; proyectos que nunca llegaban a materializarse.

Pero esa vez se equivocaba. Mucho tendría que torcerse ya la cosa en aquella ocasión para hacerme cambiar de idea. No obstante, entendía que lo que le estaba exponiendo no era ningún trago fácil de digerir y era consciente de que le estaba dando el desayuno.

De todas formas, de no haber sido el desayuno, hubiera sido la comida o la cena, porque no podía pasar ya de aquel día sin contarle mis intenciones. Y ojalá solo se tratase de eso; de hablar con mi mujer de lo que pensaba hacer.

Ese era el primer pasito de otros muchos que me quedaban por delante y que tampoco iban a resultarme fáciles precisamente. Es más, sabía que algunos iban a costarme muchísimo, y es que no era yo el único que navegaba en aquel barco.

William, Theodore, John...Karen... Tenía que ir hablando con aquellas personas una por una para explicarles que hasta ahí habíamos llegado; que en aquel punto debíamos separarnos, que pensaba disolver la empresa y desvincularme de ellos porque quería volar en solitario.

Lo necesitaba como el respirar, pero tenía miedo a su vez. Temía poder equivocarme y llegar a arrepentirme. Temía saltar sin alas al vacío y a lo que pudiese encontrarme por ahí.



Aun así, aunque en mi sesera se agitaba el cóctel agridulce, ya no había marcha atrás. Estaba completamente decidido a dar ese salto.

Al acabar el desayuno, mi mujer se puso en pie con cara seria, de desconcierto, más bien, y ya no quise seguir machacándola. No me pareció prudente, por lo que me quedé recogiendo un poco la cocina y la dejé salir al jardín sin tratar de retenerla.

Pero como yo también soy más pesadito que un choco cuando quiero, al rato, cuando la vi por la ventana con la regadera en mano echándole agua a sus flores, me acerqué a ella y volví a la carga.

Necesitaba su aprobación como el respirar. Necesitaba saber que estaba de mi lado en aquella nueva aventura. Necesitaba que me entendiese, que me animase... Ya expliqué antes que sin ella y sin su apoyo, soy como un barco a la deriva.

Traté de que lo viera con mis propios ojos; que lo viese como una bonita idea. Deseaba experimentar la calle, conocer otro mundo, otro tipo de público. Y si la cosa no salía bien, siempre podría enfilarse mis pasos hacia otra dirección.

<sup>1</sup> En mi afán por que me comprendiera, esgrimía todo tipo de argumentos que Christine iba escuchando sin abrir la boca para nada.

—¿De verdad que me lo estás diciendo en serio, Trevor? —mi mujer me interrumpió en un momento dado.

—Totalmente.

—Madre mía de mi vida—movía la cabeza de un lado a otro, según hablaba—. Esto es de locos, te lo juro...

En cierto modo, podía entenderla. Quizás se tratase de la locura más grande de mi vida, pero esa es la salsa de la vida. Como dicen por ahí, la cordura no podría concebirse sin la locura, del mismo modo que la alegría sin la tristeza o el éxito sin el fracaso, y yo estaba dispuesto a alcanzar mi meta de convertirme en “The king of magic”, el mago callejero del que se hablase en medio mundo.

De momento, ya estaba consiguiendo algo bastante importante para mí: que Christine terminase reconociendo al final de aquella conversación que no era quién para tratar de impedirme nada.

—Pero vamos, que ni yo ni nadie—llegó a decirme con resignación—, porque todavía no ha nacido quien sea capaz de quitarte a ti algo que se te meta en la cabeza.

En efecto, esa es otra de mis “taras” de nacimiento. Sí, reconozco que soy un cabezón de aquí te espero. Pese a

todo, mi mujer seguía con sus muchas dudas al respecto, como es lógico.

Yo también, pero iba a por todas. No me iba a quedar sin intentarlo y, después de soltárselo a Christine, me quedé mucho más tranquilo y animado.

Por supuesto que era una decisión drástica, pero se me antojaba como un seguro de vida. A la larga, mi corazón me lo iba a agradecer, y es que el estrés que tenía encima me estaba matando, así que... nada, nada, ¡a ponerse a tope!

Eso incluía lo de bajar de peso todo lo que pudiera, para lo cual ya llevaba un tiempecillo sacrificándome con la comida y el deporte. No me gustaba lo que veía en el espejo y quería volver a ser como aquel personaje que fui a los veinte años, en plena forma física. Con mucho menos pelo, y cada día menos todavía, eso sí, pero con un tipito que diera gusto verme.

Pensaba que aún podía dar mucho más de mí mismo en todos los aspectos, que podría seguir aprendiendo en la calle. Nunca se deja de aprender.

Iba a impresionar a los viandantes cuando me apeteciese y donde a mí me pareciera. Adiós a los horarios concertados del día a día; la peor cruz que le puede tocar a un espíritu tan inquieto como el mío.

Por otro lado, tenía que darle caña a lo basto a las redes. En la actualidad, estas cosas son muy importantes para los artistas, aunque Christine no entendiese del todo ese afán mío de promocionar también mi imagen colgando un sinnúmero de fotos y vídeos de escenas cotidianas.

En cierta ocasión le pedí que se hiciera una foto conmigo para subirla, montados ambos en mi Harley-Davidson, pero se negó tajantemente.

—Ya sabes que yo no soy así, Trevor. No me gustan estas cosas—fue su respuesta a aquel asunto.

Cierto. Mi mujer no solía subir fotos personales, al menos, no en modo “público”. Las pocas que colgaba eran siempre para “amigos”.

Otra cosa de lo que pensaba despedirme era de toda aquella ropa que llevaba utilizando sobre los escenarios, desde hacía años. Entre otros motivos, porque la mayoría de esas prendas que guardaba en mi armario empezaban a quedarme grandes, afortunadamente.

La cuenta atrás ya había comenzado...

1

2

3

4

## Capítulo 14



¿Qué queréis que os diga? Cuando lo supe, se me cayó el alma a los pies, pues me pareció una locura total. Ya entendía yo esa obsesión que le había entrado con mostrarse de tales formas en las redes, en sus ansias por acumular “likes” y conseguir más y más seguidores cada día...

—Tu marido está como una chota, Christine—era mi amiga Charlotte quien de nuevo cargaba tintas contra él, al enterarse de sus pretensiones.

—Ya. ¿Y qué le hago, hija?, si me ponga como me ponga, me va a dar igual. Menudo es...

—Un listillo de cuidado, corazón, eso es lo que es tu maridito el mago.

—¿Y eso por qué, Charlotte? No entiendo qué quieres decir ahora.

—Claro, no me extraña, porque más inocente no me naces, guapa.

—Déjate ya de rodeos y dime a dónde quieres llegar, hazme el favor.

—Me refiero a que tu marido sabe más que los ratones colorados. De tonto no tiene un pelo, desde luego. Ea, mira que tú qué guay—hizo un gesto levantando las manos y formando sendos círculos con los dedos pulgares e índice como imitándole—. Ahora me cojo el tapete y todos los accesorios y me planto en cualquier plaza con la chistera bocarriba para que me den una limosnita. Que me va bien la cosa... genial. Que no... ahí está la pava de mi mujercita dale que te pego a la galleta del taxi, que dinero no nos va a faltar nunca en casa.

Reconozco que no me hizo ningún bien aquella conversación con ella, y es que tenía razón absolutamente en todo lo que me iba diciendo, pero no quise aguarle más la sangre dándole vueltas al asunto porque sabía que me iba a dar lo mismo.

Qué hiciese lo que le diera la real gana y que le acompañase la suerte, era lo único que podía esperar ya. Y lo “mejorcito” de todo es que Karen, su mánager hasta entonces, decidió acompañarle en aquella majadería.

Así como el resto de magos de la empresa tuvieron que resignarse con el finiquito y se retiraron dignamente, esa mujer que llevaba años trabajando con mi marido a la sombra decidió seguir a su lado contra viento y marea.

Fue ella misma quien se ofreció a servirle de ayudante con sus números de magia, ya sabéis, lo típico de la magia y del ilusionismo: virguerías con las barajas de cartas, hacer desaparecer y aparecer personas o cosas, cortar a alguien en dos, etc, etc.

—Ah, mira tú qué apañado él —mi amiga flipaba ya del todo cuando le conté esto último sobre Karen—. O sea, que se piensan repartir a medias la recaudación, ¿no?

—Bueno, no exactamente. Según Trevor, ella solo le ha pedido el veinticinco por ciento.

—¿El veinticinco por ciento? ¡Venga ya, Christine! ¿Estarás de coña, no?

—Yo no. Solo te estoy diciendo lo que él me ha contado.

—Pues ahora te voy a decir yo a ti otra cosita —me señaló con un dedo, señal de que iba a pegar otro disparo gordo de los suyos, que ya la conocía bien.

—Miedito me das, Charlotte.

—Nada de miedo, Christine. Yo lo único que te digo es que no me fiaría ni mijita de él... ni de la Karen esa. Vamos a ver, me estás contando que en lugar de buscarse otro trabajo, la tipa se va a echar a la calle con tu marido para llevarse una cuarta parte de lo que él consiga.

—Eso parece.

a

, —Pues a mí lo que me parece es que estos dos se están cachondeando de ti en toda tu cara, hija. Siento decírtelo así tan clarito, pero ya me conoces. Yo no tengo pelos en la lengua, Charlotte.

—No creo que eso sea así, te soy sincera.

—Bueno, y yo creo que no lo crees porque no lo quieres creer, pero vamos, que yo que tú me andarías al loro con el pájaro este. Ya te lo dije una vez y te lo sigo diciendo, que el que te la hace una vez, puede hacértela mil veces más.

No quise seguir porfiando con ella aquel punto. Trevor me quería mucho, de eso estaba segurísima, pero Charlott tenía la habilidad de sembrar la duda en mí y había vuelto a conseguirlo.

¿Y si había dado en el clavo? No lo veía muy probable, pero no podía poner mi mano en candela porque seguro no hay nada en la vida, así que... en fin, el sabría lo que hacía. Todo sale con el tiempo...

... y el tiempo precisamente fue el encargado también de volver a ponerme a mí a Ronald por delante, esas mismas navidades. Hacía bastante que no tenía noticias tuyas, lo cual no quiere decir que le hubiera olvidado.

Para ser sincera, me acordaba muchísimo de él, con nostalgia. Qué bonita época aquella en Texas, a pesar de los pesares, y que monótona se había vuelto mi vida últimamente. Todos mis días eran iguales e iban pasando sin pena ni gloria.

No obstante, me había mantenido en mis trece para no liarla. No podía volver a encender la mecha con ese otro hombre que ahora me enviaba por wasap una simpática felicitación navideña en forma de video, acompañada de un segundo mensaje con un escueto “Felices fiestas, Christine”.

Esos wasaps me pillaron justamente entrando por casa, después de un agotador día de trabajo al volante, en el que a punto estuve de pegarme un topetazo con otro coche; gajes del oficio.

A esas horas, Trevor andaba por ahí, según él, por Times Square, con su mesa flotante y su fiel acompañante de aventuras callejeras en las que, por cierto, había debutado no con poco éxito, la verdad.

Así pues, me serví una copa de vino, me descalcé, y me senté en el sofá para relajarme. Ese era uno de los mejores momentos del día para mí, acurrucada en los cojines y con la lamparita del rincón encendida.

Volví a ver el video, debatiéndome entre responderle con algo parecido, es decir, con cualquier otra fotito de felicitación de esas que se envían en cadena, o hacerlo de un modo más personal.

Me tentaba más lo último, pero no lo vi prudente, intuyendo lo que podría desencadenar. Es por ello que terminé mandándole una especie de christma navideño con un precioso pino sobre la nieve, que llevaba ya el mensajito de felicitación incluido.

Según se lo envié, solté el teléfono en la mesita y encendí la tele. Estaba buscando con el mando un canal de música para desconectar un poco la mente, cuando me sonó la notificación de wasap. ¡Era él!

—Hola, preciosa. ¿Te pillo en buen momento?

—¡¡¡Holaaaa!!! Sí, no te preocupes. Acabo de terminar de trabajar y estoy sola en casa, así que... tranquilo—le contesté de inmediato y terminé el mensaje insertándole uno de esos emojis sonrientes.

—Perfecto. Entonces, si lo prefieres, te llamo. O bueno, como tú veas, Christine. No quiero ponerte en ningún

o compromiso.

Qué educado y qué de todo era. Daba gusto con él.

—No hay ningún problema, Ronald, llama si te apetece.

Qué chula que fui... “si te apetece”. ¡Como si no lo estuviese deseando yo también, vamos!

—Voy, dame un minutito, preciosa, que estaba terminando de hacer una cosilla aquí en el ordenador—me pidió.

—Tranquilo. Cuando quieras.

Fue una conversación de lo más emotiva, en la que, una vez más, Ronald consiguió hacerme reír hasta saltármeme las lágrimas. Me encantó volver a escuchar su voz aterciopelada. Era un hombre con imán.

Mi ex jefe quiso saber cómo me iba la vida y no se sorprendió cuando le conté lo de Trevor, pues me dijo que ya sabía de sus andanzas por el Facebook.

En cambio, él sí que me sorprendió a mí con la noticia de su viaje a Pensilvania, a no tardar mucho, para un asunto de negocios. No supo concretarme cuándo caería por allí, pero me dijo que el viaje estaba garantizado y que le gustaría verme si fuese posible.

A Pensilvania... Qué guay. Entre Nueva York y ese otro estado del nordeste de Estados Unidos, hay unas doscientas millas, o lo que es lo mismo, tres horas y pico en coche.

Tres horas y pico de ida y otras tres y pico de vuelta sumaban siete horas, prácticamente. Siete horas, más el tiempo que pasase allí con Ronald, claro está.

Ya vería cómo me lo montaba. Todavía tenía tiempo para pensarlo, pero lo que estaba claro era que no iba a desaprovechar la oportunidad de encontrarme con él.

Solo la idea ya me hacía muchísima ilusión, precisamente en esa misma época en que la apatía parecía haberse instalado en mi vida, sin visos de abandonarme.

Llegado el momento, podría hacer aquella pirueta en un día sin levantar sospechas en mi marido. Lógicamente, esta que está aquí no tenía ninguna intención de hacer nada malo con el otro.

Lo visualizaba en mi mente como un bonito reencuentro para comer en un restaurante o algo así, pero conociendo a Trevor, a ver quién era la guapa que se lo explicaba de manera que no se lo tomase a mal.

Eso sí, él podía estar paliqueando todo el día con quien le pareciera. Y yo... a callar la boquita, que lo de darle al teclado del móvil sin parar formaba parte de su trabajo, según él.

Cuando digo eso de “paliqueando”, me refiero a que mi marido se pasaba horas y horas contestando a todas esas seguidoras tuyas por Messenger, el chat de Instagram y demás.

Horas y horas, incluso de madrugada en la cama. Las redes se estaban convirtiendo en una obsesión para él, al igual que lo del adelgazamiento. Como os conté, Trevor se limitó al principio a privarse de comer lo que más suele engordar y a hacer todo el deporte que sus condiciones físicas le permitían.

Más tarde, no se conformó ya con dejar de lado el pan, las grasas, el azúcar, la fritura y todas esas cosas de las que debemos prescindir cuando toca ponerse a dieta.

Ahora bien, el problema con la gordura lo tenía él, no yo, que siempre me he mantenido en mi peso ideal (suerte mía, puesto que nunca he necesitado quitarme de nada, solo que no tengo tendencia a engordar).

Y digo que el problema era suyo y no mío porque pretendió arrastrarme a aquella majadería que le entró con la comida y ahí sí que empezamos a tener discusiones de todos los colores.

Hasta entonces, las broncas no habían tenido cabida en nuestra relación. De hecho, jamás nos habíamos acostado nunca estando enfadados, pero que ni una sola noche, lo creáis o no.

A mi marido no le gustaba que me llevase a la boca ni una simple tostada con mantequilla, por ejemplo.

—Te he dicho más de una vez que eso no es bueno, Christine —me advertía—. Si no puedes olvidarte del pan, aunque eso tampoco es sano porque es pura harina, al menos úntalo con margarina, que es más saludable para el corazón.

—Que sí, que sí, Trevor, que ya me sé el cuento. Que la mantequilla está hecha con grasas saturadas y pueden subirme el colesterol, igual que las carnes rojas también son malas para el corazón y tal y tal. Déjame desayunar tranquila y tú come lo que te dé la gana, ¿vale?

—Pero qué cabezona eres, cariño. ¡Si lo digo por tu bien! No me digas que no es mucho más sano desayunarse un par de piezas de fruta con un zumo de pomelo o una infusión.

—Vale ya, ¿eh?, que se me está quitando hasta el hambre de escucharte.

Más de una vez terminé cogiendo la bandeja y yéndome a desayunar sola en el jardín. Menos mal que no siempre



desayunábamos juntos, puesto que yo solía levantarme mucho más temprano para trabajar.

La mayoría de las tardes, al volver a casa, él no estaba allí. Andaba siempre por ahí con su amiguita de andanzas callejeras, a la que le estaba cogiendo tirria, tengo que confesarlo. En parte, por culpa de Charlotte.

Entre Trevor y Karen, habían ideado un espectáculo, cuando menos, súper vistoso, con aquel despliegue de velas LED delante de ellos, formando un semicírculo en el suelo.

Además, cada una de esas velas estaba colocada sobre un trozo de cartón con un mensaje escrito a mano.

“Tú mismo produces la magia”. “A veces, la magia está en las cosas más simples”. “El arte de vivir es magia en estado puro”. “La magia es un puente ente el mundo visible y el invisible”...

Esos son algunos de los mensajes que recuerdo y que la gente se paraba a leer con curiosidad; un buen reclamo, sí señor. Muchas personas, incluso, sacaban su móvil y les iban haciendo fotos.

De ese modo, ninguna era capaz de continuar su marcha sin echarle alguna moneda en la chistera vuelta hacia arriba. Una buena estrategia, ya lo creo que sí, como no podía ser de otra forma, viniendo del espabilado de Trevor...

desayunábamos juntos, puesto que yo solía levantarme mucho más temprano para trabajar.

La mayoría de las tardes, al volver a casa, él no estaba allí. Andaba siempre por ahí con su amiguita de andanzas callejeras, a la que le estaba cogiendo tirria, tengo que confesarlo. En parte, por culpa de Charlotte.

Entre Trevor y Karen, habían ideado un espectáculo, cuando menos, súper vistoso, con aquel despliegue de velas LED delante de ellos, formando un semicírculo en el suelo.

Además, cada una de esas velas estaba colocada sobre un trozo de cartón con un mensaje escrito a mano.

“Tú mismo produces la magia”. “A veces, la magia está en las cosas más simples”. “El arte de vivir es magia en estado puro”. “La magia es un puente ente el mundo visible y el invisible”...

Esos son algunos de los mensajes que recuerdo y que la gente se paraba a leer con curiosidad; un buen reclamo, sí señor. Muchas personas, incluso, sacaban su móvil y les iban haciendo fotos.

De ese modo, ninguna era capaz de continuar su marcha sin echarle alguna moneda en la chistera vuelta hacia arriba. Una buena estrategia, ya lo creo que sí, como no podía ser de otra forma, viniendo del espabilado de Trevor...

## Capítulo 15



Mientras mi marido andaba por ahí tan feliz, pues incluso había hecho amistad con Naked Cowboy y mostraba con orgullo en las redes un montón de fotos a su lado por las calles de Nueva York, yo iba cayendo en picado sin poderlo remediar.

A pesar de los años transcurridos, cada día me acordaba más de mi madre y, sobre todo, de Rose. Rose, mi queridísima hermana, siempre tan optimista y tan alegre... ¿qué me diría en unos momentos como aquellos, viéndome con semejante bajón?

Necesitaba hacer algo con mi vida para recuperar la ilusión, pero no sabía qué.

—¿Y no será que echas de menos la música, Chris? —me preguntó mi buen amigo Jack, en uno de esos ratos íntimos tomando café una tarde cualquiera.

—No, corazón, en absoluto. No tiene nada que ver con eso. Además, no sabes qué ha hecho Trevor para que pueda seguir cantando siempre que se me antoje.

—Uffff, con las ideas que tiene tu marido, cualquier cosa me puedo esperar ya de él. Cuenta, cuenta...

—Me ha preparado un estudio musical en casa, arriba, en lo que era esa especie de desván que estaba llenito de polvo y de trastos viejos.

—¿¡¡En serio, niña!!!? —Jack se había quedado perplejo.

—Y tan en serio. A ver si vienes un día por casa y lo ves. Ha quedado muy chulo, la verdad. Fíjate que no hacía ninguna falta, pero incluso lo ha insonorizado, pero no tengo muchas ganas de cantar, te soy sincera.

—Pues nada, habrá que ir a verlo. Cuando quieras, me paso con la guitarra y recordamos los viejos tiempos compartiendo escenario.

—Guay. Vas a flipar con todo, con la insonorización, con la alfombra tan cuqui del suelo, con los focos de

colores... ¡Ah! Y con el pedazo de micrófono que me he comprado.

—¿Y eso?

—Es un Shure, igual que el que utilizaba Freddy Mercury.

—¡Ostras, Chris! ¡Eso tiene que sonar que no veas! Pero te habrá costado un pastón, ¿no?

—Bueno, en realidad, lo he comprado de segunda mano a un músico que estaba vendiendo por internet un montón de cosas porque estaba pasando un bache económico y necesitaba cash, pero barato no ha sido tampoco. Ahora que... ya lo creo que sí, no veas cómo suena. Menuda calidad...

—Pues nada, lo dicho. Cuanto te parezca, me invitas a merendar una tarde en tu casa y nos encerramos allí arriba, a ver si así levantas un poco ese ánimo, que falta te hace.

Y tanto que me hacía falta. A nadie se le pasaba por alto que estaba entrando en una depresión de caballo. Trevor me preguntaba a menudo que qué me pasaba y no era capaz de responderle.

Lo cierto es que me fui encerrando en mí misma, sin ilusión por nada y con muchísima ansiedad. Lo malo era que en un trabajo como el mío, de cara al público, no podía permitirme el lujo de estar en ese plan.

Pero tampoco podía echar mano de antidepresivos, ansiolíticos ni cosas de esas para intentar enmendarme, puesto que esos medicamentos suelen dar sueño.

No podéis ni imaginaros cómo puede llegar a ser la gente que se te sube en un taxi. Te encuentras de todo: desde el que no para de darte conversación porque necesita desahogarse de sus problemas con cualquiera, hasta el que te advierte ya desde que te montas que no piensa pagarte ni un centavo.

Así, tal y como lo estoy contando. Ese es otro de los puntos negativos de la profesión de taxista. Y dando gracias de que todo quede ahí; en que te digan desde que se suben que les vas a llevar donde les plazca, por toda la jeta.

Ya me entendéis. Desde luego, no sería yo quien se enfrentara a nadie por un puñado de dólares...

Hablando de dinero; creo haber dejado caer en otro capítulo que Trevor se había estrenado con buen pie como artista callejero y que no le iba mal en ese sentido, de lo cual me alegré mucho.

Lo que ya no me gustó tanto fue que la gente empezara a chismorrear que entre él y Karen había algo más que una simple relación laboral. Me constaba que se conocían desde la adolescencia y que siempre habían sido muy buenos amigos, pero lo uno no quitaba lo otro.

¿Y si era verdad lo que se decía por ahí? ¿Y si andaban liados a mis espaldas? Supongo que el hecho de encontrarme tan hundida no me ayudaba tampoco a ver las cosas con claridad y que cualquier nimiedad se convertía en un mundo en mi cabeza.

Si os soy totalmente franca, ni siquiera me dolía lo que pudiera estar haciendo con ella, sino que la historia se estuviese repitiendo. Ya me puso los cuernos a base de bien una vez con la tal Rachel aquella y ahora... ¿volvía a tomarme por imbécil?

<sup>1</sup> Por ahí no estaba dispuesta a pasar. Una vez, vale, pero dos... no, hijo, no. Si quería estar con otra mujer, perfecto pero que me lo dijera de frente, y sanseacabó.

Me faltaba el valor para cogerle por banda. El valor... y las ganas, lo admito. En mi tristeza, era como si, en el fondo, todo me diese igual. Al final, fue mi amiga Maggie la que me “empujó” a hablar con la compañera de mi marido, para saber qué era lo que estaba ocurriendo verdaderamente...

—Ya sé que debería llamarla, Maggie. Lo único es que no sé con qué cara voy a plantarme delante de ella y plantearle eso.

<sup>2</sup> —¿Cómo que con qué cara? ¿Estás tonta o qué, Christine? Que yo sepa, Trevor sigue siendo tu marido hoy por hoy.

—Que sí, que sí, pero que tampoco puedo acusarla de nada, Maggie. No tengo pruebas, solo las habladurías de la gente.

<sup>3</sup> —Mira, niña, hazlo como quieras, pero habla con ella de una vez y te quedas tranquila.

Le hice caso y quedé con Karen para tomar un aperitivo a media mañana, en un bar de la zona donde vivía esa mujer que se había vuelto inseparable de mi marido.

No quise anticiparle nada por teléfono. Tan solo le dije que necesitaba hablar con ella pero que, por favor, no le comentase nada a Trevor de que la había llamado para vernos.

Me consta que se quedó muy intrigada, pero no me presionó para intentar saber de qué iba todo aquello. La noté un poco nerviosa al entrar en el bar.

<sup>4</sup> —Bueno, pues aquí estoy. ¿Pasa algo, Christine? —tenía el semblante un tanto serio.

—Aún no lo sé, pero vamos a sentarnos en esa mesa si te parece—le señalé la única que quedaba libre, al fondo

—, que estaremos más cómodas.

—Vale.

No es mi estilo andar mareando a la gente, así que fui directa al asunto. A Karen no pareció hacerle mucha gracia que le preguntase del tirón si tenía una aventura con Trevor, pero aun así, mantuvo la compostura todo el tiempo e incluso entendió que yo tuviese aquella sospecha.

—Hay una seguidora suya en el Facebook que está metiendo mucha mierda, Christine—me contó—. Supongo que ha sido ella la que ha echado a rodar el bulo, y ya sabes cómo es la gente.

—¿Y quién es esa seguidora, si se puede saber?

—Se llama Daisy Burton, pero por favor, yo no te he dicho nada, Christine. No quiero jaleos, ¿vale?

—Tranquila, pero lo que no entiendo es qué pasa con la tal Daisy esa. O sea, que no sé a qué viene que te esté calumniando a ti...

—Ay, señor mío...—Karen suspiró—. De verdad, Christine, no me gustaría tener problemas con nadie, mucho menos con Trevor, así que te ruego que no salga ni media palabra de aquí, ¿vale?

—No te preocupes lo más mínimo. Te garantizo que todo lo que hablemos quedará entre nosotras, pero quiero que me cuentes lo que sepa. ¿Acaso está liada con mi marido?

—No, no, nada de eso. Ya quisiera ella. Lo que ocurre es que como Trevor siempre suele anunciar por las redes donde va a estar cada día, Daisy no se pierde ni un show de él. Es la primera en aparecer toda emperifollada. Todavía no nos ha dado tiempo a abrir el maletín para ir colocando las cosas y... ahí está ella.

—Ya...

—Pero escúchame, Christine, que ya te digo yo que no hay nada entre ellos. Cierto que Trevor le sigue la corriente y que incluso habla bastante con ella por Messenger. Bueno... con ella y con otras pocas de mujeres, que lo sé yo, pero hasta ahí. Tu marido dice que no quiere bloquear a nadie para no coger fama de antipático ni estirado, aunque la verdad es que las hay pesaditas de narices...

—Me he dado cuenta. Está a todas horas liado con el teléfono.

—Lo sé, yo también veo la adicción que tiene al móvil, pero créeme que no tienes nada de qué preocuparte. Si tuviera algo con otra mujer, estoy segura de que sería la primera en enterarme, Christine, y créeme que no sería

capaz de ocultártelo. Trevor y yo somos muy amigos y le quiero cantidad, pero yo también soy mujer como tú, de manera que...

—Gracias, Karen —le dije de todo corazón, y es que, aunque parezca extraño, creía firmemente en sus palabras.

—No tienes nada que agradecerme. Y ya que estamos hablando en confianza, te diré también que Trevor te adora y que está muy preocupado por ti.

e—¿Preocupado? Pues quién lo diría. Cada vez está más a su bola... como pasando.

—No te lo discuto. Tu marido está todo el día dándole al coco con el tema de la magia y con crear un show más llamativo todavía, para aumentar la caja.

—Este hombre siempre ha sido igual de obseso. Como le dé por algo, ya estamos apañados.

—Pero creativo es un rato largo, eh.

—Eso también es verdad, Karen.

Hablamos de muchos otros temas como si fuésemos amigas de toda la vida y la verdad es que me sentía a gusto charlando con Karen, pero tenía que seguir trabajando. Llevábamos casi hora y media allí dentro.

e

—Bueno, pues espero haberte ayudado, Christine —nuestra cita iba llegando a su fin—. Es más, me alegro muchísimo de que me hayas llamado para aclararlo todo. No me gusta que nadie piense que tengo algo con Trevor, entre otras cosas, porque yo también tengo pareja. Pero ya ves que es inevitable que la gente hable cuando eres un personaje público, como le pasa a él. Ese es el problema, que hablan también lo que no deben.

Después de despedirme de ella, cogí a una joven mujer rubia en un paso de peatones que me hacía señas como podía, y es que la chica estaba hablando por el móvil con la mano derecha, mientras con la izquierda cargaba un cerro de bolsas de ropa y zapatos. Se veía que llevaba toda la mañana de tiendas.

eHasta que no se quitó las gafas de sol, no me di cuenta de quién se trataba: una famosísima cantante cuyo nombre prefiero omitir para preservar su intimidad.

Lo curioso del caso es que se la veía bastante azorada hablando con alguien, quizás una amiga, a quien le contaba que sospechaba que su pareja se la estaba pegando con su mánager.

“Te juro que como sea así, le arranco los ojos con un tenedor a esa desgraciada, fíjate lo que te digo” —le aseguraba a quien fuese.

Aquel último comentario, poco antes de colgar, me hizo reflexionar sobre las relaciones humanas y las actuaciones de cada persona. Qué distintos podemos llegar a ser unas de otras...

)



Aquel último comentario, poco antes de colgar, me hizo reflexionar sobre las relaciones humanas y las actuaciones de cada persona. Qué distintos podemos llegar a ser unas de otras...

## Capítulo 16



Trevor y yo apenas hacíamos ya nada juntos a esas alturas, pero parecía que él no le daba ninguna importancia a lo que estaba ocurriendo entre nosotros. Que no le daba ninguna importancia o que no era consciente de que nuestro matrimonio se iba a pique, ensimismado como estaba totalmente con sus cosas y el mariposeo con sus fans.

Yo intuía el desenlace de nuestra historia y me encontraba fatal, hundida, y no paraba de adelgazar y adelgazar, al punto de que hasta llegaron a preguntarme si estaba enferma. Era mi amiga Maggie, que en los últimos tiempos estaba más pendiente que nunca de mí.

—¿Pero estás comiendo bien, Christine? Te estás quedando como un pajarito, nena. Mira cómo se te marcan los huesos de las caderas—al decirlo, me puso allí mismo las manos.

—Claro que estoy comiendo, si no...ya me contarás tú.

—Habría que verte, chica, pero lo único que te digo es que no puedes seguir así. Ve al médico, que te haga una analítica para ver si tienes anemia... o que te recomiende algún complejo vitamínico, yo que sé... Tienes muy mala cara, Christine, te lo digo en serio.

Lo sabía. Me miraba en el espejo y me veía muy demacrada, con el rostro muy pálido, las ojeras hasta los pies y los ojos como muertos, sin brillo ninguno.

Dicen que la cara es el reflejo del alma y la mía solo mostraba esa desazón que me estaba devorando por dentro. No tenía ninguna enfermedad, o eso quería pensar, pero la cabeza no me daba para más. Me iba a estallar en cualquier momento.

¿La razón? Quería muchísimo a mi marido, pero ya no estaba enamorada de él. Quizás necesitara darme un respiro quitándome de en medio un par de días o tres con alguna de mis amigas. A veces, las cosas se ven mejor desde la perspectiva de la distancia.

—Maggie...

—Dime.

—Cambiando de tema... ¿Tú no podrías cogerte un par de días libres? —le pregunté, tanteando el terreno.

—¿Un par de días libres para qué, Christine?

—Para hacernos una escapadita por ahí.

—¿Una escapadita? ¿He escuchado bien?

—Perfectamente.

—¿Y se puede saber qué es lo que tienes pensado exactamente? O sea, que a dónde iríamos.

—No tengo ni idea, Maggie. Llevo unos cuantos días pensando que me vendría bien desconectar de todo, pero aún no tengo nada decidido.

—Fijo que te vendría genial. A ver... yo puedo pedirme un viernes en el trabajo y así empalmo con el fin de semana. ¿Sería suficiente o tú quieres pasarte más tiempo por ahí?

—No, no, con tres días estará bien—le aseguré.

—Ahora digo yo, Christine. ¿Y si se lo propones también a Charlotte? Seguro que ella tampoco tiene ningún problema en cogerse un viernes libre. Bueno, quien dice un viernes, dice un lunes. Lo mismo da, ¿no?

—Exacto. Y se lo pensaba decir a Charlotte también, descuida. Sería la bomba poder escaparnos las tres. Ya te digo que todavía no tengo nada mirado, pero me encantaría ir a la playa, zambullirme en el mar y luego tirarme en la arena con los ojos cerrados y no pensar en nada. Uff qué faltita me hace, por favor...

—Ni que lo jures. Según lo dices, te cambia la cara por completo.

—¿Cuento contigo entonces, Maggie?

—¿Lo dudas, nena? —mi amiga me hizo un guiño de complicidad total.

—Noooo. Ya solo queda que Charlotte no tenga ningún problema tampoco.

—¿Qué problema ni qué niño muerto va a tener esa, Christine? ¡Si vive mejor que quiere! Anda, no seas tan

negativa, que menuda rachita llevas. Y te lo advierto desde ya, ¿eh?, no quiero verte ni una lágrima más cuando estemos por ahí.

—Lo intentaré.

—No. Lo intentaré, no. O me prometes que vas a dejar los llantos aquí o no voy contigo a ninguna parte.

—Vaaale—le sonreí levemente.

Maggie era una excelente amiga, al igual que Charlotte, aunque parecían polos opuestos.

Quince días más tarde, íbamos las tres en mi coche, rumbo a las playas de Long Island.

Entre la ciudad de Nueva York y aquella isla, la más grande del estado, no hay mucha distancia por carretera. En una hora y media aproximadamente te plantas allí. Tampoco había ninguna necesidad de ir más lejos, tratándose de lo que se trataba.

Recuerdo que mis dos compañeras de viaje iban locas de contentas por el camino, cantando por Rihanna a todo pulmón y sacando la cabeza por la ventanilla del coche, como un par de adolescentes excitadas.

En cuanto a Trevor, no se lo tomó muy bien. Ni mal. Me explico. En principio le chocó el plan, y es que decía que no entendía cómo podía estar tan depresiva e ilusionada a la vez, con irme por ahí “de cachondeo” (palabras tuyas) con mis amigas.

Pero por otra parte reconoció que si eso me ayudaba a recargar pilas...pues que adelante. Y allá que fuimos.

Long Island es uno de los lugares favoritos de la gente neoyorkina para escapar del caos de la ciudad; un remanso de paz que cuenta con rincones pintorescos, magníficas bodegas para el disfrute de los amantes del buen vino y unas playas fantásticas, que era lo que más nos atraía a nosotras. Sol, arena y mar... como dice la canción de Luis Miguel.

Quizás os estéis preguntando qué había sido de Ronald, si había desaparecido de la escena o si continuábamos en contacto. Pues tengo que deciros que esto último.

A raíz de aquella conversación propiciada por su felicitación navideña, lo nuestro se convirtió ya en algo irrefrenable. Hablábamos por teléfono con bastante frecuencia y nuestras conversaciones eran más acarameladas cada vez.

Fue precisamente en esos días que pasé en Long Island cuando me anunció que al mes siguiente caería al fin por

Pensilvania, para entrevistarse personalmente con no sé quién; alguien con quien quería contar para un programa televisivo.

—¿Podré verte, Christine? —su voz sonaba más bien a súplica.

—Sabes que voy a hacer todo lo posible, Ronald.

—Y tú sabes que lo estoy deseando, pero tampoco quisiera causarte más problemas con tu marido.

—No te preocupes por eso. Ya veré cómo me las apañó —le contesté, convencida de que tendría que hundirse el mundo para no vernos.

A esas alturas, aquel hombre ya estaba muy metido en mi corazón. Bien sabe Dios que había intentado por activa y por pasiva mantenerlo alejado de mi vida, pero no lo conseguía de ningún modo. Cuando no era él quien reaparecía, era yo la que daba el paso cogiendo el teléfono.

Y ahora, al cabo de los años... me quedaba nada y menos para tenerlo frente a frente otra vez. Estaba atacada de los nervios, puesto que, además, Trevor empezaba a olerse algo.

En alguna que otra ocasión me preguntó si estaba así de distante porque había alguien más, lo cual yo negaba por sistema. Y ya metidos en faena, le recordaba que él también vivía a su aire desde hacía tiempo.

Lo reconozco: fui muy cobarde y no lo estaba haciendo bien con mi marido, pero él tampoco es que estuviese muy interesado en tratar de reflotar lo nuestro.

“The king of magic” se había convertido en un personaje muy popular y aplaudido, cosa que a él le ponía más ancho que largo. Eso de “más ancho que largo” es un decir, claro está, pues lo cierto es que Trevor, a base de mucho esfuerzo y constancia, había conseguido su objetivo de volver a tener el tipo de sus veinte años.

Mejor aún, porque en aquel entonces apenas practicaba deporte; algo de fútbol y poco más. En cambio, en su obsesión por bajar esos cuarenta y tantos kilos sobrantes sin quedarse como un globo deshinchado, con los pellejos colgándole por todas partes, se hartaba a diario de correr, montar en bici y, sobre todo, hacer pesas.

Imaginaros los pectorales y los pedazo de brazos que tenía; los mismos que no paraba de exhibir en las redes para suscitar todo tipo de comentarios por parte de sus féminas. Se estaba volviendo demasiado engreído, como decía Charlotte.

Y tanto que sí, pero yo ya no le decía nada, porque parecía que cuanto más le decía, peor lo hacía. Aparte, bastante tenía con lo mío; no paraba de darle vueltas a lo de Pensilvania.

Ya no me conformaba con eso de ir y volver en el día. Sabía que se me iba a hacer muy corto ese rato con Ronald de modo que tenía que pensar en una buena excusa para quitarme nuevamente de casa, al menos durante un par de días.

—Yo que tú no me andaba con tonterías, Christine—Charlotte, de nuevo, hacía de diablillo hablándome en la oreja.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Que le cuente que me marcho de casa dos días para verme con Ronald? ¿Estás loca?

—Tampoco tienes que decirle eso exactamente, tan solo que te vas otra vez porque lo necesitas, solo que ahora piensas irte sola.

—No sé si eso va a colar...

—¿Y por qué no? Tú piensa que los demás no tenemos por qué estar siempre disponibles... Además, mejor eso a que le digas que nos vamos juntas otra vez y, por unas malas, nos vea a Maggie o a mí por cualquier parte, que ya sabes que basta que no quieras encontrarte con alguien...

—Lo sé, pero... uff, qué agobio, de verdad—se me empezaron a saltar las lágrimas.

—No, no, no, ¡eh! No vayamos a empezar otra vez con los llantos, Christine, hazme el favor.

y

En eso se había convertido mi vida; estar a todas horas como un alma en pena. Mi única motivación era hablar con Ronald, daba igual de lo que fuese.

En su voz al otro lado del teléfono encontraba el sosiego que no hallaba ya de ninguna forma en el majarón de Trevor. A él sí que se le estaba yendo la chaveta con tanta magia y tantas velas, por no hablar del rollito que se traía con unas y otras.

—Con lo que tú vales, Chris... No entiendo a tu marido, te lo juro—ahora era Jack quien me “pinchaba”.

—No, no valgo nada, Jack. No lo estoy haciendo bien. No puedo más con todo esto.

—¡Eh! Mírame. No quiero escuchar más chorradas, ¿vale? Lo que quiero decirte es que tú eres una mujer muy bonita, buena, trabajadora, que canta como los ángeles... ¿qué más quiere el payaso ese?

<sup>e</sup>No pude evitar reírme con esa forma de referirse a Trevor, aunque no la mía no era una risa normal, sino una especie de risita histérica. Reír por no llorar, como se suele decir, y es que me estaba volviendo loca, literalmente.

, Al final, no me quedó más remedio que seguir el consejo de Charlotte, es decir, explicarle a mi marido que pensaba cogerme otra vez un par de días de descanso para airearme.

Lo único que no le dije es que pensaba largarme a Pensilvania, sino a Cooper's Beach, en Southampton, para tomar el sol en aquellas paradisíacas playas de arenas blancas. Eso sería más creíble.

Y no, no penséis que en ningún momento se le encendió la luz y dijo: voy a proponerle a mi mujer irme con ella. Nada de eso..., y menos mal, porque me hubiese puesto en un serio aprieto, teniéndole que pedir que me dejase respirar tranquila.

—Tú verás, chica—se limitó a contestarme al saber que me iba de nuevo.

—Trevor...

—¿Qué?

—No, nada...

—Algo ibas a decir, Christine.

—Sí, pero da igual.

<sup>1</sup>—No. Te dará igual a ti. Ya estoy harto de tanto misterio. ¿Me lo vas a decir o qué?

—Sí, que muchas gracias por tu comprensión —fueron mis últimas palabras, antes de darme la vuelta y dejarle allí solo en el salón.

Acababa de mentirle como una villana, por no soltarle lo que estuve a punto de pedirle: que cuando me marchase esa vez, no estuviese controlándome con el móvil. Que cuando le decía que necesitaba irme para desconectar, eso implicaba también el poner el teléfono en modo avión y no tener contacto con nadie.

Pero no tuve valor y me lo callé en el último minuto. Tiempo tendría de decírselo, llegado el momento de marcharme...





## Capítulo 17



Había quedado con Ronald en recogerle en el aeropuerto de Harrisburg. Su vuelo llegaba a las nueve de la mañana, por lo que tuve que salir bastante temprano de casa, dejando a Trevor en la cama, dormido como un tronco.

Los días previos los pasé afinando hasta el último detalle para no dejar ni un cabo suelto. Tenía verdadero pánico a que se enterase de la realidad; que no pensaba estar sola, sino que iba a ventilarme por ahí con mi ex jefe.

Hice la maleta un par de días antes, en uno de esos ratos en que él no se encontraba en casa, y la guardé en el pequeño trastero de debajo de la escalera, hasta el momento de agarrarla para meterla en el maletero y coger el pescante.

En ella llevaba mis mejores “galas”, incluyendo una botas altas, monísimas de la muerte y un precioso vestido corto que aún no había estrenado, con estampado de animal print.

Había reservado una habitación individual en el Motto by Hilton de Filadelfia, el mismo fabuloso hotel de cuatro estrellas donde Ronald iba a alojarse, y es que allí precisamente, o sea, en Filadelfia tenía su cita a mediodía.

Nada más aparcar el coche, le envié un corto wasap a Trevor.

—Acabo de llegar a Harrisburg. Todo bien —le anuncié, saldando así su petición de que le informara de mi llegada.

—Ok—fue lo que recibí por toda respuesta.

—Trevor...

—¿Sí?

—Voy a dejar el móvil en modo avión, quiero desconectar de todo...

—Muy bien.

Eso fue lo único que hablamos. Máxima frialdad, y es que el tema estaba ya muy mal entre nosotros, pero tuve que apartarlo de mi pensamiento para intentar levantar un poco el ánimo antes de que apareciese mi antiguo jefe.

Recuerdo perfectamente mi estado de nerviosismo, paseando por todos los pasillos del aeropuerto, a la espera de que aterrizase su avión. No paraba de mirar el reloj.

Fiel a mi modo de ser, no es que hubiese llegado puntual, sino con tiempo de sobra, en mi afán por que nunca tengan que esperarme. Prefiero que sea a la inversa, en tal caso. Cada uno es como es.

Cuando al fin se abrieron las puertecillas por las que entran los pasajeros que acaban de aterrizar, le busqué ansiosa entre aquel mogollón de gente; unos arrastrando sus equipajes de mano y otros, pendientes de la cinta transportadora para recoger sus maletones.

Para colmo de mis nervios, fue de los últimos en aparecer. Venía vestido con pantalón y camisa vaquera con los dos botones de arriba desabrochados, americana beige de sport y gafas de sol negras.

Aun sin ser un hombre nada del otro mundo físicamente, ¡qué guapo le vieron mis ojos! Ronald tiraba de su maletín de cabina y se quitó las gafas, buscándome entre aquel otro puñado de gente que esperábamos a los recién llegados.

Al verme, apuró el paso y hasta soltó allí en medio su maletita negra. Vino corriendo hacia mí y me cogió en brazos, dándome vueltas por los aires.

—¡Christine! ¡Mi niña bonita! —no paraba de decirme, mientras yo le abrazaba con todas mis ganas.

No cabía en mí de gozo.

—¿Qué tal el vuelo? —le pregunté sonriendo feliz, cuando al fin me soltó.

—Bien, bien, gracias. ¿Y tú? ¿Llevas mucho tiempo esperando aquí?

—Bah, un ratillo—le contesté como el que no quiere la cosa.

Sin embargo, sentí que se me subían los colores a la cara de repente. Sí, por absurdo que os suene, estaba como un poco cortada, no sé explicarlo. Tanto tiempo deseando aquello y ahora...

Ronald debió darse cuenta.

—Heeyyyy. ¿Qué pasa, chica? Te has puesto colorada como un tomate. Qué graciosa, jejeje.

—Nada, nada—le contesté, mordisqueándome los nudillos—. ¿Vamos? Estoy como loca por sentarme a tomarme un café en cualquier parte.

—Buena idea. Yo tampoco he desayunado.

Terminamos entrando en un elegante bar-restaurant, dentro un centro comercial de Harrisburg. Eran las nueve y pico de la mañana. Ronald había quedado a la una del día, por lo que todavía pudimos hacer el check-in en el hotel antes de despedirnos.

Quedamos en que me llamaría en cuanto acabase, para almorzar juntos. A partir de ahí, todo el tiempo sería ya para nosotros dos.

El día se me hizo cortísimo estando con él, pero no quiero adelantarme con mi relato. Vamos punto por punto...

Ronald acabó con sus gestiones cerca de las tres de la tarde y nos quedamos a comer allí mismo, en uno de los mejores restaurantes de Filadelfia, la célebre ciudad pensilvana en que se firmara la Declaración de Independencia de los EEUU.

Fue un almuerzo de lo más emotivo, durante el cual me cogió más de una vez las manos sobre el mantel, mirándome a los ojos con ternura indescriptible.

Hablamos de todo un poco, como es natural, incluso del resultado de aquella entrevista que le había llevado hasta allí.

—¿Qué te apetece hacer ahora? —me preguntó cuando estábamos terminándonos los postres.

—Me da lo mismo. Lo que te apetezca a ti.

—Veamos. ¿Le apetece dar un paseo por South Street, señorita?

—¿Dónde es eso? —quise saber, y es que no tenía yo muchas ganas de andar que digamos. Estaba un pelín cansada de andar subida en aquellas botas.

1

—No lo sé exactamente, pero no debe estar lejos de aquí.

—Vale.

—Según dicen, merece darse una vuelta por allí. Parece ser que es una zona de ambiente alternativo y bohemio, con todo tipo de bares, tiendas y galerías —me fue explicando—. Además, tiene unos jardines muy chulos, hecho con cerámica y mosaicos. Lo vi en internet. Magic Gardens, creo que se llama...

Magic Gardens... ¡No podía tener otro nombre, vaya! A cuenta de eso, se me vino Trevor al pensamiento sin poder evitarlo. ¿Qué andaría haciendo? ¿Qué pasaría por su cabeza? ¿Con qué cara me recibiría a la vuelta?

—Eh, Christine—Ronald tuvo que chasquear los dedos delante de mis narices para sacarme de mi abstracción—. ¿Dónde estás? ¿Te has quedado como pillada?

—Perdona—me disculpé—. Venga, vamos allá...

Así fuimos pasando la tarde de un lado a otro; una chispa cansados, pero animados a más no poder, cogidos de la mano como cualquier pareja y sin parar de reír, hasta por una mosca que pasase a nuestro lado.

A la hora de la cena, preferimos volver al hotel, en cuyo acogedor restaurante ofrecían cocina mexicana. En la misma puerta, el tejano consiguió arrancarme otra carcajada.

1

—¿Me imaginas con un sombrero de esos de colores, en plan mariachi, Christine? —se colocó los dedos índices por debajo de la nariz, a modo de largos bigotes y entornó un poco los ojos.

Me eché a reír con la ocurrencia.

—Sería para verte, vamos. JAJAJAJA. ¡Pancho Villa!

—¡Ándale, mejicanita mía! Entremos de una vez, ¡qué chido es esto!

Tenía gracia a espueetas. Era para verlo imitando a los mejicanos. Y en cualquiera de sus facetas, porque Ronald era un hombre de lo más completo, con una educación exquisita también (creo haberlo dicho ya), que volvió a demostrar una vez más, con el trato al personal del restaurante.

Cuando acabamos la cena, llegó el momento clave, por llamarlo de algún modo. Para ser totalmente sincera, diré que estaba deseando pasar la noche con él, pero por otro lado, la conciencia me lo impedía. No hubiera sido yo quien me atreviese a insinuárselo, desde luego. Me faltaba el valor.

Fue Ronald, mientras tomábamos un chupito, quien me propuso sutilmente que me quedase con él en su habitación. Ahí ya no hubo más que pensar. Me lie la manta a la cabeza y le acompañé hasta su espaciosa habitación, tipo estudio, con cama queen.

Recordándolo, se me vuelven a poner los vellos como escarpías.

s

Nada más entrar, se dirigió al minibar y sacó una botella de Moët & Chandon.

—¿Te apetece una copa, Christine? —me preguntó, agarrándola por el cuello.

—Sí, gracias —casi ni me salía la voz del cuerpo.

Ronald retiró con cuidado el precinto, aflojó el alambre y desenroscó suavemente el corcho.

La escena se me antojó de lo más sensual. Le contemplaba embelesada. Como todo lo hiciera del mismo modo... pensé.

Mi acompañante llenó un par de copas hasta algo más de la mitad y me ofreció una de ellas.

—Por ti —dije alzándola y clavándole la mirada.

—Por nosotros, Christine.

El sonido del choque del vidrio fue el pistoletazo de salida para nuestro particular homenaje entre aquellas paredes.

Después de darle un trago cada uno al champán, Ronald soltó su copa en la mesilla, me quitó la mía y rodeó mi cara con sus manos, acariciándome los pómulos delicadamente con la yema de los dedos.

Sin mediar palabra, empezó a besarme con una dulzura que ya había previsto en mi mente. Temblorosa como un flan de gelatina, cerré los ojos y me dejé llevar por la pasión de aquellos besos con los que llevaba tiempo soñando, no puedo negarlo.

Esos besos clandestinos, el mejor bálsamo para mis heridas, me desataron por completo, y ya no hubo temor ni rastro de vergüenza que valiese en esta que está aquí.

Ronald me tenía “apresada” contra la pared, por lo que me acomodé apoyando la espalda en ella y le rodeé la espalda con mis brazos. Levanté la pierna derecha pasándosela por las nalgas, atrayéndole hacia mí.

Supongo que eso fue lo que terminó de encenderle también a él, que agarró con una de sus manos mi muslo semidesnudo y con la otra me desabrochó el los botones del vestido.

A continuación, me lo bajó por los hombros, dejándomelo caer hasta la cintura y descubriendo mis pechos al desnudo. Fue la guinda del pastel para Ronald.

Se agachó ligeramente para lamer con la punta de la lengua mis pezones, que al sentir el calor, se endurecieron como piedras.

—Eres una diosa, Christine, era una auténtica diosa —murmuraba.

No. No lo era, pero así me hacía sentir él en la intimidad de aquel dormitorio en penumbras, recorriendo mi cuerpo palmo a palmo y provocando con su lengua y con sus dedos una humedad en mi interior que hacía mucho no sentía.

Ronald me tumbó en el borde de la cama con la misma sensibilidad, como si fuera yo una muñeca de porcelana que pudiera romperse, y se arrodilló ante mí.

Terminó de quitarme el vestido, separó mis muslos y hundió su cabeza entre ellos sin ni siquiera molestarse en quitarme el minúsculo tanga de encaje, negro y granate.

Con el tanga puesto... era de lo más excitante que había experimentado en toda mi vida. Cuando al fin me penetró, entendí muchas cosas y di gracias en silencio al universo por estar viviendo todo aquello.

Perdonadme nuevamente si no soy capaz de dar más detalles de semejante episodio, pero ya os adelanté que cuando trato de describir estas cosas se me retrae la pluma.

Ya podéis imaginaros cómo fue el resto del tiempo. Era como estar viviendo una luna de piel, con la sustancial diferencia de que ni estaba casada con ese hombre ni habría de durar mucho aquella situación idílica, con los minutos tan contados...

A continuación, me lo bajó por los hombros, dejándomelo caer hasta la cintura y descubriendo mis pechos al desnudo. Fue la guinda del pastel para Ronald.

Se agachó ligeramente para lamer con la punta de la lengua mis pezones, que al sentir el calor, se endurecieron como piedras.

—Eres una diosa, Christine, era una auténtica diosa —murmuraba.

No. No lo era, pero así me hacía sentir él en la intimidad de aquel dormitorio en penumbras, recorriendo mi cuerpo palmo a palmo y provocando con su lengua y con sus dedos una humedad en mi interior que hacía mucho no sentía.

Ronald me tumbó en el borde de la cama con la misma sensibilidad, como si fuera yo una muñeca de porcelana que pudiera romperse, y se arrodilló ante mí.

Terminó de quitarme el vestido, separó mis muslos y hundió su cabeza entre ellos sin ni siquiera molestarse en quitarme el minúsculo tanga de encaje, negro y granate.

Con el tanga puesto... era de lo más excitante que había experimentado en toda mi vida. Cuando al fin me penetró, entendí muchas cosas y di gracias en silencio al universo por estar viviendo todo aquello.

Perdonadme nuevamente si no soy capaz de dar más detalles de semejante episodio, pero ya os adelanté que cuando trato de describir estas cosas se me retrae la pluma.

Ya podéis imaginaros cómo fue el resto del tiempo. Era como estar viviendo una luna de piel, con la sustancial diferencia de que ni estaba casada con ese hombre ni habría de durar mucho aquella situación idílica, con los minutos tan contados...

## Capítulo 18



Huelga decir cuán doloroso me resultó el camino de regreso a Nueva York, habiendo dejado a Ronald en el aeropuerto, tras la barrera del control policial.

Los últimos minutos los pasamos abrazados y con el ánimo por los suelos. Recuerdo con qué mimo me acariciaba la nuca. Quién hubiese podido parar las manecillas del reloj en ese instante...

—Te necesito en mi vida, Christine. No me voy a cansar de esperarte—me dijo al oído.

—No puede ser, Ronald, sabes que no puede ser...

Con esas últimas palabras que cruzáramos y un fogoso último beso de despedida, encaminé mis pasos hacia el aparcamiento, con los ojos encharcados por las lágrimas.

Tenía que volver a casa con Trevor, a mi rutina y, para colmo de mis penas, cargando en el alma el pesadísimo complejo de pecadora. Salí de los aparcamientos y cogí la carretera a toda pastilla, pisando el acelerador a fondo como si huyera del mismísimo demonio; un gran error por mi parte.

Por si no tuviera bastante con lo que llevaba encima, me pilló una tormenta espantosa cuando apenas llevaría quince minutos de trayecto. El limpiaparabrisas no daba abasto apartando agua de la luna delantera de mi coche.

Oscurecía ya a esas horas. No se veía un pimiento y me estaba entrando una angustia de órdago. Era una temeridad conducir en aquellas circunstancias, por lo que tuve que reducir la velocidad al máximo.

En cambio, cuando la tormenta fue remitiendo, hice lo contrario. O sea, volví a pisar a fondo el acelerador, en mi deseo de llegar a casa cuanto antes porque no me fiaba del tiempo. No quería que me fuese a sorprender otra tromba de agua tan descomunal como la que acababa de caer.

Era noche cerrada ya cuando caí por casa. Pensaba que Trevor andaría por ahí porque las luces estaban apagadas, pero al entrar vi que se encontraba en la cocina, al fondo del pasillo, haciendo un directo para el Facebook con su móvil.



—Chicos, chicas, y aquí tenéis a la desaparecida en combate—dijo al verme aparecer por la puerta con la maleta.

No tuve claro si eso de “la desaparecida en combate” lo dijo de buen rollo o con retintín. Fuese como fuese, le saludé con la mano para no interrumpir, pero mi maridito no se conformó con ese simple gesto mío. Se vino con el móvil hacia mí y me lo puso de frente para que me viera la cara todo el mundo.

—A ver, Christine, saluda a nuestros fans que nos están viendo...

Me entró veneno por el cuerpo, y es que le había dicho una y mil veces que yo no quería participar en sus asuntos de ninguna de las maneras, que eso era algo que no iba conmigo.

Pero claro, no era plan de armarla ahí en pleno directo, así que no me quedó otra que volver a saludar levantando la mano, al igual que acababa de hacerle a él, y poner una sonrisita que, más cínica, imposible.

Debió darse cuenta de que me había molestado y no tardó en cortar el directo.

—No sé cuántas veces voy a tener que repetirte que no me gustan nada estas cosas, Trevor—le recriminé.

—Joder, qué alegría, chica. Menuda entrada. Pues sí que te ha sentado bien a ti la playa. ¿Algún problema?

—Ninguno —así de cortante fui.

¿Para qué seguir porfiando con él? Trevor siempre tenía la razón. Él era la mar de simpático con todo el mundo y yo era la arisca de turno. Me consta que me iba vendiendo por ahí de esa forma; como que me había vuelto más rara que un perro verde, poco sociable, una mujer muy fría... En fin, un gusto.

Mi marido estuvo haciéndome bastantes preguntas sobre el viaje, supongo que andaba tratando de pillarme en un renuncio, en alguna contradicción, pero no lo consiguió.

—¿Se puede saber a qué viene tanto interrogatorio? —terminé preguntándole yo a él, un tanto cabreada.

—No creo que tenga nada de malo que quiera saber qué ha estado haciendo mi mujer por ahí. ¿No? ¿O sí?

Me lo soltó con una expresión que bien le conocía y no me gustaba ni un pelo. Sabía perfectamente lo que estaba pasando por su cabeza, pero no tenía ninguna gana de seguir escuchándole.

—¿Sabes? Lo que pasa en Cooper's Beach se queda en Cooper's Beach.

Esa fue mi salida, recordando aquello de “lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas”, la famosa expresión que formaba parte de una campaña de publicidad para promover el turismo en Nevada.

Sé que me pasé tres pueblos contestándole de tal forma, lo admito. Fue de una chulería enorme, pero estaba de ¡muy mal humor y lo dije sin medir las consecuencias.

Tan solo pretendía zanjar la conversación cuanto antes. Quería encerrarme en el baño para ducharme, pero mi marido no estaba por la labor...

—¡Ah, mira! ¡Eso está muy bien! Lo que pasa en Cooper’s Beach se queda en Cooper’s Beach... ¡Cuando te parezca, me cuentas de una puñetera vez con quién estás! —esas fueron sus palabras exactas.

—Bueno, bueno, bueno... ¿Ya vamos a empezar con lo mismo de siempre? No estoy con nadie, ¡¿te enteras?! ¡Ya está bien, eh! —le grité.

—¡Y tanto que ya está bien! Te voy a decir una cosa, Christine. Si soy yo el problema en tu vida, por mí no te preocupes. Ahí está la puerta...

Trevor hizo un gesto con la cabeza, señalándome el portón de entrada de nuestra casa.

Ya no le contesté nada. Me estaba diciendo alto y claro que cuando me pareciera, me fuese de allí. Sé que me lo merecía. Me merecía que me dijera eso y mucho más, pero me dolió en el alma.

Yo quería a Trevor. Y le quería mucho más de lo que pueda parecer, en vista de lo que estaba haciendo por detrás solo que, como ya he explicado también, se había perdido toda la magia entre nosotros. La magia... esa palabra me va a perseguir toda la vida.

Ya no le veía como hay que ver a la pareja para que la relación funcione. No sé en qué momento de mi vida empecé a desencantarme de él, pero lo cierto es que había entrado en una espiral de desilusión de la cual difícilmente podría escapar ya.

Diréis que, quizás, de no existir Ronald, las cosas entre nosotros podrían haberse solucionado, pero lo dudo.

Mi marido y yo teníamos una economía saneada, una casa preciosa, buenos amigos, salud... sí, y todo eso está muy bien. Sin embargo, para mí, no contaba nada. Estaba deprimida como nunca y no le veía ningún sentido a la vida.

Por una parte, necesitaba escapar de aquella cárcel de oro, y conste que no era con la intención de salir corriendo del tirón a los brazos de Ronald (hubiera sido una locura total). Pero por otra, no podía abandonar a Trevor.

A pesar de todo, me quería muchísimo y yo sabía que si le dejaba, le iba a destrozar por completo. Mi marido era de ese tipo de hombres que no saben vivir sin una mujer a su lado, a pesar de que llevásemos tiempo como haciendo vidas independientes.

Trevor me necesitaba, lo sabía, y no es que lo diga yo sola. A todo el mundo se lo contaba: que él no era nadie sin mí, que si yo me apartar de su vida, se sentiría perdido.

No. No podía hacerle eso. Me faltaba valor para dejarle tirado como una colilla, después de tantos años juntos. Tenía que hacer algo. Tenía que buscar una ilusión, algo a lo que agarrarme para seguir adelante, como hacen tantos y tantos matrimonios por simple comodidad ya, pero no sabía por dónde tirar.

A su vez, él, que empezaba a tomar conciencia de la gravedad de nuestra situación, se puso en campaña para intentar “reconquistarme”.

—Cariño, ¿qué te parece si hacemos una fiestecita en el estudio este fin de semana? —me propuso un par de días después de volver del viaje.

—¿Fiestecita cómo, Trevor?

—Estaba pensando que invites a venir a tu tu gente, a tus amigas, a Jack, a quien te dé la gana...

—Con Jack precisamente, tengo pendiente una “jam sesión” ahí arriba. Me dijo que podría venir una tarde con su guitarra para ver el estudio.

—Claro que sí. Podemos comprar unos pastelitos, frutos secos... en fin, tú sabes, un tapeo a modo de merienda-cena. Estaba pensando en que también podría venir Karen con Joseph, si te parece.

—Vale, por mí no hay ningún problema. Le diré a Jack que hable con el resto del grupo, por si quiere venir alguno más. Y llamaré a Maggie y a Charlotte. Seguro que les va a gustar la idea.

—Muy bien. Quiero que te animes un poco, Christine. No puedo verte así, todo el día como un alma en pena. Te estás quedando en los huesos. Apenas comes, no duermes... Creo que te también necesitarías que te viese un psicólogo.

Eso último ya lo tenía yo previsto. De hecho, había concertado cita para la semana siguiente con uno que me habían recomendado. No podía seguir como estaba, por mi salud mental... y física.

Y llegó la tarde del domingo. Trevor y yo le habíamos dado una buena tunda al estudio para dejarlo a punto, un

estudio que tenía metros como para montar en bicicleta. Vamos, que no era un tabuco.

Lavamos los cojines de colores de las sillas de colores, aspiramos bien la alfombra, cambiamos un par de bombillas que se habían fundido, preparamos algunas mesitas auxiliares con las bandejas del picoteo... No nos faltó un detalle para nuestros invitados.

A eso de las siete de la tarde, fueron llegando unos y otros. Jack había hablado con los chicos de su banda y se trajo al bajista y al teclista, que vino con un teclado de escenario.

El único que faltó fue Tom, el batería, que andaba con un gripazo bien pillado y tenía fiebre, al parecer. Karen venía guapísima y muy contenta con su chico. Mis amigas también se presentaron en casa la mar de monas ellas y con muchas ganas de juerga.

—Ea, ya estamos todos. Vamos para arriba, señores...—dijo Maggie haciendo sonar las palmas, como si fuese la maestra de ceremonia.

—¡Vamos allá! —Jack parecía muy entusiasmado también.

Pasamos una tarde bastante animada, la verdad. Comimos, bebimos todo lo que nos pareció, reímos, nos hicimos un montón de fotos... y nos hartamos de cantar, sobre todo yo. Hacía mucho tiempo que no sacaba el micrófono. Incluso brindamos con champán en mitad del sarao, por iniciativa de Trevor.

—Por nosotros—levantó su copa—. Por muchos más ratos como este.

—Por nosotros—dijimos los demás, casi al unísono.

Se irían cerca de las dos de la madrugada y lo hicieron dejándonos un muy buen sabor de boca...

estudio que tenía metros como para montar en bicicleta. Vamos, que no era un tabuco.

Lavamos los cojines de colores de las sillas de colores, aspiramos bien la alfombra, cambiamos un par de bombillas que se habían fundido, preparamos algunas mesitas auxiliares con las bandejas del picoteo... No nos faltó un detalle para nuestros invitados.

A eso de las siete de la tarde, fueron llegando unos y otros. Jack había hablado con los chicos de su banda y se trajo al bajista y al teclista, que vino con un teclado de escenario.

El único que faltó fue Tom, el batería, que andaba con un gripazo bien pillado y tenía fiebre, al parecer. Karen venía guapísima y muy contenta con su chico. Mis amigas también se presentaron en casa la mar de monas ellas y con muchas ganas de juerga.

—Ea, ya estamos todos. Vamos para arriba, señores...—dijo Maggie haciendo sonar las palmas, como si fuese la maestra de ceremonia.

—¡Vamos allá! —Jack parecía muy entusiasmado también.

Pasamos una tarde bastante animada, la verdad. Comimos, bebimos todo lo que nos pareció, reímos, nos hicimos un montón de fotos... y nos hartamos de cantar, sobre todo yo. Hacía mucho tiempo que no sacaba el micrófono. Incluso brindamos con champán en mitad del sarao, por iniciativa de Trevor.

—Por nosotros—levantó su copa—. Por muchos más ratos como este.

—Por nosotros—dijimos los demás, casi al unísono.

Se irían cerca de las dos de la madrugada y lo hicieron dejándonos un muy buen sabor de boca...

## Capítulo 19



Los días siguientes fueron más “normales” entre nosotros, aunque mi cabeza no había vuelto todavía de Pensilvania. Ya no podía seguir negándolo ni engañándome a mí misma; estaba enamorada hasta el tuétano de Ronald.

Pese a todo, hice lo posible y lo imposible para disimular en casa lo que tenía en mi interior. Continué, como siempre, llevando clientes a diario de un lado a otro de Nueva York en mi taxi.

Ese trabajo era un buen aliado para no estar pensando constantemente en el tejano, y es que tienes que tener puestos los cinco sentidos en la conducción, máxime en una ciudad como aquella. Ahí sí que no puedes andarte con historias.

Trevor, viéndome “más relajada”, quiso aprovechar el filón y empezó a estar más encima de mí. Quería que pasásemos más tiempo juntos, por lo que me pidió que le acompañase alguna vez a sus shows callejeros, me llevó varias veces a merendar, al cine, a cenar a buenos restaurante...

Estaba desesperado y no sabía ya qué hacer para contentarme. Yo le agradecía todo aquello. Lo que no podía decirle era que, con todas esas “atenciones”, lo que estaba consiguiendo era justamente lo contrario.

Me agobiaba muchísimo porque me costaba la misma vida tener que arreglarme y poner buena cara para andar por ahí con él, cuando en realidad mi pensamiento estaba a miles de kilómetros de distancia y lo que el cuerpo me pedía era llorar.

El problema gordo de verdad vino el día en que apareció el cartero con aquella jodida notificación para mí y fue a parar a sus manos, mientras yo andaba con el taxi, atrapada en el tráfico de Nueva York.

Se trataba de una multa de por exceso de velocidad, a pocos kilómetros del aeropuerto de Harrisburg; una sanción que me puso en jaque ante Trevor. Se lo tuvo bien callado hasta que llegué por la tarde.

Y menos mal que lo hizo de esa forma, porque si llega a llamarme mientras conducía para armarme el expolio... no sé con qué cara habría podido volver a casa.

Cuando entré, estaba sentado en el sofá, con la tele apagada y la dichosa carta en la mesita. Mi marido la cogió y se puso en pie. Tenía la cara de un juez.

—¿Me puedes explicar que es esto? — su voz sonaba bastante intimidatoria.

Me quedé mirando el sobre, sin tener ni la más remota idea de su contenido.

—¿Eso qué es? —le pregunté yo también a él.

Aparentando una calma que no tenía, Trevor abrió con parsimonia el sobre y extrajo el papel. Se vino hacia mí y me lo plantó delante de mis narices.

—Léelo tú misma, porque me parece que es para ti, lista, salvo que ahora vengas a decirme que tampoco te llames Christine Taylor Walker.

Lo cogí y empecé a leerlo. Rápidamente entendí de qué se trataba. Ya no tenía escapatoria. Me había pillado un radar nada más dejar a Ronald en el aeropuerto, por correr mucho más de la cuenta. ¡Y ahí tenía las consecuencias!

Empezaron a temblarme las manos. Las piernas igual, apenas me sostenían. Era imposible continuar ya con aquella farsa. No tenía escapatoria, me pusiese como me pusiese.

—He conocido a una persona—le solté sin más, y que fuera lo que tuviera que ser.

Mi marido me miró como si hubiese visto a un fantasma de repente. Se puso pálido como la cera y parecía que los ojos se le fuesen a salir de las cuencas. Me entró pánico, lo juro.

r  
—¿Qué, qué, qué? ¿¡¡Que has conocido a una persona!!? —comenzó a chillar.

—Sí. Lo siento mucho, Trevor.

—¿¿¿¡Que lo sientes mucho!!??? ¿¿¿¡Que lo sientes mucho!!??? —empezó a vociferar—. Esto no puede ser, esto no puede estar pasando—decía, con una mano en la frente y paseando de un lado a otro, nervioso.

—Déjame que te explique, por favor.

—¡¡No hay nada que explicar, Christine!! ¡Está todo bastante claro! ¡Por eso estás tan distante conmigo!  
¿Cuántas veces te lo tiraste la última vez que os visteis, eh?! ¡¡Dime!!!

—Que no, Trevor, ¡que estás equivocado! —rompí a llorar en ese momento.

—¡¡Claro que estoy equivocado!! ¡No eres la persona que yo creía, Christine! ¡Eres una sinvergüenza! ¡Una cobarde! ¡Una traidora!

—Para, por favor, para —le suplicaba, llorando a lágrimas vivas.

—¿Que pare? ¡¡Tú no eres quién para decirme a mí lo que tengo que hacer o dejar de hacer! ¡¡Me has decepcionado, Christine!! ¡No me esperaba esto de ti!

En ese momento se me vino a la memoria lo que él me hiciera en su día con Rachel.

—¿¡Y tú!? ¿¡Tú sí que pudiste pegármela durante un año con aquella fulana y ya está, verdad!?? Pero claro... como eso lo hiciste tú... Aquí paz y después gloria, ¿no?!

Ese recordatorio, lejos de apaciguarle y hacerle agachar la cabeza, le encabritó más aún.

—¡¡Eso pasó hace mil años!! Fue un error que cometí y nunca más he vuelto a faltarte el respeto ¡¡¿¿Quién se acuerda ya de eso, por el amor de Dios??!!

—¡¡Ah, claro!! ¡Como hace mucho tiempo que ocurrió, no cuenta! Y yo... ¡¡como si hubiese cometido un crimen!! —del llanto fui pasando a la rabia absoluta. Me estaba poniendo histérica perdida.

—¡Ahora mismo cojo la puerta y me voy de aquí! —me gritó.

—No, por favor. ¡No te vayas! Esta es tu casa —le dije rebajando un poco el tono.

—¡Claro que es mi casa, Christine! ¿Qué te pensabas que iba a hacer? ¡Me voy a dar una vuelta por ahí porque no tengo ganas de verte! Piensa mientras tanto en lo que piensas hacer con tu vida, pero ya te adelanto que no estoy dispuesto a ser un cornudo consentido. ¡Qué fuerte es todo esto!

Esas fueron sus últimas palabras antes de coger pasillo adelante y tirar para la calle. Yo me tumbé bocabajo en el sofá y me eché a llorar otra vez, dando golpes a los cojines con los puños y maldiciendo mi estampa.

Estaba desolada y sin saber qué hacer. Lo único que se me ocurrió fue llamar a Ronald para contarle lo sucedido. Se quedó a cuadros al enterarse.

—A ver, cielo, intenta calmarte, ¿vale?



—No puedo, Ronald, no puedo...—le respondí con un nudo en la garganta.

—Lo fundamental es que intentes aclararte, Christine, pero para eso debes tranquilizarte un poco. ¿Qué quieres hacer con tu vida?

—No lo sé, de verdad, estoy muy mal ahora...

—Ya, y es normal, cariño, pero tienes que tratar de relajarte para pensar qué hacer con tu futuro. Yo... ya sabes lo que opino, Christine.

Pues sí. Claro que lo sabía. Ronald estaba como loco por que dejase a Trevor. En ese par de días en Harrisburg, llegó a decirme algo que me impresionó mucho...

—Al poco de conocerte, tuve claro que si no era contigo, ya no reharía mi vida con nadie.

Sus palabras me causaron tal impacto que no supe qué contestarle en ese momento. Una cosa es que alguien te declare su amor por ti y otra es hacerlo de ese modo en que él lo hizo conmigo.

Y ahora... ahora yo estaba en la cuerda floja y seguro que intentaría barrer para casa. Sin embargo, Ronald era un hombre por derecho y, viéndome así, no quiso presionarme.

Hablamos durante un buen rato y, por supuesto que me recordó sus sentimientos y lo último que me dijese en el aeropuerto, en nuestra despedida.

Sabía que aquel hombre bebía los vientos por mí y que continuaba ahí a la espera. Sabía que no iba a tirar la toalla tan fácilmente. Sabía que deseaba que yo abandonara a mi marido para que pudiésemos disfrutar al fin de lo nuestro, libremente.

Sabía mucho de los demás y estaba hecha un lío conmigo misma. No sabía por dónde coger. Tenía miedo. Miedo a equivocarme. Miedo a causarle mucho daño a Trevor y que hiciese cualquier tontería. Miedo a no recuperar la ilusión por vivir...

Aquella noche volvió a casa a las tantas y algo bebido, lo cual me preocupó bastante porque no probaba ni gota de alcohol desde hacía daño. Yo estaba ya acostada, aunque despierta, y enseguida se lo noté.

Fue meterse en la cama y darme el tufo en la nariz, por lo que encendí la lamparita de la mesilla de noche para verle mejor.

—Trevor... ¿estás bien?

—Ahhhh, claro que sí, cariñito —me contestó en plan sarcástico total—. Estoy todo lo bien que se puede estar cuando la santa de tu mujer acaba de decirte en tu cara que te está poniendo unos cuernos más grandes que los colmillos de un elefante.

—Por favor, Trevor...

, —Ni por favor ni leches. Déjame en paz—se levantó de un salto.

—¿Se puede saber a dónde vas ahora?

Trevor se llevó el dedo índice a los labios y frunció ligeramente el ceño, como pensando qué decir.

—A Cooper's Beach, cariño mío —terminó por responderme—. A tomar el solcito frente al mar... ¿algún problema?

Preferí envainármela y callarme la boca. Era lo más sensato, si no quería tener otra buena tangana con él.

Mi marido enfiló escaleras abajo con su almohada, se tumbó en el sofá y se echó una manta por encima. Yo apenas pude pegar ojo esa noche, con lo cual, cuando me sonó la alarma en el móvil para trabajar, estaba hecha una mierda.

Antes de salir de casa, tuve que tomarme un par de cafés solos, sin leche, para espabilarme un poco. Procuré no hacer mucho ruido en la cocina para no despertar a Trevor, que estaba tieso acurrucado allí.

1

Estaba subida a un carrusel de fuertes emociones de todo tipo por aquella época, y es que, casualmente, ese mismo día volvía a saber de mi padre, al cabo de tanto tiempo sin ningún contacto entre los dos.

Me escribió por wasap y me pidió disculpas por no haberme hablado antes, escudándose en que no sabía cómo iba a reaccionar yo, después de todo lo que había pasado entre nosotros.

Quería anunciarme algo... ¡se iba a casar con una profesora de la universidad de Columbia! La noticia me pilló totalmente desprevenida. No me esperaba algo así, aunque tampoco me la tomé ya a mal, la verdad.

Con todo lo que estaba sucediendo en mi vida, ¿quién era yo para juzgarle? Mi padre era todavía un hombre jover y tenía derecho a rehacer la suya, aunque al principio yo no fuese capaz de verlo así.

Por desgracia, a mi madre ya no iba a devolvérmola nadie, pero él seguía vivo aún y, además, era bastante parecido a Trevor en esa cuestión. Me refiero a que es también de esos hombres que no saben vivir solos.

Es verdad que fue morir mi madre y enseguida ponerse a buscarle sustituta, eso fue lo que me dolió en el alma, pero bueno... que cada persona actúa según es y ya está.

Le contesté de un modo bastante cariñoso e incluso le felicité. Con lo susceptible que yo estaba, necesitaba un poco de calor, unas palabras de aliento, un consuelo... Y él, a fin de cuentas, seguía siendo mi padre.

Al preguntarme cómo estaba yo, le contesté que no estaba pasando por mis mejores días, pero que ya se lo explicaría frente a frente mientras nos tomábamos un buen vinito, como en los viejos tiempos.

Se puso súper contento al saber que ya no estaba enfadada con él y que tenía ganas de verle. Tiempo tendría de contarle, cuando nos viésemos, que me encontraba al límite de mis fuerzas...

0

1

1

Es verdad que fue morir mi madre y enseguida ponerse a buscarle sustituta, eso fue lo que me dolió en el alma, pero bueno... que cada persona actúa según es y ya está.

Le contesté de un modo bastante cariñoso e incluso le felicité. Con lo susceptible que yo estaba, necesitaba un poco de calor, unas palabras de aliento, un consuelo... Y él, a fin de cuentas, seguía siendo mi padre.

Al preguntarme cómo estaba yo, le contesté que no estaba pasando por mis mejores días, pero que ya se lo explicaría frente a frente mientras nos tomábamos un buen vinito, como en los viejos tiempos.

Se puso súper contento al saber que ya no estaba enfadada con él y que tenía ganas de verle. Tiempo tendría de contarle, cuando nos viésemos, que me encontraba al límite de mis fuerzas...

## Capítulo 20



La convivencia con Trevor se fue convirtiendo en un infierno para ambos. Quiso saber quién era el otro, que le diese datos de su persona, pero me negué a contarle la verdad.

Si le explicaba que se trataba de mi antiguo jefe en Texas, habría pensado que llevaba tropecientos años liada con él, cuando aquello tampoco era cierto.

No quería que me acusase también de lo que no había hecho, así que tuve que volver a mentirle. Le dije que había conocido a esa persona a través de Facebook y que vivía en el estado de Pensilvania.

—¿Y no te da miedo coger el coche e ir a verte por ahí con un desconocido según están las cosas, Christine? ¡Por el amor de dios, no te reconozco ya, te lo juro!

Aunque le hubiese dicho que se trataba del vecino, hubiera dado igual. El caso era el que era: que Trevor estaba herido de muerte en su orgullo. Me hizo jurarle que hablaría con el otro, que le bloquearía y que nunca más volvería a contactar con él de ningún modo.

Ronald tampoco se tomó muy bien que digamos lo que pensaba hacer...

—Creo que te estás equivocando, Christine—me dijo con un hilillo de voz. Se le notaba totalmente abatido.

—Es posible, cariño, pero no tengo otra opción—me eché a llorar.

—Hey, preciosa mía, no me llores. Sí que tienes más opciones, lo sabes.

—Lo que tengo es mucho miedo, Ronald. Estoy aterrada.

—Lo sé, ¿pero miedo a qué, Christine? Tú no amas ya a ese hombre. ¿Piensas pasarte el resto de tu vida así como estás ahora? Eso sí que me daría miedo a mí, en tu caso.

—No me lo hagas más difícil, por favor—le contesté, sin dejar de llorar, y recordé que no era la primera vez que

le pedía eso.

—Al revés, vida mía, me gustaría poder ayudarte, no complicarte más la existencia. Si quieres, hablo yo con tu marido.

—No. Ni se te ocurra, por Dios. Eso solo serviría para enredar más todavía las cosas.

—Tranquila, sabes que jamás haría algo que tú no quisieras.

—Solo espero que llegues a entenderlo y seas capaz de perdonarme algún día, Ronald.

—No creo que pueda llegar a entenderlo, te soy sincero, pero tampoco tengo nada que perdonarte, Christine. Si eso es lo que has decidido, no me queda más remedio que aguantarme, por mucho que me duela. En esta vida, hay que saber ganar, pero también hay que saber perder.

<sup>a</sup>—Lo siento mucho, Ronald, lo siento mucho...

Ni adiós siquiera. Fue decirle esas palabras y colgar la llamada. A continuación, le bloqueé y me quedé allí sentada en el suelo del baño, con el móvil en la mano y llorando a mares.

Ese día no fui a trabajar. Me lo tomé libre. No tenía cuerpo para nada, pero había quedado con el psicólogo a las doce del mediodía y eso sí que no podía saltármelo.

Fue una primera sesión de una hora aproximadamente, en la que no supe por dónde empezar. Tenía tal caos en mi cabeza que yo sí que estaba bloqueada por completo.

No obstante, con esa sola sesión, a Michael le bastó para advertir que yo necesitaba medicación sí o sí.

—Lo malo es que no puedo tomar ese tipo de medicamentos. Sé que esas pastillas dan sueño—le expliqué, cuando quiso recetarme un ansiolítico y un antidepresivo.

—Pero te hacen falta, Christine, así que tendrás que estar de baja durante algún tiempo.

—No sé si quiero estar de baja, la verdad.

—Debes ser la única persona del planeta que prefiera estar trabajando, pudiendo dejar de hacerlo por un tiempesito.

—Quizás, pero prefiero eso a estar todo el día pegada a Trevor.

—Ahí está el problema, Christine, que te empeñas en algo que... en fin, no quiero decir nada por ahora. Necesito hacer terapia a fondo contigo. De todos modos, yo te voy a recetar ambas cosas y tú haces lo que te parezca, aunque te sigo diciendo que deberías tomártelas.

—De acuerdo. Ya veré qué hago.

Al salir de su consulta, me vi con Maggie para tomar un aperitivo. Hacía tiempo que no quedábamos, aunque hablábamos con frecuencia.

—Yo también pienso que deberías tomártelas—opinó, al saber lo que me había dicho mi psicólogo—. Estás fatal, chica.

7

—Ponte en mi caso, amiga. Y saber que no voy a volver a ver nunca más a Ronald...—me lamenté.

—Bueno, ya está bien, Christine —me reprochó—. Tienes que ser consecuente de tus actos. Si has decidido cortar con él y tirar para adelante con tu marido... pues eso, que tendrás que encarar el futuro con fuerza, sin volver la vista atrás.

—Lo sé...

—Y si ves que no puedes—continuó—, ya sabes lo que tienes que hacer, porque las medias tintas no sirven aquí y al final vais a terminar en una guerra viva.

—Tienes toda la razón, Maggie.

—Y tanto que sí, de manera que... a lo hecho, pecho, Christine. Venga, y ahora cómete esa croqueta, que te estás quedando que da penita verte. ¿Cuántos kilos llevas adelgazados ya?

—No tengo ni idea porque no me peso nunca, pero unos cuantos.

—Pues ya estás engordándome un poco, que tienes que estar bien guapa para la boda de tu padre. ¿Tienes ya vestido?

—Todavía no sé qué me voy a poner.

—Pues ya sabes. Cuando quieras, nos vamos otra vez de tiendas, eso que a ti y a mí nos gusta tan poco... —lo decía de coña, lógicamente.

Al final no tuve necesidad de gastarme ni un duro en ropa para el evento, y es que Charlotte se empeñó en que me pusiese un vestido suyo al que solo hubo que meterle un poco en las costuras de los costados para adaptarlo a mi cuerpo.

Ella se lo había comprado para otra boda que, finalmente, no se llevó a cabo. Los novios se pelearon a dos semanas vista de darse el “sí quiero” y cogieron cada uno por un lado. Esos sí que sabían, pensé.

La boda de mi padre... ¡me sonaba tan raro! Sin embargo, me alegraba mucho por él. Tuve la oportunidad de conocer un par de días antes del enlace a Ivonne, la novia, y la verdad es que la mujer me cayó muy bien.

Aquella venezolana tenía nueve años menos que él, era muy guapa, súper educada y culta. Me dio la sensación de que estaba enamoradísima de mi padre.

El día que se casaron, se les veía pletóricos de felicidad a los dos; él, elegantísimo con su smoking, y ella, con un espectacular vestido de corte de sirena. La verdad es que la mujer tenía también un tipazo.

Ese fue el último evento al que acudí con mi marido, quien, por cierto, tuvo una de sus ocurrencias al ver la felicidad que se respiraba en el ambiente.

—¿Y si nos volvemos a casar tú y yo? —me soltó en mitad del banquete nupcial.

—¿Volvemos a casar? ¿Y eso por qué?

—¿Y por qué no? Mucha gente se casa dos y hasta tres veces.

—Claro, pero cuando cumplen los veinticinco o los cincuenta años de casados. A nosotros todavía nos falta un buen puñado de años para las bodas de plata, Trevor. Madre mía...

—Ya...

Para eso precisamente estaba yo esos días; para pensar en volverme a casar con él. No podía quitarme al otro del pensamiento, ni bien ni mal. Echaba tanto de menos su voz, su risa, su humor, esas conversaciones que me daban la vida...

Se me hacía insoportable la situación, por lo que una mañana no me lo pensé más y volví a desbloquearlo, con todo lo que ello conllevaba. Como podéis suponer, le faltó el tiempo para escribirme en cuanto se dio cuenta...

...Y al otro le faltó el tiempo para pillarme. Yo estaba jugando sucio, lo reconozco, pero Trevor tampoco se quedaba corto.



Una mañana, al salir de la ducha, me lo encontré sentado en el sofá, con la cara de un loco.

—¿¡¡Cómo has sido capaz, Christine!!? —me chilló.

Así, a bote pronto, no supe por dónde venía el tiro, pero rápidamente lo entendí todo, al ver mi móvil allí delante de él, en la mesita.

Yo no le tenía puesto ninguna clave. Jamás lo había hecho y sabía que no podía hacerlo tampoco a esas alturas, pues eso hubiera sido la prueba más evidente de que tenía algo que ocultar.

Ahora bien, procuraba no dejarlo nunca a su alcance. Si me metía en el baño, me lo llevaba conmigo, si me echaba una siesta en el sofá, lo dejaba entre los cojines... y así siempre.

Pero aquella mañana, recién levantada, se me pasó por alto y le puse en bandeja la oportunidad de registrármelo. Hacía unos minutos que Ronald y yo nos habíamos dados los buenos días, como hacíamos por costumbre diariamente.

Me quedé sin palabras. Ya no podía hacer nada. No tenía ninguna justificación para lo hecho. No había excusa posible...

—¿Me has estado espiando? —fue lo único que acerté a decirle.

—¡¡Por supuesto que sí!! ¡¡Porque no me fiaba ni un pelo de ti!! ¡¡Y bien que hacía en no fiarme, a la vista está!!

Me eché a llorar.

—Eso, ¡otra vez con las putas lágrimas de cocodrilo!

Era la primera vez que le escuchaba una palabrota de ese calibre, pero Trevor estaba fuera de sí.

—Trevor, te lo pido por favor, no me grites—le imploré.

—¿¡¡Que no te grite!!? ¿¡Pero cómo tienes tan poquísima vergüenza!!? ¡Te lo advierto, Christine! Escúchame con atención, ¿vale?

Por su cara y el tono de voz con el que me hablaba, miedo me daba lo que pudiese decirme a continuación, pero no abrí la boca.

—Tengo que ir a hacer unas gestiones en Morristown y volveré hacia mediodía —prosiguió—. Cuando vuelva, quiero verte bien arreglada y sonriente para salir a comer conmigo. Y, por supuesto, que hables con el tipo ese delante de mí y le digas que no quieres volver a saber más de él en la puta vida. Y que yo me entere de que sigues hablando con él a mis espaldas. Si no estás dispuesta a hacerlo...

—¿Si no, qué? —le dije, harta ya de todo.

—Si no, en diez minutos te saco todas tus cosas y te las tiro ahí al jardín, así que tú veras. O las sacas tú. Como prefieras. Tienes toda la mañana para pensártelo.

—Muy bien—fue mi respuesta.

a

Ahora sí que lo nuestro se había terminado. No podía soportar la tensión ni un minuto más. La angustia me estaba destrozando viva y tampoco le dejaba vivir tranquilo a él. No era justo para ninguno de los dos.

Tenía que ponerme en marcha, pero... ¿dónde ir? Apenas tenía margen de reacción...

Cuando Trevor se fue, me quedé con un verdadero ataque de ansiedad, sola en casa, al punto de que necesité echa mano de los medicamentos que me había recetado Michael.

Me puse uno de esos ansiolíticos debajo de la lengua, siguiendo su recomendación, llegado el caso de necesitarlo. ¡Y tanto que lo necesitaba!

Es más, tan alterada y tan hundida a la vez me encontraba ya, que estuve a un tris de tomarme la caja entera para acabar con el sufrimiento. No tenía ganas de vivir...

—Tengo que ir a hacer unas gestiones en Morristown y volveré hacia mediodía —prosiguió—. Cuando vuelva, quiero verte bien arreglada y sonriente para salir a comer conmigo. Y, por supuesto, que hables con el tipo ese delante de mí y le digas que no quieres volver a saber más de él en la puta vida. Y que yo me entere de que sigues hablando con él a mis espaldas. Si no estás dispuesta a hacerlo...

—¿Si no, qué? —le dije, harta ya de todo.

—Si no, en diez minutos te saco todas tus cosas y te las tiro ahí al jardín, así que tú veras. O las sacas tú. Como prefieras. Tienes toda la mañana para pensártelo.

—Muy bien—fue mi respuesta.

Ahora sí que lo nuestro se había terminado. No podía soportar la tensión ni un minuto más. La angustia me estaba destrozando viva y tampoco le dejaba vivir tranquilo a él. No era justo para ninguno de los dos.

Tenía que ponerme en marcha, pero... ¿dónde ir? Apenas tenía margen de reacción...

Cuando Trevor se fue, me quedé con un verdadero ataque de ansiedad, sola en casa, al punto de que necesité echar mano de los medicamentos que me había recetado Michael.

Me puse uno de esos ansiolíticos debajo de la lengua, siguiendo su recomendación, llegado el caso de necesitarlo. ¡Y tanto que lo necesitaba!

Es más, tan alterada y tan hundida a la vez me encontraba ya, que estuve a un tris de tomarme la caja entera para acabar con el sufrimiento. No tenía ganas de vivir...

## Capítulo 21



Me pasé un buen rato dando vueltas por el salón, sin saber por dónde tirar. Mi casa... mi casa tan bonita... esa casa que con tanta ilusión habíamos levantado.

Era nuestro refugio, nuestra fortaleza, nuestro templo sagrado. ERA, puesto que tenía el tiempo contado ya allí adentro. Sentía una presión enorme en el pecho. Qué triste me resultaba todo.

Miraba aquellas paredes llenas de fotos de nuestros mejores momentos, todos esos muebles que habíamos elegido entre los dos, los sillones pintados a la tiza, restaurados por nosotros mismos... la figura del dios Ganesha que nos trajimos de la India, las pequeñas pirámides de alabastro de cuando estuvimos de viaje en Egipto...

El salón, al igual que el resto de la vivienda, era ya un museo de dolorosos recuerdos para mí. Me ahogaba la pena y no sabía qué hacer. Estaba como en shock.

Cuando me noté un poco más tranquila por efecto del ansiolítico, agarré el móvil y llamé a Maggie, pero no me lo cogió. Tenía una necesidad imperiosa de hablar con alguien, por lo que también llamé a Charlotte.

Mi amiga puso el grito en el cielo al enterarse de la tangana tan gorda que habíamos tenido y, sobre todo, por lo del ultimátum que me había dado Trevor.

—¿Que te está echando de casa Christine? Que se vaya él si no quiere verte. ¡No te fastidia el tío! Esa casa es tan tuya como suya, por si se te ha olvidado. No tiene ningún derecho a echarte.

—Lo sé, lo sé, Charlotte, pero me da igual. La casa, el dinero, los coches... por mí, se lo puede quedar todo. No pienso pelear por nada. No quiero nada absolutamente. Lo único que quiero es vivir tranquila, pero me parece que no voy a conseguirlo nunca. Tengo miedo de no llegar a poder salir de este pozo.

—No digas eso ni en broma, niña. Claro que vas a salir del pozo. No te digo que de un día para otro, pero ya verás como sí.

—Ojalá.

—No lo dudes, cariño, pero lo primero es lo primero. Lo que tienes que hacer es salir de ahí sin demorarte ni un minuto más, Christine.

—Es fácil decirlo, Charlotte. ¿Me quieres decir a dónde voy?

—Pues mira, de momento, te vienes a mi casa. Después, ya se verá.

—Nadie se imagina la desazón que tengo encima ahora mismo—volví a echarme a llorar.

—Por dios bendito, déjate de desazones y de llantos, que así no avanzamos, Christine. Coge lo imprescindible para un par de días y te vienes para mi casa.

—Es que me da no sé qué...

—¿Eres tonta o qué te pasa, Christine? Para eso están las amigas, ¿no?

—Ya. Te lo agradezco en el alma, Charlotte, pero no quiero ser una molestia para nadie.

—Y dale... ¡qué boba eres, de verdad! No te estoy diciendo que te quedes a vivir conmigo. O bueno, sí, pero será algo temporal, mujer. Además, ya me harás alguna tarta de esas que haces tan ricas. Ese va a ser el precio que te voy a cobrar por el alquiler. ¿Qué te parece?

Charlotte no sabía ya ni qué decirme para animarme un poco. Aquella buena amiga hacía tiempo que lo había dejado con su pareja y vivía sola en un coqueto pisito de dos dormitorios. Sitio tenía suficiente, por supuesto, pero me daba cosilla meterme en su casa, y más, según me encontraba. Yo soy así y tendría que volver a nacer para cambiar.

—Tengo que buscar un apartamento rápidamente—le respondí.

—Muy bien, pero eso ya lo iremos mirando tranquilamente entre las dos. Tú lo único que tienes que hacer por ahora es meter todo lo que te quepa en el coche y venirte.

—¿No trabajas hoy o qué?

—Eso quisiera yo, Christine. Claro que tengo que trabajar, pero no hay ningún problema. Te pasas por mi trabajo, te doy las llaves de mi casa y nos vemos luego a la hora de comer.

—Te juro que no sé ni que meter en el coche ahora mismo, Charlotte. Estoy totalmente bloqueada.

—Venga, cálmate, por favor. Coge ropa, zapatos, ropa interior... pero tampoco te agobies mucho.

—¿Que no me agobie, con todo lo que tengo en los armarios y por todas partes?

—Ya, hija, lo que quiero decir es que tampoco hace falta que te mates hoy. De momento, cógete lo básico. Llena una maleta y ya está. Otro día vamos las dos y te ayudo a seguir vaciando armarios y cajones. Llevaré también mi coche para que nos cunda más. Lo importante es eso, que no te agobies con ese asunto, que bastante tienes ya con lo que tienes.

—Vale, vale, venga. Me voy a poner en marcha. Uffff... qué angustia.

—Mira, Christine. El mal trago, mejor pasarlo cuanto antes. Esto tenía que llegar tarde o temprano, así que... que le den por culo ya al payaso ese que va de Harry Potter por la vida. Un tirano, eso es lo que es....

Charlotte estaba muy cabreada con Trevor. Decía que nada le daba derecho a hacer lo que había hecho conmigo, registrándome el móvil, y mucho menos a amenazarme con tirarme todas mis pertenencias fuera de casa si no hacía lo que me pedía.

Que la época en que las mujeres estaban sometidas al dominio de los hombres había pasado hacía mucho tiempo ya. Que era muy joven aún y tenía derecho a ser feliz con quien me diera la gana. Y que yo... no había cometido ningún asesinato, que estas cosas están a la orden del día, y punto.

Así era, pero me sentía muy avergonzada. Además, aunque no lo creáis, estaba doblemente triste; por mí y por él. Sabía que Trevor también lo estaba pasando fatal en esos momentos, pero ya no había vuelta atrás.

Aquel día, salí por la puerta de casa tirando de un maletón como un demonio y con el alma en los pies. Allí, a mis espaldas, quedaban muchos años de vida. En total, eran 18 los que habían pasado desde que nos conocimos.

Cuando guardé la maleta en el coche, tuve que esperar unos minutos sentada al volante, antes de poder arrancar, porque las lágrimas no me dejaban ver. No podía conducir en ese estado...

## **TREVOR**

Al salir de casa aquella mañana, todavía me quedaba la esperanza de que lo nuestro pudiera arreglarse. Era complicado, aunque no imposible. Reconozco que fui muy brusco con ella, que la traté muy mal, que le grité cosas feísimas, pero sabía que me quería.

Yo también la adoraba. Era mi niña, mi niña Christine, la preciosa morenaza que llevaba tantos años a mi lado, m

mujer, mi amiga, mi compañera, mi consejera, la cabeza pensante dentro de la pareja. ERA, puesto que de un tiempo a esa parte, se había ido convirtiendo en un espectro de su ser.

¿Qué había pasado entre nosotros? ¿En qué momento empezó a distanciarse de mí? Estaba tan seguro de su amor, de que formábamos un equipo perfecto, de que envejeceríamos juntos, de que lo nuestro sería eterno...

Lo de que tenía que ir a Morristown para hacer unas gestiones no era verdad, sino una excusa que se me ocurrió sobre la marcha, para quitarme de en medio y que pudiera recapacitar a solas.

Yo también estaba muy nervioso y no sé hasta dónde habríamos podido llegar con aquella discusión. Temía poder hacer, con el calentón, cualquier barbaridad de la que luego tuviera que arrepentirme. Estaba fuera de mí, completamente desquiciado.

A Karen le sorprendió que la llamase tan temprano, pero accedió a vestirse rápidamente y venirse conmigo a desayunar. Era la persona con la que más confianza tenía.

Esa mujer se sabía nuestra historia al detalle porque diariamente le hablaba de cómo estaba la relación entre Christine y yo. Necesitaba verla y contarle lo que había pasado. Como siempre, apareció puntual.

—Te soy sincera, Trevor. Esto ya lo sabía yo—me soltó, nada más enterarse del último capítulo.

—¿¡Qué tú lo sabías, Karen!?! —le pregunté indignado.

—No, no, a ver. No me he explicado bien, Trevor. Por supuesto que no tenía la certeza de que hubiese otra persona, pero me lo imaginaba.

—Joder, ¡qué listas sois todas!

—No hace falta ser un lumbreras para darse cuenta, Trevor. Dicen que no hay más ciego que el que no quiere ver.

—Ya...

—Para mí que tenía que haber otro hombre, pero jamás me hubiera atrevido a decírtelo. Una, porque no quería hacerte daño. Además, era una suposición, simplemente. Otra, que en las cosas de parejas es mejor no meterse.

—Eso, eso, tú lo has dicho. Pero hay algunos a los que les importa un pimiento todo. ¡Qué fuerte lo que me está pasando! Me la han robado, Karen, me la han robado... —diciéndole aquello, me derrumbé por completo.

<sup>i</sup> —No, Trevor. Nadie te ha robado nada, porque nadie es propiedad de nadie.

—Pero ella es mi mujer, ¿¡lo entiendes!?! —noté que me estaba mareando un poco.

—Cálmate, por favor. Te va a dar algo, a este paso.

Cuando le conté también que había puesto a Christine entre la espada y la pared del modo en que lo había hecho, se llevó las manos a la cabeza y me lo recriminó...

—Me parece que lo has hecho fatal, Trevor. Christine está muy depresiva, muy susceptible. Es como una frágil muñeca de porcelana a punto de romperse en mil pedazos. No se puede presionar a alguien así, amenazándola con echarla de su propia casa de un momento a otro.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Que le riera la gracia? No tienes ni idea de lo duro que es saber que tu pareja se está tirando a otro y que, encima, te quiera hacer pasar por imbécil.

Era muy duro, por supuesto que sí, pero igual de duro, o más, fue volver a casa a mediodía y descubrir en cuanto entré que ella ya no estaba allí. Sobre el mueble del recibidor, una nota y, sobre la nota, su alianza.

“Renuncio a todo lo que, en justicia, pudiera corresponderme. Sabes que lo material tiene el valor justo para mí y que nunca me he movido por el interés. No quiero nada ya. Tan solo, que la vida te sonría. Muchas gracias por todo, Trevor”.

Christine se había marchado. Mi Christine se había marchado para siempre. Ahí se acababan todas mis esperanzas. ¿Qué iba a hacer sin ella?...



—Pero ella es mi mujer, ¿lo entiendes!? —noté que me estaba mareando un poco.

—Cálmate, por favor. Te va a dar algo, a este paso.

Cuando le conté también que había puesto a Christine entre la espada y la pared del modo en que lo había hecho, se llevó las manos a la cabeza y me lo recriminó...

—Me parece que lo has hecho fatal, Trevor. Christine está muy depresiva, muy susceptible. Es como una frágil muñeca de porcelana a punto de romperse en mil pedazos. No se puede presionar a alguien así, amenazándola con echarla de su propia casa de un momento a otro.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Que le riera la gracia? No tienes ni idea de lo duro que es saber que tu pareja se está tirando a otro y que, encima, te quiera hacer pasar por imbécil.

Era muy duro, por supuesto que sí, pero igual de duro, o más, fue volver a casa a mediodía y descubrir en cuanto entré que ella ya no estaba allí. Sobre el mueble del recibidor, una nota y, sobre la nota, su alianza.

“Renuncio a todo lo que, en justicia, pudiera corresponderme. Sabes que lo material tiene el valor justo para mí y que nunca me he movido por el interés. No quiero nada ya. Tan solo, que la vida te sonría. Muchas gracias por todo, Trevor”.

Christine se había marchado. Mi Christine se había marchado para siempre. Ahí se acababan todas mis esperanzas. ¿Qué iba a hacer sin ella?...

## Capítulo 22



Teníamos todos el brazo en alto, levantando nuestras copas.

—Por ti, Christine. Por que seas muy feliz en tu nueva casa.

—Por vosotros, amigos. No sabéis cuánto me estáis ayudando.

Con tanto ímpetu brindamos, que a Charlotte se le reventó el vaso de tubo en el aire, al chocarlo con otro. Creo que fue con el de Frederick, la pareja de Jack.

Allí estábamos todos reunidos, bajo las luces de neón de un conocidísimo pub neoyorkino donde la gente acude a bailar, a ritmo de sones latinos, hasta casi el amanecer.

Aunque yo no tenía el espíritu para mucha fiesta, Maggie se había empeñado en que teníamos que salir a celebrar que ya había encontrado un apartamento donde alojarme, totalmente de mi gusto y en una zona estupenda.

—Siempre, pero siempre, hay que dar gracias al universo por cada logro, Christine. Tanto mejor si se hace también una celebración, no lo olvides. Por cada cosa que te llegue y agradezcas, te vendrán otras cosas buenas — eso me dijo para convencerme.

—Pues a ver qué es lo próximo, ¿no? —le sonreí.

—Ahhh... yo no digo nada, que luego todo se sabe.

Nos echamos a reír las dos y empezamos a programar la salida para la noche del sábado.

Maggie, su hermana Alice, Charlotte, Jack, Frederick, mi prima Mery... hasta mi padre se apuntó con Yvonne. Fuimos todos a cenar a un restaurante japonés y luego a mover un poco el esqueleto.

En casa de Charlotte solo estuve 21 días. 21 días...qué curioso. Se ha comprobado que ese es el tiempo que necesita el cerebro humano para crear nuevos patrones, ya sean físicos, emocionales o intelectuales.

21 días sin fumar, 21 días sin beber alcohol, 21 días de ayuno y oración... Y yo... 21 días sin Trevor, en casa de Charlotte. Muy poco tiempo, frente a los años compartidos, para pasar página así como así.

Me acordaba muchísimo de él. De hecho, de vez en cuando le preguntaba a Karen que cómo estaba, que cómo le veía. No obstante, allí en su casa fue donde comenzaron a sanar lentamente mis heridas.

Recuerdo con muchísimo cariño esa etapa; esas tardes-noches de cine, esos paseos juntas por los centros comerciales, aunque no fuésemos a comprar nada, esas noches en el sofá, hechas las dos un ovillo, con una manta por encima, tomando un licorcito y comiendo pipas o frutos secos...

—Venga, tú. ¡Come!, que me tienes que engordar unos kilos antes de irte de aquí—solía decirme.

—Sí que tienes prisa en que me largue, ¿eh? Menuda forma fina la tuya de recordarme que me tengo que ir...

Se lo decía en broma, lógicamente. Todo era igual entre nosotras. Charlotte hizo todo lo posible aquellos días para que me sintiera como en mi propia casa, y de verdad que estábamos muy a gusto las dos compartiendo techo, pero yo quería empezar a volar sola cuanto antes.

Necesitaba acostumbrarme a mi nueva situación. Como podréis imaginar, mi relación con Ronald se fue afianzando día a día. Ya no teníamos que escondernos, de modo que hablábamos constantemente por teléfono, no hacíamos una videollamada cada noche y...

Llevaba una semana viviendo en mi pisito del barrio de East Village, cuando me vino con una buena sorpresa. Estábamos, precisamente, en una de esas videollamadas...

—¿Qué piensas hacer este viernes, preciosa? —su pregunta, así sin venir a cuento, me extrañó un poco.

—¿Este viernes?

—Sí, eso te he preguntado.

—Pues trabajar, para no variar. Como no me toque una buena lotería...

—No, mujer, me refiero a después, o sea, cuando acabes con el taxi.

—Ah, pues nada. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada, por nada.

—Sí, claro. Venga ya, Ronald, no me dejes con la intriga, que te conozco.

—Bueno... Espera un segundito.

Se levantó y le perdí de vista. Ya solo veía el respaldo naranja de su sofá. Enseguida volvió con algo en la mano. Parecía un papel.

—Ya estoy aquí—me dijo tan contento—. A ver si adivinas qué es esto.

—Acércalo un poco más —le pedí—que no lo veo bien.

—¿Así? —me preguntó, pero ya no le veía la cara. Aquel papel blanco ocupaba toda la pantalla del móvil.

—Jolín, qué exagerado. Bueno, pues es un papel, ¿no?

—Mmmmm... caliente, caliente.

—¿Un papel caliente? —le pregunté, tan pánfila yo.

Ronald soltó una carcajada de las suyas, de esas que casi te rompen los tímpanos.

—No, mujer—dijo al fin—, no es exactamente un papel, pero ya te vas acercando.

—¿Un sobre?

—¡Pleno al quince, oigan! —Ronald estaba especialmente chisposo aquella noche—. Y ahora ya, si me dices lo que contiene, sería la bomba.

—No sé, ¿un contrato?

—¿Te estás quedando conmigo, no? Mira, Christine...

Mi chico le dio la vuelta, lo abrió y extrajo cuidadosamente la cartulina que había dentro del misterioso sobre. Sin poder evitarlo, se me vino Trevor al pensamiento, haciendo ese mismo gesto con tanto misterio sobre el puente de Brooklyn, pero lo aparté rápidamente de mi cabeza.

—Bueno, Christine—siguió diciéndome—, pero como sé que a través de la pantalla no se ve bien estas cosas, te

voy a decir lo que pone aquí, ¿vale?

Aunque me lo imaginaba, no quería hacerme ilusiones por si acaso. Pero sí... efectivamente. ¡Era un billete de ida y vuelta de avión!

Ronald iba a venir a pasar el fin de semana conmigo en Nueva York, en mi nueva casa. Me dio muchísima alegría tanta, que sentí un poco de taquicardia, con los nervios.

—¿Lo ves? ¿Te das cuenta de que lo bueno siempre atrae a lo bueno? —me dijo la tan siempre positiva Maggie al enterarse—Ya estás en racha, bonita... jejejeje.

—¿Te imaginas que pudiera quedarse aquí? Sería el colmo.

—Quién sabe, Christine. La vida da tantas vueltas... y querer es poder, conque...

—No es tan fácil, te lo digo yo. Ronald tiene allí sus negocios.

—El tiempo dirá.

Y el tiempo volvió a ponérmelo por delante, a finales de aquella misma semana. Qué distinto fue todo. Nada que ver con nuestro primer encuentro en Pensilvania...

Ninguno de los dos teníamos ya la tensión de los amantes en las horas de libertad robadas, ese temor a que pudiese vernos alguien por ahí, la agri dulce sensación de estar viviendo un sueño servido a contrarreloj...

—Tienes que venirte conmigo, Christine. Te prometo que jamás tendrás que arrepentirte.

Aquello no era nada nuevo para mí. Era algo que Ronald me proponía constantemente, solo que ahora... tenía la oportunidad de decírmelo cara a cara.

—Dame tiempo, cariño—volví a contestarle—.

—Todo el que necesites, preciosa mía. Llevo años esperando, de manera que puedo seguir haciéndolo. ¡Pero no abuses, eh! No sea que para cuando quieras venirte, vaya a andar todo encorvado y con bastón —me guiñó el ojo y me dio un tierno beso en la mano.

No, no sería para tanto, como comprenderéis, pero tampoco quería precipitarme. Sería un cambio de vida muy drástico y quería estar completamente segura.

Cuando digo que quería estar completamente segura no me refiero a mis sentimientos hacia él (los suyos hacia mí también estaban clarísimos), sino a que mis inseguridades y mis penas no fueran a jugarme una mala pasada que diese al traste con nuestra relación, una vez en Texas.

Evidentemente, poquito a poquito iba sintiéndome mejor, pero todavía me quedaba un trecho por recorrer. Las cosas llevan un proceso en el tiempo y mi cabeza todavía no estaba como debía.

Quería pasar una temporada sola con mi rutina; trabajando en el taxi como siempre, yendo al psicólogo cada semana, siguiendo sus pautas, buscando el equilibrio... la estabilidad... la fuerza mental... la paz espiritual...y conseguir perdonarme a mí misma.

Ronald se mantenía firme en su sitio, con la paciencia del santo Job, y después de aquel viaje, empezó a visitarme a razón de una vez cada cuatro o cinco semanas como mucho. Estábamos muy enganchados el uno con el otro.

Mientras, los míos tampoco me soltaban de la mano para nada, cosa que jamás dejaré de agradecerles. Cuando no me llamaba Maggie para ir a tomar café, era Charlotte quien me buscaba para cenar o ir a ver algún espectáculo.

Siempre estaban haciendo planes para entretenerme y que no me quedase en casa. A veces me agotaban, os lo juro.

—Venga, venga, no seas más quejica.

Esa era la frase preferida de Jack, cada vez que me proponía asistir a una actuación de ellos y yo trataba de escaquearme diciéndole que estaba cansada.

—Qué cachondo eres. Quejica, ¿no? ¡A ti te dejaba yo el taxi aunque fuese una semanita, para que supieras lo que es bueno!

—Eso tiene que tener también su punto, con la de famosos que se ven por las calles de Nueva York.

—Y ya he montado a unos cuantos, la verdad, pero son gente de lo más normal, como tú y yo. Todo el mundo tiene sus problemas, Jack.

Sus problemas... y su propia historia, como la de aquella mujer colombiana a la que llevé una mañana al NewYork-Presbyterian Allen, uno de los mejores hospitales de la ciudad, para conocer a su nieta recién nacida.

La mujer había pasado años atrás por una experiencia súper parecida a la mía, solo que ella había estado mucho más tiempo con su marido. Treinta y dos años, nada más y nada menos.

Era una mujer muy simpática, con unos ojos negros preciosos y con bastantes ganas de hablar. Yo también tenía ganas de desahogarme y le conté por encima mi situación.

—¿Y dices que ese hombre te ha pedido que te vayas con él? Ayyy, chiquilla. No seas tontas y vuela para allá — me aconsejó—. ¿Qué más vas a esperar? Día que se va, día que no regresa, hija. Dímelo a mí.

La colombiana se quedó callada un momento.

—¿Sabes? —continuó—. Yo tengo tres hijos. Estaba segura de que les iba a sentar como un tiro que dejase a su padre y que posiblemente me darían de lado, pero no estaba dispuesta a pasar por ese chantaje psicológico. Los hijos son egoístas y, cuando les parece, se van y te dejan a ti, de manera que... me dejé llevar por el corazón. Ahora, lo único que lamento es no haberlo hecho antes. Tiempo perdido, muchacha...

La conversación con aquella dicharachera mujer me dio bastante que pensar. Yo no tenía hijos, aunque lo cierto es que empezaba a sentir con fuerza la llamada de la maternidad, por raro que os suene.

Sin embargo, sí que era hija, y en su día también hice sufrir a mi padre por algo parecido, cuando él solo buscaba el camino de su felicidad.

¡Qué complicadas pueden llegar a ser las relaciones humanas! O qué manera tan absurda tenemos de complicarnos nosotros mismos...

Ya estaba bien. Era sumamente feliz con Ronald y Ronald conmigo. ¿Qué más necesitaba? Mi padre precisamente era quien más me animaba a que me fuese para Texas con él.

—Sabes que te quiero muchísimo, hija, y que estoy encantado de tenerte cerca, pero comprendo que tu sitio no está aquí, sino junto a ese hombre.

Mis amigos opinaban lo mismo y yo también lo iba viendo cada vez más claro, por lo que empecé a espabilar y a arreglar todo lo necesario antes de partir.

Una semana después de haber montado a aquella señora en mi taxi, habiendo transcurrido diez meses desde que me separase de Trevor, yo también me monté en un avión que me llevaría hacia una nueva vida, mi vida al lado de Ronald...

Era una mujer muy simpática, con unos ojos negros preciosos y con bastantes ganas de hablar. Yo también tenía ganas de desahogarme y le conté por encima mi situación.

—¿Y dices que ese hombre te ha pedido que te vayas con él? Ayyy, chiquilla. No seas tontas y vuela para allá — me aconsejó—. ¿Qué más vas a esperar? Día que se va, día que no regresa, hija. Dímelo a mí.

La colombiana se quedó callada un momento.

—¿Sabes? —continuó—. Yo tengo tres hijos. Estaba segura de que les iba a sentar como un tiro que dejase a su padre y que posiblemente me darían de lado, pero no estaba dispuesta a pasar por ese chantaje psicológico. Los hijos son egoístas y, cuando les parece, se van y te dejan a ti, de manera que... me dejé llevar por el corazón. Ahora, lo único que lamento es no haberlo hecho antes. Tiempo perdido, muchacha...

La conversación con aquella dicharachera mujer me dio bastante que pensar. Yo no tenía hijos, aunque lo cierto es que empezaba a sentir con fuerza la llamada de la maternidad, por raro que os suene.

Sin embargo, sí que era hija, y en su día también hice sufrir a mi padre por algo parecido, cuando él solo buscaba el camino de su felicidad.

¡Qué complicadas pueden llegar a ser las relaciones humanas! O qué manera tan absurda tenemos de complicarnos nosotros mismos...

Ya estaba bien. Era sumamente feliz con Ronald y Ronald conmigo. ¿Qué más necesitaba? Mi padre precisamente era quien más me animaba a que me fuese para Texas con él.

—Sabes que te quiero muchísimo, hija, y que estoy encantado de tenerte cerca, pero comprendo que tu sitio no está aquí, sino junto a ese hombre.

Mis amigos opinaban lo mismo y yo también lo iba viendo cada vez más claro, por lo que empecé a espabilar y a arreglar todo lo necesario antes de partir.

Una semana después de haber montado a aquella señora en mi taxi, habiendo transcurrido diez meses desde que me separase de Trevor, yo también me monté en un avión que me llevaría hacia una nueva vida, mi vida al lado de Ronald...



## Epílogo



Cinco años han transcurrido desde que llegase a Texas, esta tierra en la que me he sentido tan bien acogida desde el preciso instante en que planté en ella los pies.

Concretamente, vivimos en Houston, esa gran ciudad que se extiende hacia la bahía de Galveston y que está considerada como una de las mejores del estado, para vivir, para trabajar o simplemente para ir de visita y disfrutar de sus muchas posibilidades a todos los niveles.

No me costó ningún trabajo adaptarme a ella, y menos aún, con alguien al lado como Ronald, ese hombre tan especial que el destino puso en mi camino y que supo mantenerse ahí durante años, paciente, esperando su oportunidad. ¡Como para tener ni el más mínimo resquicio de duda de su amor por mí!

Asimismo, desde el momento en que nos conociésemos, tuve ya muy buena conexión con Emma, Isabella y Mia, sus hermanas. Son tres mujeres adorables que cuentan conmigo para todo y me hacen sentir como una hermana más entre ellas.

Ese es otro puntazo de mi vida por estos lares. Cuando te trasladas a una nueva ciudad para comenzar de cero, como hice yo, dejando atrás tus raíces, tu barrio, tus amistades... siempre es de agradecer encontrarte desde el principio con personas de la calidad humana de mis cuñadas, dispuestas a ayudarte en todo lo que puedas necesitar. Me siento muy arropada con ellas, afortunadamente.

Imagino que también os estaréis preguntando por el tema del curro. Pues bien, comencé trabajando aquí como colaboradora de un programa de radio bastante divertido y de mucha audiencia. Mi chico siempre me decía que tenía una voz muy bonita, una voz radiofónica, y que podría dedicarme a ello si quisiera.

Al final, terminé haciendo eso mismo, gracias a él. Aparte, volví a cantar en varias ocasiones. Bueno, no es correcto que lo diga en pasado, puesto que siempre que se tercia, allá que voy de nuevo.

Ronald conoce a mucha gente en este mundillo y, además, tiene diversos negocios, como quizás recordaréis. De ahí que cada vez que va a celebrarse en cualquiera de ellos un evento que requiera músico en directo, me tome como su primera opción.

Si no hay ningún motivo que me lo impida, como por ejemplo que ande pachucha y tenga la garganta tocada, ahí estoy yo subida en el escenario, más contenta que un niño con zapatos nuevos.

Siempre me ha gustado cantar y creo que es algo que seguiré haciendo mientras viva. Desde que llegué a Houston he cogido decenas de veces el micro, en eventos privados de gente importante, en celebraciones del 4 de Julio, en cenas en lujosos hoteles, en bodas...

Hablando de bodas. Ocho meses después de aterrizar aquí... ¡nosotros también nos casamos! Por supuesto que sí. A Ronald le hacía mucha ilusión volver a pasar por el altar. Y a mí... ¿qué os digo?

Cuando me sacó la alianza de compromiso durante los postres, en un bonito restaurante al que habíamos ido a cenar para celebrar su cumpleaños, casi me da un patatús de la emoción.

Quería que me convirtiera en su esposa y, de repente, la imaginación se me echó a volar. Ya me veía yo vestida de princesita de cuento, feliz como una perdiz, haciendo el paseíllo por la iglesia. Pero una vez más, la realidad superó a la ficción.

Llegado ese excitante momento, el corazón me latía con fuerza e iba radiante como nunca, cogida del brazo de mi orgulloso padre, quien voló hasta aquí con su mujer para no perderse mi enlace.

Lo mismo hicieron mis amigos más allegados. Jack, Charlotte, Maggie... allí estaban los tres, guapísimos, sentados juntitos en uno de los bancos centrales de la iglesia, entre los casi trescientos invitados que teníamos.

Se trataba de una boda convencional, algo serio, nada que ver con el numerito aquel por las calles de Nueva York con el estafalario de Naked Cowboy. Por tanto, elegí un vestido a la altura de las circunstancias, de cola y tirantes, en color champán, confeccionado con tela de raso. Tenía un diseño sencillo pero muy elegante. Por encima del vestido, llevaba una especie de "abrigo".

Lo digo así entrecomillas porque no era un abrigo como tal, ya que se trataba de una prenda finita, pues estaba hecha con un precioso tejido de encaje del mismo tono. La idea era protegerme un poco del frío que se asomaba ya por aquella época del año.

Y, como no podía ser de otra forma, volví a ponerme el brazalete de oro de mi madre, en homenaje a ella. Su brazalete y unos discretísimos pendientes, fueron todas las joyas con las que acudí a mi gran cita en la iglesia.

Ni falta que me hacía nada más. Siempre he pensado que la ilusión y la alegría reflejadas en el rostro son las mejores galas que puede lucir una novia. ¡Y yo iba sobrada de todas esas cosas!

En cuanto al peinado, opté por dejarme suelta mi larga melena de rizos. Casi suelta, sí, porque lo único que llevaba recogido era un par de mechones desde las sienes hacia atrás, unidos con un precioso pasador por encima

de la nuca. Todo el mundo me dijo que iba súper estilosa.

En cuanto a Ronald, nos es porque lo diga yo, pero también derrochaba estilo con su moderno traje de chaqueta, encargado a hacer a medida para su gran día. Nuestro gran día. Y lo que mejor le sentaba... su sonrisa. Él tampoco la perdió en ningún momento.

La nuestra fue una boda por todo lo alto que rematamos tres días después, yéndonos de luna de miel a Grecia, un país que ninguno de los dos conocíamos y nos apetecía visitar. Fueron doce días inolvidables los que pasamos por el continente Europeo.

En tierras atenienses, cogidos siempre de la mano o por la cintura, volvimos a disfrutar como enanos, recorriendo sus sitios más emblemáticos: la Acrópolis, el templo de Zeus Olímpico, el pintoresco barrio de Plaka, con sus estrechas calles empedradas y sus encantadoras tabernas...

¿

¿Y las islas? ¿Qué decir de las islas griegas? Las hay que son una auténtica pasada. Si alguna vez caéis por aquel hermoso país mediterráneo, no dejéis de hacer alguna excursión a las principales.

Os recomiendo navegar hasta Santorini para ver con vuestros propios ojos sus extraordinarios edificios blancos de cal y esas llamativas cúpulas azules que quien más y quien menos conoce por fotos.

Lo mismo os digo de Mikonos, con sus increíbles playas y molinos del siglo XVI, conocida también como la isla de los vientos por esas singulares construcciones en forma de torre.

Nosotros también estuvimos en Corfú y en Creta, otro rincón ideal para los amantes de la naturaleza y la historia, con sus áreas arqueológicas, monasterios, museos y... otras muchas opciones de ocio alternativo, como las fiestas nocturnas en la playa, a la luz de la luna.

En Creta también te encontrarás con numerosos clubes abiertos hasta altas horas de la madrugada. ¡Qué bien lo pasamos por todos aquellos sitios! Atrás, muy atrás habían quedado mis penas...

A decir verdad, me da lástima haber terminado tan mal con Trevor. No he vuelto a tener ni tendré ya jamás la más mínima relación con él. Me hubiese gustado que las cosas hubieran sido distintas entre nosotros, pero no pudo ser. Le entiendo. Y me consta que, a día de hoy, mi ex marido también es feliz, cosa de la cual me alegro sobremanera.

Por lo que me contó un pajarito, la tal Daisy, esa fans que andaba babeando detrás de él, en cuanto se enteró de nuestra separación, trató de cazarle y se le tiró al cuello (es un decir, naturalmente). Pero Trevor no quería nada con aquella mujer, así que le fue dando largas.

Poco más tarde, estando yo aún en Nueva York, conoció a una chica "más de su estilo" (palabras textuales de mi pajarito) y eso le supuso más de un problema con Daisy, quien era incapaz de dominar sus celos.

Cómo sería la cosa, que Trevor se vio obligado a bloquearla e incluso tuvo que cambiar alguno de sus hábitos, como anunciar diariamente en redes por qué parte de la ciudad iba a andar con sus juegos de magia, y todo con tal de esquivarla.

Hay muchas personas que no entienden que las relaciones no se pueden forzar y, visto lo visto, Daisy era una de ellas.

—Estaba loca perdida, Christine. Cada vez que veía a Trevor con la otra, se le retorcían los cuernos y trataba de boicotearle el show. Y así, hasta que se aburríó y se quitó ella solita del mapa, cuando finalmente comprendió que se pusiera como se pusiera, no tenía nada que hacer con él —llegaron a contarme.

Pues eso; que la vida continuaba dando vueltas para todos. Y la mía... dio también otro gran giro después de casarnos. Cuando solo faltaban cuatro días para nuestro primer aniversario de boda, vino al mundo nuestra pequeña Sue.

Me había convertido en una mujer decidida, fuerte, guerrera, empeñada en ganarlo todo en el pulso de la vida... ; y otra meta conseguida, señores! No sé cómo explicar lo que sentí al enterarme de que estaba embarazada. Ese día volvieron a derramárseme las lágrimas... pero de pura emoción.

La semilla de nuestro amor estaba desarrollándose dentro de mi vientre. Reconozco que al principio tuve un poco de miedo, recordando lo que había sido mi primer embarazo.

Ese episodio en el hospital había dejado huella en mí. Estaba un tanto obsesionada y, cada vez que iba al baño, me fijaba bien en mi ropa interior por si tenía por ahí el más mínimo rastro de una mancha roja. Por fortuna, nada de eso ocurrió.

Es más, no tuve ningún otro problema, ni siquiera las típicas náuseas matutinas de los primeros meses. Tampoco engordé más de la cuenta. Cogí nueve kilos que no me costó apenas esfuerzo soltar, después del parto de la pequeña.

En esos primeros meses de vida suyos, dejé la radio. Quería pasar el máximo tiempo con mi hijita. Más tarde, cuando Sue echó a andar y la metí en la guardería, me reincorporé al mundo laboral, pero no volví a la radio, a pesar de que me lo habían ofrecido.

Aquel programa en que yo participaba había terminado ya. En la misma franja horaria metieron otro, pero de política, un tema que jamás me ha gustado. De ahí que renunciase a mi etapa en ese medio de comunicación.

Ahora estoy trabajando de nuevo en la cadena de televisión local que dirige Ronald, precisamente en el mismo lugar donde hice mis primeros pinitos bajo su mando, solo que esta vez no salgo en pantalla, pues mi función es

de coordinadora fuera de cámaras.

Como podéis ver, la vida me ha cambiado por completo y soy muyyyyy feliz. Jamás pensé que pudiese volver a sentirme tan dichosa como me siento, a casi tres mil kilómetros de mi Nueva York natal, junto a mi maravilloso marido y mi preciosa rubita.

Ronald y Sue. Sue y Ronald. Estos dos seres de luz han conseguido que vuelva a creer en la magia, la magia de vivir, la magia de lo nuestro...

,

2

de coordinadora fuera de cámaras.

Como podéis ver, la vida me ha cambiado por completo y soy muyyyyy feliz. Jamás pensé que pudiese volver a sentirme tan dichosa como me siento, a casi tres mil kilómetros de mi Nueva York natal, junto a mi maravilloso marido y mi preciosa rubita.

Ronald y Sue. Sue y Ronald. Estos dos seres de luz han conseguido que vuelva a creer en la magia, la magia de vivir, la magia de lo nuestro...

¡GRACIAS POR HABER LLEGADO HASTA AQUÍ!

*Si te ha gustado nuestra novela, no olvides dejar tu comentario en Amazon. Puedes encontrarnos en nuestras redes sociales.*

*Con mucho cariño,  
Manu y Alma.*

**Redes sociales:**

*Facebook:*

[Manu Ponce](#)

[Alma Fernández](#)

*Instagram:*

@manu.ponce.escriptor

@almafernandez.autora

*Twitter:* @ChicasTribu

*Amazon:*

<http://relinks.me/ManuPonce2>

<relinks.me/AlmaFernandez>

¡GRACIAS POR HABER LLEGADO HASTA AQUÍ!

*Si te ha gustado nuestra novela, no olvides dejar tu comentario en Amazon. Puedes encontrarnos en nuestras redes sociales.*

*Con mucho cariño,  
Manu y Alma.*

**Redes sociales:**

*Facebook:*

[Manu Ponce](#)

[Alma Fernández](#)

*Instagram:*

@manu.ponce.escritor

@almafernandez.autora

*Twitter:* @ChicasTribu

*Amazon:*

<http://relinks.me/ManuPonce2>

<relinks.me/AlmaFernandez>